

# WILLIAM OSPINA

## América mestiza



se

Lectulandia

«Llamada hispánica por los españoles, ibérica por portugueses, latina por los franceses, equinoccial, ístmica, insular y meridional por el barón de Humboldt y por los criollos, nuestra América lleva siglos tratando de definirse a sí misma, y en esa búsqueda casi infructuosa puede advertirse siquiera simbólicamente la complejidad de su composición y la magnitud de sus dificultades. [...] Se diría que de todos los nombres que ha buscado para sí, el que más podría convenirle es el de América Mestiza, que al menos procura definirla por su diversidad y por sus mixturas, no por la predominancia de alguno de sus elementos. Y habría que entender por mestiza no sólo la mezcla de elementos étnicos y culturales ibéricos e indígenas, sino la múltiple convergencia de elementos africanos, de las otras naciones de Europa y la creciente incorporación de tradiciones del resto del mundo. Nuestra América es menos una homogeneidad geográfica que una conjunción histórica y cultural, pero el destino común de sus habitantes terminó convirtiéndola en un mundo al que es preciso pensar y abarcar en conjunto, como al pensar en el continente europeo la mente incluye automáticamente a Escandinavia y a Islandia, porque la historia compartida termina influyendo sobre la geografía».

Lectulandia

William Ospina

# América mestiza

El país del futuro

ePub r1.0

oronet 14.11.2018

Título original: *América mestiza*  
William Ospina, 2013

Editor digital: oronet  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

América mestiza

Lo originario de América

El mar Caribe

El pacífico y los Andes

El amazonas

La vida milenaria en América

Llegó de Europa

El choque de los mundos

Lo que llegó de África

Las Américas

La colonia

En el reino de los espíritus

Y se acaba el siglo XVIII

El sueño de la libertad

Independencia

La carta de Jamaica

El derecho al presente

La guerra y la paz

En busca de la modernidad

El siglo XX

Lo que somos

La América mestiza

El país futuro

1

2

3

4

6

7

8

Bibliografía

Sobre el autor

Tienen razón quienes dicen que los verdaderos descubridores de América no fueron los marinos de Colón, que en una noche desesperada de 1492 vieron con ojos incrédulos una luz imposible en la tiniebla, sino los irrescatables viajeros que hace más de treinta mil años no supieron cuándo los hielos asiáticos se habían convertido en hielos de otro mundo, y se adentraron para siempre en las florestas despobladas del continente, «entre los bosques sordos, que huellan el alce y el reno», como dice el poeta Czeslaw Milosz, sin presentir que sus remotos descendientes harían tiendas cónicas en las praderas otoñales, alzarían pirámides rojas en los bosques del quetzal y del índigo, ablandarían el oro con hierbas maceradas en las mesetas altísimas, construirían fortalezas de piedras enormes en las montañas de la llama y la niebla, trazarían figuras de animales que el ojo no puede abarcar en los desiertos peruanos, labrarían cabezas megalíticas y jaguares sagrados, y navegarían en dóciles leños labrados y en barcas de piel de bisonte por los lagos más altos y por los ríos más grandes del mundo.

Los continentes tenían sin embargo un origen común, y parte de lo que hoy es Suramérica se había separado alguna vez del cuerpo del continente africano. Para advertirlo basta todavía la contemplación de los mapas, pues la línea occidental de África, desde las playas de Costa de Marfil hasta el extremo sudafricano coincide plenamente con las costas orientales de la América del Sur. Cualquier niño puede jugar a armar un rompecabezas en el cual la desembocadura del Amazonas en Macapá coincide con la región fronteriza entre Costa de Marfil y Ghana, la ciudad de Fortaleza corresponde a la región inferior del golfo de Guinea, Recife coincide con la Bahía de Biafra, Salvador de Bahía con las costas de Gabón, Espirito Santo con el Zaire, Río de Janeiro con las costas de Angola, y la zona de Curitiba con la frontera entre Angola y Namibia.

A lo largo de la dorsal mesoceánica los continentes se separaron, dos macizos distintos de la primitiva América del Sur, el brasilero y el venezolano, alejados por un brazo oceánico, se unieron, y la placa tectónica que avanzaba hacia el oeste chocó con la placa del Pacífico, haciendo emerger la cordillera de los Andes y el istmo central que unió a Suramérica con el distante continente norteamericano. Todo aquello sin duda en tiempos demasiado tempranos para el hombre, en una edad de cataclismos, cuando el mundo estaba cumpliendo apenas con las tareas previas a la historia humana, pero en una edad no tan distante para que hayan desaparecido sus huellas en la morfología de los mundos.

Llamada hispánica por los españoles, ibérica por portugueses, latina por los franceses, equinoccial, ístmica, insular y meridional por el barón de Humboldt y por los criollos, nuestra América lleva siglos tratando de definirse a sí misma, y en esa búsqueda casi infructuosa puede advertirse siquiera simbólicamente la complejidad de su composición y la magnitud de sus dificultades. Ni la lengua española, ni su extensión a las lenguas ibéricas, ni su ampliación a las lenguas de origen latino, logran plenamente abarcarla. Y es que esta América lleva sobre su frente el estigma

de tender a definirse siempre por algo exterior, o por una parte tan sólo de su composición y de su legado histórico. Tal vez es por ello por lo que no acaba de reconocerse plenamente, pues siempre las denominaciones que encuentra suelen excluir algún elemento de su complejidad. Es como una criatura que no encontrara nunca su nombre, un ser que para designarse tuviera que renunciar a la conciencia de sus ojos, de sus sueños o de sus alas. Esta apasionante característica va formando parte sustantiva de ella, y ha marcado muchos graves momentos de su historia.

Sin embargo, se diría que de todos los nombres que ha buscado para sí, el que más podría convenirle es el de América Mestiza, que al menos procura definirla por su diversidad y por sus mixturas, no por la predominancia de alguno de sus elementos. Y habría que entender por mestiza no sólo la mezcla de elementos étnicos y culturales ibéricos e indígenas, sino la múltiple convergencia de elementos africanos, de las otras naciones de Europa y la creciente incorporación de tradiciones del resto del mundo. Nuestra América es menos una homogeneidad geográfica que una conjunción histórica y cultural, pero el destino común de sus habitantes terminó convirtiéndola en un mundo al que es preciso pensar y abarcar en conjunto, como al pensar en el continente europeo la mente incluye automáticamente a Escandinavia y a Islandia, porque la historia compartida termina influyendo sobre la geografía.

Hasta hace un siglo y medio también formaban parte del proyecto de esta América las sierras de California, las llanuras y los desiertos de Nuevo México y de Arizona, «tierras de la meseta monumental y de los delicados colores», como las ha descrito Jorge Luis Borges, las tierras de Colorado y de Wyoming y hasta las montañas de Nevada. Todas fueron tierras ocupadas o visitadas por España y después por México, y todavía hoy esas remotas regiones siguen siendo sitios de encuentro entre los pueblos del norte y del sur. ¿Cómo no desear que algún día, cuando la vecindad, la colaboración y el respeto hayan cumplido su misión, todo el continente americano sea una vasta alianza de dignidad y de civilización propiciada por las lenguas y por las tradiciones?



# LO ORIGINARIO DE AMÉRICA

Si algo caracteriza a esta región del continente es su extraordinaria diversidad. Hijos de un pasado histórico compartido, los pueblos habitan regiones tan radicalmente distintas, que es fácil entender al mirarlos por qué, a pesar de su comunidad cultural, han terminado teniendo una tal riqueza de estilos.

Nada relacionaría a Chile, esa línea de crestas montañosas y playas fragosas con la extensa y tropical Venezuela, con sus tepuyes vertiginosos y sus formaciones de roca antiquísima. Nada relacionaría al Brasil de la selva y del río, costado verde del Atlántico, con el seco altiplano de México, que se borra de luz en los desiertos del norte. Nada relacionaría a Cuba o Puerto Rico, cumbres de montañas rodeadas de agua, con Bolivia, una mole de agua rodeada de montañas.

Europa es un continente mucho más homogéneo, no sólo por estar todo extendido en el mapa en línea horizontal al norte del Trópico de Cáncer, por esa latitud que comparte con Canadá y con los Estados Unidos y que los unifica en un mismo régimen de climas, sino porque no hay en su territorio los grandes contrastes geográficos que abundan en el nuestro. No concebimos en Europa una selva verdadera, una cordillera tan vertiginosa como los Andes, unas praderas como los llanos colombo-venezolanos o como la pampa argentina, y apenas si podemos decir que el mar Mediterráneo configura como el mar Caribe un micromundo.

Fue el poeta Auden quien dijo que una de las principales diferencias que existen entre Europa y América, es que en Europa, por perdido que alguien se encuentre, está a menos de una hora de algún lugar poblado, mientras que todo americano ha visto con sus ojos comarcas prácticamente intocadas por la historia. Ese contraste de magnitudes lo vivieron con especial perplejidad algunos hombres del siglo XVI, y sobre todo los cronistas de Indias, que advirtieron temprano cuán enorme era el mundo recién encontrado frente al continente del que procedían. Hay quien se anima a pensar que en rigor Europa ni siquiera es, en términos geográficos, un continente, y Paul Valéry la ha llamado, con delicada ironía, esa península que el continente asiático avanza hacia el Atlántico.

América ha vivido varios descubrimientos y esos descubrimientos a veces han sido posteriores a las conquistas. Parece formar parte de su destino esa rutina de descubrimientos y conquistas, pero es tal la enormidad del territorio y la complejidad de sus culturas que a veces sentimos que nunca acabarán de descubrirse. Hace cinco siglos empezó a hablarse del Nuevo Mundo, pero todavía hoy sentimos que nuestra América está a punto de ser descubierta, cada día nos sorprende con alguna revelación, y ya veremos que curiosamente no sólo terminan siendo desconocidos su naturaleza y su futuro, sino que su propio pasado deja de ser perceptible, para seguir actuando poderosamente en la sombra.

Hasta hace cinco siglos no sólo la luna tenía una cara oculta, también la tierra se escondía a sí misma, y dos mitades suyas habían discurrido por milenios sin el menor contacto. Ello había permitido el desarrollo de civilizaciones totalmente autónomas, dueñas de su propia lógica y de su propio ritmo, y por eso pudo haber sido tan

enriquecedor para el mundo el encuentro de las culturas. Pero ese encuentro se convirtió en un choque, porque desafortunadamente la Europa que encontró a América venía de una edad de barbarie. Los soldados de Carlos V eran una prolongación de los cruzados que durante siglos habían asediado a los árabes en el Asia Menor, estaban poseídos por la dogmática convicción de que su cultura era la única legítima, y esto hizo que los primeros tiempos de la dominación europea en América fueran espeluznantes, como bien lo testimonian las alarmas de Bartolomé de Las Casas y las octavas reales de Juan de Castellanos, el gran poeta de la Conquista y el más abarcador de los cronistas de Indias del siglo XVI.

Debido a la lógica que caracteriza los colonialismos, los americanos nos hemos acostumbrado a ver aparecer nuestro continente en el horizonte de la historia desde la proa de las carabelas españolas. Ello creó por siglos una distorsión en el conocimiento de este mundo. Los muchos miles de años que precedieron al descubrimiento europeo tienden a ser cubiertos por una niebla impenetrable, descalificados como prehistoria o excluidos como tiempos ajenos a nuestra cultura. Por ello no aprendimos a habitar plenamente en el territorio, a arraigar en sus tradiciones, a ser la continuación serena de ese pasado intemporal. Durante mucho tiempo vivimos como huéspedes que han llegado a poblar una casa antigua, y que ni siquiera se preocupan por explorar las interminables habitaciones, la sucesión de sus habitantes. Una sorda discordia entre la centenaria América occidental y la milenaria América planetaria más de una vez nos hace vivir como si acabáramos de aparecer en el mundo, y hace del nuestro un destino de extrañeza y de vértigo. Valdría la pena mirar la historia, incluso la historia del descubrimiento, no desde el ápice de «las naves inventoras de regiones», como las llamó el poeta, sino desde las playas de América, desde la pluralidad de sus culturas nativas y desde la exuberancia de su naturaleza, desde las cronologías de esa otra historia que es también la nuestra y que Hegel no podría entender.

Ello requiere un largo proceso, e incluso se dirá que nosotros, mestizos americanos por la cultura o por la sangre, no podemos pensar el mundo por fuera de los parámetros de la civilización europea. Hasta Borges ha escrito que «para los europeos y americanos hay un orden —un solo orden— posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura de Occidente». Pero es más fácil afirmar eso desde la cultura argentina o la norteamericana, prolongaciones casi plenas de las culturas europeas, que desde el resto de las naciones mestizas y mulatas de América, que se deben a la pluralidad, que llevan en su composición, en su fisonomía, en su memoria y en sus sueños un más complejo laberinto de símbolos, una criptografía más densa. Borges mismo no lo ignoraba, y en su poema a México describió con lucidez y con gran belleza las cosas que le parecían idénticas entre México y su país, las que le parecían eternas, es decir, compartidas, y las que le parecían distintas:

*Cuántas cosas distintas, una mitología*

*De sangre que entretejen los hondos dioses muertos,  
Los nopales que dan horror a los desiertos  
Y el amor de una sombra que es anterior al día.*

Para comprender a nuestra América es preciso despojarse de dogmas, y asumir, como lo dice con sabiduría un poema de Robert Frost, que quienes habitan una tierra tienen que saber entregarse a ella plenamente:

*Esta tierra fue nuestra, antes de ser nosotros de esta tierra.  
Fue nuestra más de un siglo, antes de convertirnos en su gente,  
Fue nuestra en Massachusetts, en Virginia,  
pero éramos colonos de Inglaterra,  
poseyendo unas cosas que aún no nos poseían,  
poseídos de aquello que ya no poseíamos.  
Algo que nos negábamos a dar gastaba nuestra fuerza,  
hasta entender que ese algo fuimos nosotros mismos  
que no nos entregábamos al suelo en que vivíamos  
y desde aquel instante fue nuestra salvación el entregarnos.*

No ignoramos que ser americanos equivale hoy a ser herederos de todas las tradiciones del planeta, y la América Mestiza es inconcebible inicialmente sin el triple legado del mundo americano, del europeo y del africano, y después sin el legado del resto de las naciones que ha hecho que, por ejemplo, Sao Paulo sea hoy una de las ciudades japonesas más grandes del mundo. Pero a la hora de definir nuestro ordenamiento político, nuestros panoramas culturales y nuestros valores éticos y estéticos, el peso de la Conquista sigue siendo muy grande, e incluso en los países mayoritariamente indígenas como México, Guatemala o Bolivia, y en los países mulatos como Haití o República Dominicana, hay dificultades para sobreponerse al predominio excluyente de la cultura de los conquistadores.

La América Mestiza está hoy separada en numerosos países que deben su conformación por igual a las peculiaridades del territorio y de las naciones, y a los azares de la historia. Esas divisiones, consagradas por la voluntad de sus pobladores y ratificadas por tratados de límites y por constituciones políticas, no siempre fueron provechosas para los pueblos y muchas veces se debieron a fricciones entre las clases dirigentes de las distintas sociedades o al resultado de conflictos puntuales.

En los tiempos prehispánicos hubo grandes imperios y contactos numerosos entre los pueblos de las distintas regiones. La Conquista presencié todavía las hazañas de unos cuantos hombres que sometían provincias enormes y que eran capaces de recorrer el territorio continental con los precarios medios de aquel tiempo y en condiciones de gran adversidad. Los tiempos coloniales fraccionaron esas unidades

originales, y la aventura romántica de la Independencia, a pesar de los sueños de unidad de hombres como Simón Bolívar, no logró salvar al continente de esa fragmentación, que persiste hasta hoy. Sin embargo es posible advertir que hay sistemas geográficos que constituyen regiones naturales, a las que es más difícil entender cuando se las fracciona en países, porque son sistemas interdependientes. Tal es el caso de las tres grandes regiones: el mar Caribe y sus orillas, los sistemas montañosos que bordean el océano Pacífico, el mayor de los cuales es la cordillera de los Andes, y la gigantesca cuenca del Amazonas. Los extremos del norte y del sur forman sistemas geográficos relativamente independientes de estas grandes regiones continentales.

Ahora bien, ese Caribe al que llegaron por azar los navegantes del Renacimiento era el escenario histórico de uno de los más ricos y complejos conglomerados humanos de todos los tiempos. No podían imaginar los marinos de Colón, en sus pequeñas y frágiles barcazas, que se estaban acercando a un orbe cultural tan rico y tan distinto de todo lo que ellos conocían, y la verdad triste es que una vez halladas las islas ya no se permitieron descubrirlo, porque ante cada cultura que encontraron procedieron indiscriminadamente al saqueo y al asalto. Pero si algún viajero hubiera intentado tener inteligencia plena de aquel vasto mundo, el cuadro panorámico que habría podido formarse del Caribe de finales del siglo xv habría sido admirable.

# EL MAR CARIBE

Lo primero que reclama nuestra atención es el propio espacio físico del Caribe, en el que es necesario incluir al golfo de México. Es una suerte de dilatado mar interior bordeado por la Florida, por el delta del Mississippi, por el arco de México, donde se vierte el río Grande, por la península del Yucatán, por las costas de Belice donde está el segundo arrecife coralino más grande del mundo, por el largo corredor de la América Central, por la línea de selvas panameñas, por las costas blancas de Colombia y de Venezuela, que tributan el caudal de su Magdalena y de su Orinoco, y por el abrazo intermitente de las Antillas que, encadenadas, parecen evidenciar una cordillera submarina cuyas cumbres visibles sucesivas son Trinidad y Tobago, Granada, San Vicente, Barbados, Santa Lucía, Martinica, Dominica, Guadalupe, Montserrat, Antigua y Barbuda, St. Kitts, St. Maarten, Anguilla, las Islas Vírgenes, Puerto Rico, la gran isla de República Dominicana y de Haití, Cuba y las Bahamas, y que cierra su círculo de nuevo en la vecindad de la Florida. Muchas de esas islas son formaciones volcánicas, y alrededor de esta cuenca prodigiosa vivían en los tiempos prehispánicos algunas de las más altas sociedades del continente.

El Caribe era el centro de gravedad de un mundo. Los pueblos Natchez, Mobile y Chitimacha habitaban en el delta del Mississippi. Veinte millones de personas poblaban las altas tierras del México central, y en el Anahuac se alzaba y se extendía la urbe sagrada que había sucedido como capital a la legendaria Tula, ciudad que después del año mil de nuestra era inventó los refinamientos y se convirtió en el corazón del Imperio tolteca y el gran centro ceremonial de Quetzalcóatl. Desde un siglo y medio antes de los europeos, la capital era Tenochtitlán, que había sometido al resto del territorio y ejercía su recién conquistada autoridad suprema sobre los demás pueblos del imperio. Cuando Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo se asomaron por primera vez al valle increíble, vieron aparecer no una ciudad sino toda una cultura armoniosa en su diseño, en sus colores, en sus decorados; una comunidad de cientos de miles de habitantes, más grande que las mayores ciudades de Europa y mucho más homogénea que cualquiera de ellas. Dispuestos sobre una extensa laguna se sucedían los barrios, los mercados, los centros administrativos, las pirámides.

Aquella cultura había desarrollado una arquitectura monumental, un arte original, una poesía refinada y una compleja mitología, y también un sistema de representación de su historia mediante elementos pictóricos. Por eso uno de los momentos más tristes de todo el proceso ocurrió cuando, ya viendo derrotado a su pueblo y en peligro los tesoros de su cultura, un grupo de sabios aztecas tomó la decisión, a la vez dramática y heroica, de ir donde sus vencedores y poner en sus manos los códices donde conservaban su memoria. Era como si, vencido su pueblo por los persas o los romanos, Platón y Aristóteles hubieran acudido a entregar sus obras a los jefes victoriosos, para poner bajo su amparo la sabiduría de un mundo. Pero como lo cuenta el libro *La visión de los vencidos*, los hombres a quienes entregaban los aztecas el tesoro cultural de su pueblo eran aventureros brutales e

iletrados que encontraron absurda aquella ceremonia y soltaron perros de presa contra los sacerdotes.

*Y a tres sabios de Ehécatl (Quetzalcóatl), de origen tetzcocano,  
los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse.  
Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con  
pinturas. Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados,  
allá en Coyoacán.*

También se hallaban en México los vestigios de la gran cultura de los Olmecas, que dejó enormes cabezas de piedra en la península del Yucatán, piezas que hoy pueden verse en el museo de Las Ventas de Villahermosa, en Tabasco.

Más al sur, hasta las selvas tropicales de Guatemala y los valles de Belice, aunque ya despobladas por entonces, persistían las ciudades sagradas de los Mayas. La de los Mayas había sido tal vez la más exquisita de las culturas del mundo americano. A su originalidad arquitectónica, a su refinamiento artístico como escultores y pintores, a su poesía, hemos de sumar la más avanzada astronomía de su tiempo y una escritura logográfica recientemente descifrada que nos permite apreciar a un pueblo cuya relación con el entorno cotidiano obedecía a la percepción del universo como un todo. Llama la atención que en las inscripciones descifradas de los señores de Palenqueaos lingüistas y los arqueólogos se hayan sentido desconcertados al comienzo, sin saber si se trataba de listados de los distintos reyes que ascendieron al poder en la ciudad, o de una descripción de las sucesivas figuras del firmamento. Puede concluirse que para los Mayas no había en lo fundamental una diferencia entre la mención del advenimiento de los reyes y la descripción de los dibujos del cielo.

En un hermoso ensayo llamado «La casa del sol agonizante», una de las personas claves en el desciframiento de los glifos mayas, Linda Schele, nos ha revelado que el Templo de las Inscripciones de Palenque está construido de modo tal que el sol del solsticio de invierno se oculta al atardecer en la tumba del rey Pacal relievada en la piedra, como está representado simbólicamente en la tapa del sarcófago de este señor Maya, y que en el Templo de la Cruz la arquitectura está calculada de manera que el solsticio de invierno es el único día del año en que la luz del sol baña el frente del templo; después se filtra en su interior, iluminando la figura del Dios del mundo subterráneo; la luz misma del sol poniente termina entrando en una danza llena de significado con las figuras ceremoniales del templo, y muriendo a los pies del Dios. No concebían estos pueblos la posibilidad de una vida cotidiana, de una religión, de una política y de una arquitectura que no estuvieran consideradas en función del planeta y de las estrellas, de los ciclos del sol y de la luna. En ello revelaban una percepción mucho más sutil que otras civilizaciones de esa necesidad de armonía con el universo natural que debería estar en la base de todo orden social.



Asombroso era ese Caribe ceñido por las culturas de Toltecas, Olmecas, Aztecas y Mayas, por la cultura de los Zenúes del litoral norte de lo que hoy es Colombia, un pueblo de orfebres finísimos que tenían templos llenos de ofrendas en las sabanas interiores y que tenían la costumbre de enterrar a sus muertos en medio de abundantes piezas simbólicas de oro, bajo árboles que alcanzaban tamaños colosales. Más al este estaban los pueblos de la Sierra Nevada, los Tayronas, que construyeron su ciudad de piedra en las alturas de la montaña, con interminables escalas y legendarias efigies erigidas en los recodos.

Todavía hoy Ikas, Arwacos y Kogis persisten en esas alturas frente al mar llamando a la reconciliación con la naturaleza.

La Sierra Nevada de Santa Marta se alza a cinco mil metros sobre el nivel del mar en las orillas mismas del Atlántico, y tiene a su lado una sima oceánica de cinco mil metros de profundidad. Todavía se preguntan los geólogos si los arrecifes del Tayrona no habrán sido obra humana, y si el mismo pueblo que construyó sus ciudades de lajas de piedra en la vertiginosa montaña habrá sido capaz también de orientar arrecifes en las profundidades. Los pueblos de la vecina costa de la Guajira y el Cabo de la Vela, como los de Cumaná y Margarita más allá del golfo, extraían perlas de los abundantes ostiales marinos, eran buzos resistentes. Colón pudo verlos un día, incontables hombres y mujeres en alargadas embarcaciones, con todo el cuerpo adornado de sartas de perlas, y aún más allá estaban los pueblos de Trinidad, en el golfo de Paria, y los pueblos que habitaban el archipiélago, cerrando su abrazo alrededor del mar, por las islas opulentas, hasta Puerto Rico y Santo Domingo, y el inmenso pueblo de los taínos de Cuba, junto a la península de la Florida. Pueblos pacíficos y pueblos guerreros, por igual arraigados profundamente en su universo natural, pacientes artesanos, ágiles y vigorosos, grandes nadadores, diestros navegantes en pequeñas embarcaciones que orillaban las costas, no habían desarrollado navíos monumentales porque parecían satisfacerse con lo cercano, o sentían, como los antiguos egipcios, el temor del mar.

Ahora podemos intentar ver ese mar Caribe de finales del siglo xv, con su rumor de lenguas inspiradas, como el náhuatl, en que había cantado Netzahualcóyotl:

Sólo vinimos a dormir; sólo vinimos a soñar;

*No es verdad, no es verdad, que vinimos a vivir en la tierra.*

*En hierba de primavera vinimos a convertirnos:*

*Llegan a reverdecer; llegan a abrir sus botones nuestros*

*[corazones;*

*Es una flor nuestro cuerpo; algunas flores da y se seca.*

O aquel en que se había repetido el mito de la creación de los Mayas, los versos del Popol Vuh sobre el origen:

*No había nada que formase cuerpo,  
Nada que asiese a otra cosa,  
Nada que se meciese,  
Que hiciese el más leve roce,  
Que hiciese el menor ruido en el cielo.*

Y aquél en que los Kogis hicieron su propio y memorable himno de la Creación:

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. Sólo el mar estaba en todas partes. Así, primero sólo estaba la Madre. Se llamaba Gaulchováng.

La Madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era Aluna. Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria. Así la Madre existió sólo en Aluna, en el mundo más bajo, en la última profundidad, sola.

Aluna es el nombre que el himno le da a ese pensamiento solitario que, abajo, en la profundidad, prefigura los mundos. Comienza la formación sucesiva de nueve mundos, antes del amanecer. Van apareciendo los seres iniciales: «Pero ellos no eran gente, ni nada, ni cosa alguna». Y una vez más sabemos que aquellas potestades originales que ocupan «el primer mundo, el primer puesto y el primer instante», son Aluna también, son pensamiento. El carácter inmaterial de estas intensas creaciones logra producir la sensación de que en su universo, como en Platón, lo inmaterial es lo primero, y que las formas visibles son apenas proyecciones o emisiones de ese pensamiento inicial. Surgen seres, fragmentos, formas, orientaciones, funciones, y sin embargo aún no hay nada, todo es presentimiento y Aluna. Surge el cuerpo y es una inminencia, surge el octavo mundo y lo que iba a vivir luego, y aún no está completo, «pero ya casi», añade el poema. Finalmente, ante nosotros, llega el momento esperado: el noveno, el último mundo, está cerca, y el poema concluye:

*Entonces se formó el noveno mundo,  
Vero no había tierra aún.  
Aún no había amanecido.*

Fue a ese mar de reinos y de mitos a donde llegaron las tres pequeñas barcas de los españoles, y es significativo que, aunque los vikingos habían tocado antes las costas de Terranova, fue el hallazgo del mundo caribeño lo que verdaderamente puso en contacto a Europa con América y echó a andar la compleja fusión de los mundos.

# PACÍFICO Y LOS ANDES

Por la costa occidental mexicana, desde la península de Baja California y su golfo, donde desemboca el río Colorado, entramos en un mundo distinto, el que mira al océano Pacífico. Es claro que en las profundidades de la tierra se agita un mar de fuego, y la larga orilla occidental del continente es vecina de un universo ardiente, el arco mesoamericano del Círculo de Fuego del Pacífico, la diadema de volcanes activos que mantienen la tierra en agitación continua. Allí están, en la Cuenca de Guayrnas, las grietas hidrotérmicas en cuyas solfataras viven, en el agua en ebullición y a veinte mil pies de profundidad, bacterias termófilas como las que posiblemente dieron origen a la vida hace millones de años. Al suroeste de la Sierra Madre occidental, por los estados de Sonora y Sinaloa, de Nayarit y Jalisco, hasta la Sierra Madre del Sur, por Michoacán y por Guerrero, nacen los volcanes, arrojan esas misteriosas esferas perfectas de piedra, las geodas, que uno puede encontrar como adornos en los comercios de Morelia, Michoacán, la ciudad de cantera rosada. Y se suceden hoy por esa costa intemporal las ciudades de Mazatlán, de Puerto Vallarta y de Acapulco, hacia la región plateada de Oaxaca, el golfo de Tehuantepec, y la selva Lacandona del Estado de Chiapas, donde habitan los descendientes de los Mayas.

Allí comienza la región centroamericana, ese istmo que emergió de las profundidades y que une como cintura de avispa las dos mitades del continente. Por la costumbre de mirarla como punto de unión, como mediador y como contacto, no siempre se advierte la importancia de esta región, que se configura como frontera central de los mundos. Estar en la línea de mayor proximidad entre los océanos le permite, mundo bifronte, formar parte a la vez de las dos caras del planeta y le exige entenderlas ambas. No es sólo el cruce de caminos por donde pasaron hace milenios los descendientes de los mongoles del norte, que iban a poblar la cordillera, la selva y la pampa, sino una poderosa región en sí misma. Allí están los bosques tropicales de Guatemala, su costa sobre el Pacífico, húmeda y fértil, la Sierra Madre guatemalteca con su punto más alto, el volcán Tajumulco. Región de terremotos frecuentes y de ciudades arrasadas, de días cálidos y de noches frescas, de explotación maderera y excepcional riqueza biológica. Viene después la campiña salvadoreña a la sombra de los volcanes, la costa sur de Honduras arqueándose en las formas quebradas del golfo de Fonseca, para continuar hacia las montañas centrales de origen volcánico y el sistema de valles costeros del norte con sus tres provincias de nombre mítico, Atlántida, Colón, y las tierras extremas del golfo de Honduras donde está la laguna de Caratasca, confín cuyo nombre fue puesto sin duda por marineros conmovidos: Gracias a Dios. De Nicaragua hacia el sur se alarga una región influenciada por igual por los grandes pueblos del norte y por los Chibchas del sur, de cuyas lenguas allí se encontraron vestigios. Los Pipil y los Nicaraos, de San Salvador a Nicaragua, y los Sigua de la costa del golfo, proceden de los Utoaztecas o Nahuas, pero aún se discute la procedencia de los Jicaque, Payas y Lenca de la región de Honduras. El nombre que las regiones siguientes recibieron de los españoles describe muy bien la abundancia que allí se hallaba: Costa Rica y Castilla de Oro. En Costa Rica se

encuentran todavía laboriosas estatuillas de jade, y gigantescas y perfectas esferas de piedra enterradas a trechos en las selvas, que siguen siendo un enigma para los investigadores, pero que bien podrían ser representaciones de una divinidad subterránea inspiradas en las geodas que arrojan los volcanes. Es el istmo del jaguar sagrado y de la coca ritual, de los Misquito, que veneraban la constelación de las Pléyades, de los Lenca que adoraban el sol, de los gemelos divinos que crearon con rayos solares a los seres humanos y de innumerables espíritus que pueblan el mundo. Son muy abundantes los vestigios de las distintas culturas del istmo y de las selvas panameñas, que se dilatan con el pueblo de los Cuna hasta la región de selvas lluviosas del Chocó colombiano, ese manantial de las aguas de occidente presidido en el origen por el extendido mito de un antiguo diluvio. Estos Cuna son los creadores de una hermosa «Canción para curar la locura»:

*Las olas del mar se están moviendo con espuma; el curandero está mirando el lugar; él es el curandero.*

*Las olas del mar casi lo alcanzan; el curandero está mirando el lugar; él es el curandero.*

*Las olas del mar están resplandeciendo con blancura; como la de la garza, las olas del mar se están blanqueando; él es el curandero.*

*Los cocoteros del mar se están doblando en el viento; el curandero está mirando el lugar.*

*Las manzanas de los cocos del mar están brillando en el viento; el curandero está mirando el lugar...*

Es una extensa canción que nos hace sentir que la naturaleza, la mención reiterada de sus elementos, es una fuente de sosiego y de equilibrio para los seres humanos.

Otra gran región geográfica y humana de nuestra América se dilata ahora ante el viajero: la cordillera de los Andes, que viniendo de la extrema Patagonia, cubre de nieves perpetuas las cumbres de América del Sur, se prolonga hasta la trifurcada cordillera colombiana, y sólo se modera y declina en la vecindad del Caribe.

Pertenece a la zona de influencia de esa gran cresta de montañas, la costa del Pacífico: orillas que se asoman al gran Océano planetario, desde la línea accidentada de las costas chilenas, a las que cantaba con tanto amor Pablo Neruda:

*¡Oh, Mar de Chile, oh, agua  
Alta y ceñida como aguda hoguera,  
Presión y sueño y uñas de zafiro,  
Oh, terremoto de sal y leones!  
Vertiente, origen, costa  
Del planeta, tus párpados*

*Abren el mediodía de la tierra  
Atacando el azul de las estrellas.*

Allá al sur estaba la tierra de los Araucanos, que resistieron valerosamente a la invasión de los conquistadores. Y sobre esa cordillera, más al norte, estaba construido el otro gran imperio prehispánico de América, el Inca. Cerca de catorce millones de personas lo poblaban, desde las montañas de Salta en la Argentina, hasta las primeras hierbas del Cauca en lo que hoy es Colombia, y todavía esa cordillera forma secretamente una unidad, a pesar de la labor disgregadora de los siglos.

Los Incas habían unificado una parte considerable de Suramérica. Siguiendo los puntos cardinales a partir del Cuzco, el gran imperio estaba cuartelado: el Chinchasuyo, al norte, por Cajamarca, Quito y Guayaquil, hasta el sur de Colombia; el Kollasuyo, al sur, por la región de los señores Lupaqa del lago Titicaca, hasta la provincia de Salta; el Antisuyo, al este, que se dilataba hasta el piedemonte amazónico; y el Cuntisuyo hacia el oeste, hasta la costa, por donde entró la perdición.

Complejo imperio de agricultores que sabían fertilizar la tierra con guano traído de las costas; país de solemnes construcciones que a la muerte de los señores eran dedicadas a su culto, de modo que se hacía necesario construir nuevas sedes para los nuevos gobernantes; altas y abrumadoras ciudades de muros de piedra; piedra monumental sobre piedra monumental en las cumbres indóciles de los Andes; país de llamas domesticadas, de hilanderas y de preciosos tejidos de lana de vicuña y de llama. Un imperio cuya red de caminos, que les permitía a los portadores de noticias, mediante relevos, avanzar hasta 250 kilómetros por jornada (de manera que las órdenes del Inca llegaban casi en seguida del Cuzco a Guayaquil), estaba mejor conservada que la red de caminos de Europa, e incluía puentes de vigas, puentes colgantes, puentes de cuerda con cestas, postes indicadores y conductos de agua. Todos los Incas trabajaban, pues esa era una obligación social, todos tenían acceso a los bienes de la tierra, y armados con lanzas, macanas recubiertas de piedra, hondas y hachas, los ejércitos iban protegidos por jubones acolchados, escudos y cascos.

El Inca, el descendiente del gran Manco Cápac, fundador del Imperio, se sabía representación del Sol en la tierra, y bajo la trenza de lana enrollada en torno a su cabeza y bajo las borlas rojas envueltas en oro que caían sobre la frente, un velo cubría su rostro para proteger a los súbditos del peligro de ver por azar o por distracción la increíble cara del Dios. Entre todas sus mujeres había una, la Coya, que era la encarnación de la Luna, y no había delito mayor en esa cultura que la transgresión de las órdenes del Inca.

Pero mucho antes de los Incas otras culturas habían dominado aquellos territorios, los Chavín por el siglo V antes de nuestra era, los Tiawanaku del lago Titicaca y los Wari de la región de Ayacucho; y todavía después los Mochica, el pueblo de grandes alfareros de la costa norte, y los Paracas, tejedores de mantas exquisitas para los muertos, en las tierras del sur. Todo esto en costas de Perú, donde mucho después

Alejandro de Humboldt, tras medir la temperatura de la orilla y medirla de nuevo unos centenares de metros mar adentro, descubriría la corriente oceánica que lleva su nombre; y en las costas del Ecuador, con sus islas de tortugas gigantes, donde hoy parece también intemporal la figura de Darwin en la proa del Beagle; y ante los manglares de Colombia y las selvas lluviosas del Chocó, donde está una de las fábricas naturales de agua más poderosas del mundo. Y las selvas del Darién, desde las cuales Balboa vio aparecer la muchedumbre de un océano nuevo.

Los imperios indígenas habían reconocido y unificado una parte del territorio. No eran imperios homogéneos, y más bien aprendían a gobernar sobre diferencias, nacidas de la pluralidad de las regiones y de las circunstancias. Las lenguas caribes eran menos poderosas que el náhuatl y el quechua, grandes lenguas imperiales, y no estaban en condiciones de imponerse y de avasallar, pero ello no obstaba para que se difundieran, no por imposición sino por la simple vecindad y el contagio, y eran grandes los parentescos entre las lenguas del Caribe y la lengua que se hablaba en la cuenca del Amazonas. Donde el poder estaba centralizado, mucho habían avanzado en el proceso de conformación de naciones, pero en todo el vasto territorio que no estaba unificado en imperios, los estudios posteriores muestran una asombrosa cantidad de pueblos y su censo será por siempre incompleto.

En el solo territorio de Colombia había más de 120 pueblos indígenas con sus lenguas, sus mitologías, sus propios sistemas normativos y su organización social. El reconocimiento de las culturas vivas era ya difícil para los europeos de aquel tiempo, y para los violentos ejecutores de la Conquista era una tarea casi imposible. Pocos habrán creído que esos pueblos fueran dignos de atención y de estudio: para ellos los nativos vivían en la barbarie y era preciso civilizarlos rápidamente, aunque lo que llamaban civilizar casi nunca pasaba de imponerles una penosa servidumbre y exigirles la profesión artificial de una fe que no podían entender.

En muchas partes de nuestra América, más allá de las culturas vivientes, duraba la huella de civilizaciones inmemoriales. Frente a la línea del Pacífico, una línea sin grandes accidentes costeros, algunas islas remotas parecen un enlace desamparado con los archipiélagos polinesios. Allí se encuentra la más distante y sola de las islas del mundo, Rapa-Nui, el país de las figuras enormes de piedra que miran al infinito y parecen esperar algo sin tregua. Aún se discute en qué época floreció la cultura que nos ha dejado esos seres pensativos, pero el efecto que obran las grandes cabezas de la isla de Pascua parece anterior a toda historia. Símbolos de lo humano que vigila el horizonte y que espera las dádivas o las revelaciones del cielo y del mar. Tampoco podía saberse entonces, aún se ignora, quiénes labraron las estatuas de piedra de la cultura curiosamente llamada de San Agustín en las fuentes del río Magdalena, y es de esperar que nuevos hallazgos sobre los artífices de esos feroces guerreros monolíticos, de sus pájaros, sus jaguares y sus hombres, nos revelen más sobre la cultura de la que proceden y hasta le restituyan su nombre verdadero. Tampoco sabemos cuándo tuvo su esplendor la cultura Tumaco, en las orillas del Pacífico,

aunque casi nos es dado reconstruir la vida cotidiana de aquel pueblo gracias a la minuciosa alfarería en que dejaron representadas sus fisonomías a distintas edades, sus oficios, su medicina, su artesanía y sus moradas. Quién sabe si en el fondo turbio del Pacífico, cerca de la costa, no yacen para siempre los monumentos de los que estas piezas fueron modelo, o los cementerios posibles de los Tumaco, arrebatados por algún maremoto. Quién sabe si el secreto de esa cultura de delicados artífices no se fue con sus muertos en las barcas que los entregaron al mar.

Barro, maderas, piedras y metales eran para los pueblos nativos de América materias sagradas, instrumentos de plegaria y de alabanza. En el oro estaba el sol, en la plata la luna, en la arcilla la tierra misma de la que habían salido los hombres y que después recogió maternalmente sus huesos. También se extendía sobre esta cordillera el tercer reino de América, el reino solar de los Chibchas, en la sabana de Bogotá, y más hacia el este, por las tierras de Tunja, en la actual Colombia. Siendo el más organizado y jerarquizado de los pueblos de la región, el más rico en oro del continente, desarrolló como los otros un arte copioso y diverso de exquisitos orfebres, y dio origen durante la Conquista a la leyenda de Eldorado, que persistiría por siglos y que prolongaría su resplandor en las literaturas de Europa, hasta las páginas irónicas de Voltaire.



# EL AMAZONAS

Agua, agua es el milagro secreto de la tercera gran región geográfica de nuestra América. Como ha dicho un investigador: «Agua en los ríos, en los suelos, en la vegetación y en la atmósfera». Aguas que declinan en torrentes desde las cumbres andinas y desde los macizos periféricos; aguas que desembocan en otras aguas; aguas que ascienden por la evaporación que obran los climas tropicales; nubes de la evaporación atlántica que vienen descargando sus lluvias desde el este, sobre las extensiones selváticas, y que se agotan en las vertientes andinas; aguas que se hacen verdes en el follaje incesante de la selva; suelos anegados de los que brotan las palmas del pantano; aires húmedos de los que se alimentan las plantas aéreas, los quiches a los que llaman los sabios *Bromelias epíjitas*; aguas en las que nadan los tapires, de las que se protegen los osos hormigueros adaptándose a una vida arbórea; aguas que drenan sin cesar en millones de pequeñas corrientes, desde los morichales y los suelos húmedos que hacen pensar, como en el verso de Víctor Hugo, en una tierra que «está todavía mojada y blanda del diluvio». Estas aguas forman una cuenca hidrográfica de 6'878.761 kilómetros cuadrados, que podría ampliarse a dos millones de kilómetros más si se incluye la hoya del Orinoco y las Guayanas, donde el territorio sigue presentando las mismas características del mundo amazónico.

Incontables arroyos van formando miles de corrientes y éstas centenares de grandes caudales que se vierten al fin en el gran río: el Amazonas, que arroja al Atlántico en su desembocadura 100.000 metros cúbicos de agua por segundo, y que avanza con sus aguas pardas, que han disuelto barrancos y montañas de un día, hasta trescientos kilómetros mar adentro durante las aguas altas, mientras que en los períodos de estiaje, o de mínimo caudal, puede percibirse el influjo de las mareas oceánicas hasta 700 kilómetros antes de la desembocadura. Esta lucha del mar y del río, del agua salada y del agua dulce, esta guerra de colores del azul y del pardo, produce la pororoca, la ola de estruendo y furia que se alza cuando la rompiente del océano logra sobreponerse al impulso del río.

El Amazonas fluye por un lecho oceánico, el brazo de mar primitivo que separaba los macizos brasilero y venezolano, y la presencia de una fauna afín a la fauna marina, como los delfines rosados, prueba esa condición singular de un mar vuelto río por los cataclismos geográficos. Y ésta es la otra región del continente, la gran selva, ese océano de vegetación aparentemente impenetrable que crece del tejido de aguas del mayor río del mundo y de su caudalosa red de tributarios.

Lejos de los grandes imperios indígenas de América, los habitantes de la selva amazónica fueron por siglos los más misteriosos y desconocidos seres de la tierra. Mantenían una secreta comunicación con los pueblos del Caribe, pero nadie sabía que, a lo largo de los miles de kilómetros que van desde las fuentes del río Coca, del río Ñapo o del río Marañón hasta la tempestad de aguas violentas que se ve desde Belem de Pará y que se precipita en el Atlántico, millones de seres humanos habitaban el universo de la selva equinoccial, y centenares de culturas, de mitologías y de lenguas llenaban de sentido humano su territorio. Todavía en nuestro tiempo

emergen a veces ante los asombrados ojos del mundo pueblos desconocidos, como los Nukak-makú, que sobreviven desnudos y errantes por la inmensidad de la selva, que improvisan con destreza sus campamentos tejiendo lianas y follajes, que cazan monos y construyen moradas fugaces en los claros, y que retoman su camino, para vivir más lejos y permitir que esa pequeña fracción de selva se regenere después de que han tomado de ella lo que necesitan para vivir. Muchos miran con alarma sus costumbres, sin advertir que es precisamente en esa vida nómada, en esos campamentos transitorios, en la familiaridad con la selva y en el respeto por su integridad, donde se revela la sabiduría de estos pueblos y el profundo conocimiento que han llegado a tener del mundo en que habitan.

Los pueblos indígenas de la región acostumbran recitar en sus ritos de matrimonio el mito del origen del Amazonas. Es significativo que la memoria ancestral de los pueblos sea evocada en el momento en que nace una nueva familia: entendemos cuán cercano y cuán íntimo es para los habitantes de la selva ese universo, cómo se sienten depositarios de su memoria y se saben responsables de su destino. El mito habla de una hermosa mujer, a la que los Huitotos llaman Monaya Tiriza, que se hace amante de Kuio Buinaima, *el Dueño de los frutos, la Serpiente sin ojos, el Dios dueño de los aromas*. Descubierta su amor, porque ya la preñez de Monaya Tiriza se advierte, la madre de la joven se enfrenta con el Dios y, sin hacer caso de su promesa de alimentos y frutos en abundancia para la comunidad, promesa que es formulada en el lenguaje de los aromas, lo destruye o lo expulsa. A partir de ese momento comienza una época de privaciones en la cual los humanos se ven obligados a consumir solamente carne, lo que es visto por los indígenas como un descenso a la animalidad. «No somos tigres para comer sólo carne», dice uno de los caciques. La joven sigue alimentándose secretamente de los dones del Dios, de blanca yuca formada por las espumas de la quebrada, y su hijo es un árbol que crece lleno de flores diferentes y de frutos. Sólo su madre tiene acceso a los frutos incontables que produce el árbol, pero la comunidad, ávida de tantos alimentos, logra encontrar el hacha de metal que les permite derribarlo. *El tronco, inmenso. La altura, enorme. El peso, enorme. El fragor, inmenso*. Ese proceso de abatimiento de un árbol descomunal y pródigo narra el nacimiento del río. Las astillas vuelan en peces, las ramas incontables se transforman en ríos, el tronco descomunal se convierte en el Amazonas, la madre de las aguas, el río árbol de los frutos, el río árbol de los alimentos. Y de la muerte del árbol transfigurado en río va brotando la selva.

Otro de los mitos fundamentales es el de la gran serpiente. El ser que se desliza por los ríos y es los ríos, que ondula y se enrosca, que asciende por los árboles uniendo el mundo subacuático y subterráneo con el mundo de la superficie, que extiende su piel por el cielo formando el dibujo de las constelaciones, ese ser que habita todos los espacios y que va dejando pieles de serpiente a lo largo del camino, constituyéndose también en Dueño del tiempo, es el símbolo vivo de la selva, y uno de los relatos míticos lo muestra también como la serpiente canoa que al avanzar

forma el río, y que trae sobre sus lomos a las criaturas que poblarán la selva. La gigantesca anaconda amazónica, *Eunectes murinus*, con su cuerpo poderoso, su magnitud y sus colores, satisface para la imaginación las exigencias del mito.

En toda esta región las piedras tienen a menudo inscripciones mágicas y dibujos, y así como en las tierras de los Mayas y de los Incas se encuentran con frecuencia trazos que parecen anodinos, pero en cuyo esquema repetido los geólogos y los arqueólogos pudieron advertir que se trataba de mapas del cielo, aquí el motivo de la serpiente «es una de las formas que vuelven»: una línea sinuosa que termina en un círculo con el ojo en su centro, una sucesión de arcos en los cuales unos cuantos rasgos sugieren rostros, una figura humana, de la cual una pierna se dilata en serpiente. En esas piedras se advierte la discreta pero antigua y extendida presencia de humanos en el mundo amazónico: es por todas partes el testimonio de los centenares de pueblos indígenas que siguen habitando en él.

Por allí pasaron hace siglos los conquistadores españoles. En 1541 Gonzalo Pizarro gastó las riquezas que obtuvo en el saqueo del Cuzco armando una expedición delirante en busca del país de las especias, soñando que encontraría detrás de los muros de hielo de los montes quiteños países sembrados de canela. Centenares de españoles, miles de indios, miles de llamas cargadas, de perros feroces y de cerdos gruñones constituían esa expedición cuyo fracaso significó la muerte para incontables nativos. Después de aquel infierno, el capitán Francisco de Orellana, embarcado con sesenta hombres en un bergantín recién construido, fue arrastrado, al parecer contra su voluntad, por las aguas unidas del río Coca y del río Ñapo, dejando a Pizarro y sus hombres abandonados en la selva, y navegó varios meses a merced del río, entre orillas hostiles de donde llovían las flechas cada vez que intentaban desembarcar. Fue así como los europeos descubrieron el más largo y secreto camino de América, ese río que se ensanchaba sin fin con el tributo incesante de los caudales, entre selvas que crecían a lado y lado y de las que casi nada pudieron saber mientras descendían extraviados ignorando su rumbo, hasta cuando se hizo imposible ver la otra orilla, porque esa extensión ya parecía un mar. Sólo la certeza de que era agua dulce todavía la que los arrastraba, y la prisa de esa mole de agua que a veces parece llevarse montañas enteras en su furia, les seguían demostrando que aquello era un río. Hay quien dice que por fortuna fue Orellana quien lo descubrió, que por fortuna Pizarro quedó abandonado y debió regresar en medio de grandes penalidades al Perú, donde pocos años después hallaría la muerte, porque la codicia y la sed de dominación de los Pizarro habría convertido tempranamente a la cuenca del Amazonas en el infierno que sólo llegó a ser siglos más tarde.

Cuántas aventuras, cuántos viajes, cuántas ambiciones se deslizaron siglo a siglo por las aguas afanosas de ese río al que Pablo Neruda le ha dicho, ponderando su dimensión planetaria: «La luna no te puede vigilar ni medirte». Siguiendo los pasos de Orellana, el valiente y cruel Pedro de Ursúa organizó veinte años después una expedición de conquista que muy pronto cambió de jefes, cuando una conjura de

soldados asesinó al capitán, y dejó las tropas al mando de Lope de Aguirre y de sus hombres. Esas primeras expediciones tipificaron lo que sería después la larga historia de la cuenca del Amazonas, y el contraste entre dos maneras radicalmente distintas de relacionarse con ella: la de los conquistadores que buscaron siempre saquear la selva y dominarla, y la de los nativos que procuran comprenderla y sobrevivir en ella sin codicia. Los conquistadores la veían como un vórtice cruel y destructivo, tenían que avanzar con cascos y armaduras, con las viseras bajas en medio del calor agobiante, con las espadas listas y maldiciendo al destino, mientras los indígenas saben vivir desnudos en ella, con la agilidad de los monos, con el sigilo de las serpientes y con respeto por el misterio de la vida multiforme. Por eso unos enloquecían ante una naturaleza indomable, siempre hostil y desconocida, y los otros supieron siempre sentirse parte de ella, vivir ese laberinto verde como un hogar y una patria. Los europeos de entonces llegaron a la selva como muchos colonos de hoy y como muchas grandes empresas, a hacer riqueza rápida, a buscar los cultivos que podían ser explotados de un modo intensivo, a buscar o sembrar bosques de una sola especie como se los encuentra en Europa. Pero las tierras amazónicas son a la vez exuberantes y pobres, dependen de la diversidad para sobrevivir, ya que en la selva todo se alimenta de todo pero todo a la vez se apoya en todo, y de tal manera, que es difícil encontrar en el mundo un sistema viviente tan frágil, tan íntimamente relacionado e interdependiente. Pretender obtener riqueza fácil mediante la deforestación de la selva para la ganadería o para el cultivo exclusivo de ciertas especies vegetales supone ignorar lo fundamental, que la riqueza de la selva es su integridad, y que ésta es una riqueza compartida del género humano pues de allí procede buena parte del aire y del agua que hacen posible nuestra vida. La gran serpiente del Amazonas, con sus selvas y sus mitos, es una garantía de vida para todo el planeta, pero ello plantea un desafío a la sensatez humana: lo que da la selva, sólo puede darlo para todos, para las comunidades y finalmente para la humanidad; quien quiera obtener beneficios sólo para sí, quien quiera derivar de ella rentabilidades mezquinas, necesariamente tendrá que destruirla, y con ella destruir el futuro.

# **LA VIDA MILENARIA EN AMÉRICA**

Además de las unificaciones que siglo a siglo fueron obrando los grandes imperios, muchos indicios prueban que las comunicaciones entre los pueblos eran antiguas. Los vestigios de la labor de los hombres de Puerto Hormiga, de la costa norte colombiana, encontrados en el delta del Mississippi; los panes de sal de los Muiscas utilizados en el Perú; los objetos rituales de oro de los Chibchas, encontrados entre los Incas; el modo como las lenguas de los pueblos amazónicos están emparentadas con las lenguas del Caribe, hechos que podrían multiplicarse con la memoria de cada pueblo, son prueba de largas peregrinaciones, de influencias recíprocas, de comercios establecidos, y esto nos lleva a comprobar una de las muchas paradojas de nuestra historia: estaban mejor comunicados entre sí los pueblos nativos que las comunidades de esta América al final de la colonia española o a comienzos de la existencia de las Repúblicas. Para entenderlo, es necesario postular una secuencia de hechos históricos.

Puede decirse que: 1. La historia milenaria no había unido plenamente, pero había aproximado a los pueblos, y en algunas partes del territorio había configurado naciones y culturas homogéneas. 2. La llegada de los europeos, con su campaña de conquista obró un vasto y trágico proceso de destrucción y de ocultamiento de toda esa realidad previa, pero al mismo tiempo aportó las lenguas y las costumbres que finalmente propiciarían una cultura continental. 3. Los siglos de la Colonia nos hicieron europeos, trasladaron a América los elementos que unieron definitivamente al continente americano con el orden de la cultura occidental, aunque mantuvieron a nuestras naciones en una suerte de Edad Media tardía, la misma a la que se había replegado, después de su brillante Época Imperial, la sociedad española. 4. El proceso de la Independencia puso el énfasis en nuestra condición americana, pero menos como un esfuerzo radical por reconocernos que como una tentativa de romper con España y de buscar inspiración en las otras naciones de Europa. 5. El comienzo de nuestra vida independiente nos aisló en repúblicas aldeanas, muy dependientes, y rompió aún más los vínculos originales entre las distintas regiones. 6. Grandes reformas liberales en muchos países y el modernismo cultural de fines del siglo XIX renovaron los lazos entre las naciones, abrieron las puertas de la Modernidad largamente postergada, y nos hicieron contemporáneos del resto del mundo. 7. La historia convulsiva del siglo XX nos convirtió en complejos y dramáticos protagonistas de la modernidad, en realidades confusas y violentas, pero también en uno de los continentes más llenos de recursividad humana y en una de las culturas más influyentes del mundo contemporáneo.

Es bueno mirar en detalle ese proceso, advertir nuestras posibilidades y también nuestras limitaciones, y entrever de ese modo los horizontes y los deberes históricos de la América Mestiza, de la que bien podemos decir que es un gran país posible, uno de los países más ricos, más recursivos y más esperanzados del mundo.

# LO QUE LLEGÓ DE EUROPA



La voluntad expansiva de la sociedad europea del Renacimiento era incontenible. La sospecha de que detrás del gran océano había un mundo obsedía la conciencia de ese continente desde tiempos remotos, y se había renovado con las palabras que Dante atribuyó a Ulises en unos versos encendidos del Infierno, en los que se advierte con nitidez que los espíritus más perspicaces de Europa presentían tierras firmes al occidente del Mar Tenebroso. Allí Ulises le cuenta a Dante que después de regresar a Ítaca se embarcó de nuevo con sus compañeros, navegó hacia el oeste hasta las columnas de Hércules, e invitó a los marinos a adentrarse por el océano desconocido,

*A ir tras el sol por ese mar sin gente,*

hasta que al cabo de cinco meses apareció una montaña tan alta como no la habían visto jamás. Y allí un viento que se alzaba de la tierra nueva volcó el navío, sepultando a Ulises y sus hombres en las profundidades del mar. Basta ese presentimiento literario para sentir cómo desde finales de la Edad Media era posible para la imaginación europea prever lo que después la edad de los descubrimientos confirmaría.

Las circunstancias del primer viaje de Colón, de las expediciones siguientes y de las ulteriores aventuras de conquista son suficientemente conocidas, pero tal vez no hemos meditado bastante sobre las muchas implicaciones de aquel encuentro. España, hija de múltiples invasiones de íberos, celtas y fenicios, de cartagineses y romanos, de visigodos y de moros, pugnaba por ser una nación homogénea bajo el gobierno de los Reyes Católicos, pero la historia llevaba otro rumbo y le impuso un destino imperial. El mismo año de la proscripción de los judíos y de la expulsión de los reyes moros de Granada, hechos que fortalecían el ideal de una España cerrada sobre sí y sujeta sólo a los preceptos de Roma, el éxito de Colón en su aventura oceánica amplió de un modo perturbador el ámbito de las preocupaciones y de las posibilidades del reino. Los portugueses, por su parte, se habían lanzado a la circunnavegación de África y a la conquista de los mares de Oriente, y buena parte del mundo parecía depender en aquel tiempo de los impulsos y las ambiciones de «las armas y los varones señalados» de la península ibérica.

No habían transcurrido treinta años desde el descubrimiento de América y la instauración de la nación española, cuando el joven heredero Carlos I de España se convirtió también en Carlos V de Alemania, y se formó bajo su cetro el mayor imperio conocido hasta entonces en la historia. Aquel muchacho gobernaba a España y a Alemania, a Flandes y a Milán, a Nápoles y a las flotas del Mediterráneo, a América y a las Filipinas, y bajo su mando se cumplieron las mayores conquistas y las mayores destrucciones de su tiempo: la devastación de Tenochtitlán y el sometimiento de los Aztecas por Hernán Cortés en 1521, el violento Sacco de Roma y de otras ciudades italianas en 1527, el secuestro y asesinato de Atahualpa y el saqueo del Cuzco por Francisco Pizarro en 1532, el sometimiento de las costas de

perlas del Caribe, la conquista del reino de Tisquesusa en la sabana de Bogotá en 1538, la guerra contra Solimán en las puertas de Oriente, el hallazgo del río de las Amazonas en 1541, el minucioso avance de los conquistadores sobre el territorio americano. Bajo la bandera imperial, donde estaba entretejida el águila bicéfala, y al grito bélico de «¡Santiago!», que significaba muerte para los nativos de América, avanzaron los guerreros españoles: Francisco Bobadilla contra Coanabo y Anacaona en La Española, isla hoy dividida entre República Dominicana y Haití; Balboa y su suegro Pedrarias Dávila sobre Panamá; Hernán Cortés contra Moctezuma y Cuahutémoc en tierras de México; Diego Velásquez sobre Cuba; Juan Ponce de León contra Guarionex y Yahureibo en la isla de Boriquén, que más tarde se llamaría Puerto Rico; Diego de Ordás sobre el golfo de Paria; Ortal y Sedeño por el Orinoco y contra Baucunar en la isla de Trinidad; Francisco de Garay sobre Jamaica; Ambrosio Alfínger, Georgio Spira, Felipe de Hutten y Nicolás de Federmán con sus conquistadores alemanes sobre las tierras de Venezuela y la Nueva Granada; Alonso de Ojeda y Rodrigo de Bastidas por las costas de Tierra Firme; Cabeza de Vaca sobre la Florida; Francisco Pizarro y Diego de Almagro contra Atahualpa en las montañas incaicas; Sebastián de Belalcázar por tierras de Pasto, Popayán y Cali; Pedro de Heredia sobre las llanuras del Sinú; Gonzalo Jiménez de Quesada contra Tisquesusa en el reino de los Chibchas y contra Yuldama en el país de los Gualíes; Hernando de Soto sobre la Florida; Juan Díaz de Solís sobre la región del Río de la Plata, y Valdivia contra los araucanos de Chile; Francisco de Orellana primero, y luego Pedro de Ursúa y su verdugo Lope de Aguirre por la selva y el río de las Amazonas.

Hechos a las conquistas, España y Portugal vinieron a conquistar; y hay que reconocer que difícilmente otros pueblos de Europa habrían podido cumplir un proceso tan desmesurado y tan brutal, tan minuciosamente lleno de heroísmo, de crueldades y de penalidades. Prueba de ello fue el éxito tan moderado de la expedición conquistadora de los alemanes, financiados por los banqueros Welser y Fugger, quienes necesitaban cobrarse el dinero que habían prestado a Carlos V para comprar la corona del imperio alemán. Esas empenachadas compañías que dirigieron el valiente Ambrosio Alfínger, el sagaz Federman, y el bello y traicionado y ensangrentado Felipe de Hutten, vieron malograda su suerte por la adversidad de la naturaleza americana, y no lograron sobrevivir a la rudeza de los soldados españoles, que los veían como rivales.

No es posible ignorar que con la Europa conquistadora vino también la Europa descubridora, y que esta doble presencia delata las discordias que por entonces desgarraban al viejo mundo, y sobre todo al imperio sorpresivo, contrahecho y violento de Carlos V. Vinieron los Pizarras pero también Oviedo y Las Casas, vinieron los genocidas pero también los observadores de la naturaleza, vinieron los destructores de pueblos y borradores de culturas, pero vino también Juan de Castellanos, vinieron los que buscaban saquear, pero también vinieron los que se esforzaban por convivir. Y es por eso, porque a América no llegaron sólo los

bandidos, los saqueadores y los asesinos sino también algunos representantes del humanismo latino y del Renacimiento, por lo que los mestizos de América somos irrenunciablemente europeos. América es el único continente que ha unido su destino de un modo indisoluble al de Europa. Ello no ocurrió con el Asia, invadida sucesivamente por Alejandro, por los romanos, por los cruzados, por las tropas de Napoleón, por el Imperio británico. Así como Europa entró en Turquía y en Persia, en Rusia y en la India, en Ceylán y en la península indochina, así mismo volvió a salir de allí sin modificar sustancialmente aquellos mundos.

A América llegó para quedarse, y para entenderlo hay que pensar en la complejidad de España y Portugal en el siglo XVI. Que viajaran traficantes, expresidarios, capitanes violentos y expedicionarios facciosos, no es extraño, lo extraño es que la Conquista haya sido acompañada por el rumor de los Cronistas, que se empeñaban en describir y en reconocer ese mundo nuevo, y que de un modo casi siempre infructuoso procuraban convencer a Europa de las maravillas que veían, e incluso de las maravillas que imaginaban. Es útil intentar una lista, forzosamente incompleta, de quienes intentaron con sus crónicas responder por la irreductible extrañeza de aquel encuentro histórico, y describir el orbe recién hallado y las realidades que lo ocupaban. Colón fue sin duda el primero, a través de las cartas en que informó de su descubrimiento, y de los diarios en que consignó, con variable veracidad, lo que había visto; lo sigue Américo Vesputio, cuyas Cartas afirmaron el carácter de Mundo Nuevo del continente y finalmente determinaron su nombre. Uno de los primeros historiadores fue Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de un *Sumario de la natural historia de las Indias* y después de una *Historia general y natural de las Indias*, llena de descripciones y observaciones obtenidas tanto en su permanencia en Santo Domingo como en Santa María la Antigua del Darién, la primera y fugaz ciudad de las selvas de Urabá. Después está Hernán Cortés, de quien las Cartas de Relación no sólo cuentan actos administrativos y hechos guerreros, sino que hacen observaciones geográficas, sociales, políticas y culturales de gran importancia. Una crónica fundamental fue escrita por Bernal Díaz del Castillo en la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, que no es solamente una descripción llena de conocimiento directo y de detalles preciosos del mundo mexicano ya con pleno sabor americano, sino una obra con propósitos intelectuales que inaugura la polémica sobre enfoques y valoraciones de la Conquista, en más de un sentido una obra fundadora de la conciencia crítica de la América Mestiza. Alonso de Zuazo fue cronista de La Española; Pascual de Andagoya, cronista de Panamá y Visitador General de los indios de Castilla de Oro; Pedro de Alvarado, autor de tres relaciones desde Guatemala para su jefe Hernán Cortés; Francisco Antonio Pigaffeta, cronista desmesurado y fantástico de la fantástica y desmesurada vuelta al mundo de Magallanes y de Elcano; Pedro de Valdivia y Antonio de Quiroga informaron de la conquista de Chile, y Alonso de Ercilla escribió, inspirado en ella, su hermoso y original poema *La Araucana*. Diego de Almagro envió al emperador relatos de su

avance por Chile, después de que se rompiera su alianza con Pizarro; Bartolomé de Las Casas, el más conocido de todos, además de su *Historia de las Indias*, escribió su célebre *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que fue en su tiempo una poderosa muestra del espíritu crítico que convivía en España con el dogmatismo de los Inquisidores y con la crueldad de los Conquistadores. Tres cronistas generales: Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gomara y Juan Ginés de Sepúlveda escribieron sus obras en España, consultando los documentos incesantes que llegaban de América, el primero trasladando todo al latín, el segundo desarrollando las relaciones de Cortés y el tercero polemizando con Las Casas a partir de informaciones tomadas de los libros de Oviedo. Juan de Castellanos no es solamente el cronista más amplio de la conquista del Caribe, de Colombia y de Venezuela, de las primeras expediciones por el Amazonas y de los primeros asaltos de los piratas ingleses, sino que es el único de todos ellos que se propuso convertir esos relatos en un poema de dimensiones desmesuradas, *Elegías de varones ilustres de Indias*, y que por lo tanto concedió valor literario autónomo a los hechos que narraba, procurando al mismo tiempo contar y cantar. Los cronistas mayores de la conquista del Imperio Incaico son Pedro Cieza de León, quien a partir de 1535 estuvo en el Sinú, en Urabá y en Lima, y escribió una completísima y admirable *Historia del Perú*, y Agustín de Zarate, autor de una *Historia del descubrimiento y Conquista del Perú*, que termina con la muerte de Gonzalo Pizarro, vencido por La Gasea. La conquista del río de la Plata fue narrada por el alemán Uldarico Schmiedel en su *Derrotero y viaje a España y las Indias*, y por Pedro Fernández en el libro *Naufragios y comentarios*, que cuenta las andanzas del casi mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Pero también es preciso mencionar a Fray Antonio de Guevara, a autores de cartas significativas como Pedrarias Dávila, Hernando Pizarro, Cristóbal de Mena, relator del secuestro de Atahualpa y de la masacre de Cajamarca, a Bernardino de Sahagún, a Pedro de Aguado, a Baltasar Dorantes de Carranza, a Juan Suárez de Peralta, a Jerónimo de Mendieta, a Toribio de Benavente y a Jerónimo de la Torre Aguirre.

Pero claro, en este punto es preciso advertir que no todos los que describían a América veían a América. Acaso tiene razón quien dijo que sólo vemos en las cosas lo que ponemos en ellas, y uno de los capítulos más curiosos de nuestra historia referiría el modo como muchos europeos que aún no salían de la Edad Media, hallaron en América todo lo que habían buscado en vano en Europa desde siempre. La leyenda de Eldorado fue una prolongación febril y sangrienta de la obsesión por el oro de los alquimistas medievales. Pero es importante señalar que los alquimistas buscaban en el oro algo más que riqueza, buscaban una suerte de dimensión espiritual o simbólica que confería a ese metal una misteriosa superioridad frente a los otros. En ello había una proximidad con el sentido que daban al oro los nativos de América, para quienes era manifestación de la divinidad solar, materia sagrada de sus cultos, ornamento y condensación de la luz. Hasta murciélagos de oro prodigaban, trasmutando en objetos de luz la oscuridad. Y una de las olvidadas consecuencias,

según se dice, del hallazgo del oro americano, y del modo como las guerras del oro multiplicaron el horror y el sufrimiento de los seres humanos, fue el abandono por parte de los alquimistas de la búsqueda del secreto de la transmutación de los metales. El oro, que se había convertido en objeto de codicia y saqueo y en la justificación de todos los horrores, pareció perder su atractivo profundo para ellos. También se dijo que habían encontrado los conquistadores la Fuente de la juventud en la isla de Bimini; la leyenda de las Amazonas que Orellana vio en la selva, si bien era un reconocimiento intuitivo de la divinidad femenina que preside el universo mítico de estas regiones, era también un esfuerzo por hallar en un mundo incomprensible algún elemento familiar, así perteneciera al reino de la fantasía. Por todas partes los viajeros delirantes veían gigantes y enanos en los pueblos nativos, sirenas y dragones en los manatíes y los caimanes. Y como habrían de hacerlo en el siglo XVIII las recién reveladas *Mil y una noches*, las riquezas reales, las evidencias parciales y las proyecciones fantásticas de América embriagaron la imaginación de los europeos a partir del siglo XVI. Erasmo de Rotterdam vio en América el territorio providencial donde la religión de Cristo sobreviviría a la impiedad de aquella época, Tomás Moro vio en las naciones americanas la prefiguración de su *Utopía*, y Montaigne pudo afirmar que envidiaba la sencillez y la naturalidad con que los hijos del Brasil vivían desnudos en la proximidad de la naturaleza, lejos de las intrigas de las cortes y de la artificialidad de la vida en su mundo.

Algo en la conciencia de aquella Europa vivía anhelando ese reencuentro con la sencillez de la vida. Desde los tiempos de Diógenes, el ideal de una vida simple, sin artificios y sin ostentaciones, volvía al sueño de los filósofos y a la prédica de los profetas. Algo en el primitivo culto cristiano de la pobreza, y en su recuperación medieval por Francisco de Asís, encontraba en esa simplicidad su más secreto anhelo, aunque tal vez en el caso de América los nativos estaban lejos de corresponder a los ideales ascéticos de Cristo y del santo italiano. En los mismos tiempos de la Conquista, aquel ideal volvía en estos versos de fray Luis de León:

*Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De odio, de esperanza y de recelo.*

Y el sevillano que escribió la «Epístola moral» no parecía anhelar otra cosa:

*Una mediana vida yo posea,  
Un estilo tan justo y ponderado,  
Que no lo note nadie que lo vea.*

Con cruces amenazantes y espadas generosas, con lenguas abstractas y religión espiritual, con heroísmos y crueldades, con la aniquilación de razas enteras y el arrasamiento de ciudades fantásticas, con la siembra del trigo y la construcción de esbeltos bergantines en los ríos encajonados de las montañas, con templos y ganados, mapas e imprentas, navegaciones y cadenas, Europa estaba cambiando para siempre a América; pero inevitablemente, como bien lo ha mostrado ese gran americano, Germán Arciniegas, también con miles de toneladas de oro y de plata, con perlas y esmeraldas, con maderas y leyendas, con la acumulación del capital y el trabajo de sus muchedumbres, con la evidencia de sus culturas y la singularidad de sus pueblos, con sus delirios y sus visiones, con sus mitos febriles, con el horizonte de preguntas que suspendía sobre las intemporales verdades de la tradición, América estaba cambiando a Europa para siempre.

Era imposible presentir que de todas esas comprobaciones y de todas esas idealizaciones surgiría con los siglos algo tan complejo y tan lleno de consecuencias como la doctrina del Buen Salvaje, de Rousseau, que inspiró a los Románticos y a los revolucionarios de fines del siglo XVIII. Pero también el naturalismo, la etnología y la antropología, la nueva conciencia de la dignidad del universo natural y la nueva conciencia de la validez de las distintas culturas tuvieron, en el hallazgo de América y en su inmolación, un punto de partida.

# EL CHOQUE DE LOS MUNDOS

Es apasionante rastrear los momentos de ese diálogo entre Europa y América, los encuentros y los desencuentros que han marcado esta ya larga historia de dependencias recíprocas y también de decepciones y desengaños. La aventura del siglo XVI señala para los hijos de la América Mestiza el nacimiento de una doble conciencia: la de ser hijos a la vez de los conquistados y de los conquistadores, la de ser herederos de las víctimas y de los verdugos. Esa difícil condición tiende a hacer relativas muchas verdades y parece exigir siempre de nosotros, los hijos de esa fusión, pensar toda cosa a la vez desde la cultura y desde la naturaleza, desde la razón y desde el mito, desde el pensamiento lógico y desde el pensamiento mágico.

Los pueblos indígenas americanos fueron diezmados por unas culturas convencidas a ciegas de su superioridad; el triunfo de la fuerza parecía bastar para conceder legitimidad filosófica a los vencedores frente a los vencidos. Mucho se habló de la barbarie de los nativos, pero el mismo emperador Moctezuma, que una vez había ordenado la demolición de un templo porque su estructura y su disposición no se ajustaban a las pautas astronómicas correctas, fue quien le dijo a Hernán Cortés con gran sensatez que no era necesario derribar las estatuas de los dioses aztecas con esa violencia, que si los conquistadores les explicaban por qué él y su pueblo estaban equivocados, ellos estarían dispuestos a corregir sus errores. También se justificó a menudo el exterminio argumentando la repulsión que causaba en los cristianos el canibalismo de los nativos. Pero a comienzos del siglo XIX Humboldt anotó con mucha gracia: «Pienso, no obstante, que la antropofagia de los habitantes de esas Antillas ha sido bastante exagerada en los cuentos de los primeros viajeros. Un grave y juicioso historiador, Herrera, no ha desdeñado incluir esos cuentos en las Décadas históricas: incluso ha dado fe a este accidente extraordinario que hizo a los Caribes renunciar a sus bárbaras costumbres. “Habiendo devorado los naturales de una pequeña isla a un fraile dominico secuestrado en las costas de Puerto Rico, todos enfermaron y no quisieron volver a comer a nadie, ni religioso, ni secular”».

Entre las muchas cosas que es necesario considerar de las naciones que poblaban el territorio de América a la llegada de los españoles, las más importantes son sin duda el respeto de unos códigos de honor, y el tipo de alianza que tenían con la naturaleza. Entre el Imperio azteca y el Imperio inca había numerosas diferencias, pero si en algo coincidían era en el modo como todos sus actos, los hermosos y los terribles por igual, estaban inscritos en un orden ceremonial y tenían su justificación en el contexto de la cultura a la que pertenecían.

A la luz de nuestros cánones de hoy, muchas conductas de la antigüedad en todos los rincones del mundo son inaceptables. La leyenda bíblica de Abraham yendo dócilmente a sacrificar a su hijo Isaac en las montañas por orden de Dios delata la costumbre de los sacrificios humanos, e incluso de los sacrificios familiares, en el seno de la primitiva religión judía, y en la inmolación de Cristo mismo se nos ofrece simbólicamente una reviviscencia de esa figura del hijo sacrificado. Esa costumbre de inmolar seres humanos en los altares de la divinidad y de la verdad no era una



costumbre antigua abandonada por los europeos: era una costumbre viva en los tiempos del descubrimiento de América, y cuando los soldados y los sacerdotes de Conquista declararon con sinceridad su estupor y su rechazo ante los sacrificios rituales que se realizaban en los altares aztecas, no advirtieron que por aquellos mismos tiempos la Santa Inquisición sacrificaba en los altares del Dios cristiano a incontables seres humanos acusados de impiedad y de herejía. Las piras innumerables que alumbraron los campos de la religión son la parte evidente de ese ritual que persistía por entonces.

Al menos era una costumbre pública y harto visible, como la de los Aztecas mismos, con la diferencia de que éstos no calumniaban ni satanizaban a sus víctimas al modo de la Inquisición, sino que trataban a los sacrificados como seres sagrados, pero en la Europa de aquel tiempo existían costumbres más crueles y menos francas, y lo que la Santa Inquisición hacía en sus mazmorras, con potros de tormento, garfios y tenazas, y con braseros que acercaban a los pies de sus víctimas inmovilizadas, lejos de la mirada pública, era menos justificable a la luz de unos códigos ceremoniales. La interpretación de la historia que nos legaron nuestros abuelos, los conquistadores, puso el énfasis sobre la barbarie de los nativos de América, y no consideró la barbarie de los europeos de su tiempo. Es curioso que los pueblos que obraron uno de los mayores genocidios en la historia de la humanidad, se hayan aplicado a declarar bárbaros y salvajes a los pueblos que fueron sus víctimas, procurando tal vez legitimar así la masacre.

La muerte de millones de americanos entre los siglos XVI y XVII suele atribuirse a una sola de sus causas: lo que hoy llamamos el choque biológico, que desencadenó grandes epidemias de pulmonía y de viruela en las zonas indígenas más densamente pobladas del continente, y no cabe duda de que en ciertas regiones la reducción de la población tuvo principalmente esa causa. Pero al ver los grabados de la época y al escuchar el testimonio de todos los que presenciaron los primeros tiempos, comprendemos que otras causas contribuyeron decisivamente a la caída de la población americana. No es preciso recurrir a los historiadores más afligidos y más alarmados, como Bartolomé de Las Casas, quien fue acusado de propalar una leyenda negra de la Conquista por parte de quienes propalaban la leyenda rosa: muchos testigos presenciales relataron cómo fue el choque militar, y no podemos hacernos muchas ilusiones acerca de la humanidad de los primeros conquistadores, ni de su actitud frente a los nativos. Pero un tercer elemento del proceso de aniquilación fue el rigor de los trabajos que se impusieron a los pueblos sometidos. Juan de Castellanos, quien estuvo en América desde 1539 y alcanzó a dialogar con numerosos aventureros de los primeros tiempos, al enumerar las causas de la mortandad, ni siquiera recuerda las epidemias, en cambio enumera las otras causas, incluido el suicidio por desesperación:

*Y así fue que los hombres que vinieron*

*En los primeros años fueron tales  
Que sin refrenamiento consumieron  
Innumerables indios naturales,  
Tan grande fue la prisa que les dieron  
En uso de labranzas y metales,  
Y eran tan excesivos los tormentos,  
Que se mataban ellos por momentos.*

*Lamentan los más duros corazones,  
En islas tan ad plenum abastadas,  
De ver que de millones de millones  
Ya no se vean rastros ni pisadas,  
Y que tan extendidas poblaciones  
Estén todas vencidas y assoladas,  
Y dellas no quedar hombre viviente  
Que como cosa propia lo lamente.*

Bien podemos decir que la mayor parte de los pueblos nativos de América respetaban en los tiempos de la invasión unos códigos de honor semejantes a los que habían imperado en Europa unos veinte siglos atrás, si hemos de creerles a los poemas homéricos. Sólo el acatamiento reverencial de esos códigos por parte de los Aztecas pudo permitir que Hernán Cortés, a la cabeza de sólo cuatrocientos hombres, se haya apoderado en tan breve tiempo de un Imperio de millones, y sólo el respeto de los Incas por las leyes de la hospitalidad permitió que Francisco Pizarro, con 168 soldados brutales, haya podido asesinar en una tarde a siete mil personas del cortejo de Atahualpa, y desconcertar con sus cañones fabricantes de rayos al ejército del hijo del Sol en Cajamarca, cuando el Inca, que habría podido atacar a los invasores con sus ochenta mil flecheros, aceptó una invitación a cenar y, para demostrar su confianza y su voluntad de paz, llegó al campamento con toda su corte desarmada y vestida con trajes ceremoniales. Desde la perspectiva de la fuerza y de la capacidad de destrucción, los europeos eran más avanzados, y los pueblos americanos eran atrasados, ingenuos y dóciles. Pero desde la perspectiva de una verdadera civilización hay que preguntarse siempre quién es más civilizado, si el que mata o el que respeta, si el que está cegado por su dogma o el que duda, si el que en nombre de la codicia no se detiene ante nada o aquel que gobierna sus actos y sus pasiones por un sistema coherente de valores.

El segundo elemento que he mencionado es la relación de los pueblos nativos con la naturaleza. Baste para aludir a ella el hallazgo que hizo Ann Osborn de los mitos de los U'wa de la Sierra Nevada del Cocuy en el oriente colombiano. La antropóloga comprobó que ciertos días la comunidad de los U'wa se reúne para escuchar al hablador narrar el mito del «Vuelo de las tijeretas». Este consiste en una larga

enumeración de palabras en la lengua de la comunidad. Ann Osborn advirtió que esa enumeración causaba una emoción profunda en las personas, quiso averiguar qué significaban las palabras y descubrió que eran una precisa mención de lugares. Quiso luego saber si aquella secuencia formaba una ruta precisa, y no sólo aprendió que se trataba de una descripción de las fronteras del país de los U'wa, sino que encontró esa ruta sembrada de antiguos postes rituales. Pero esa frontera no había sido trazada caprichosamente: los U'wa afirman descender de hombres águilas llegados del norte hace mucho tiempo; cada año esas águilas que llaman tijeretas, y cuyo nombre científico es *Elanoides forficatus*, vienen en bandadas migratorias desde Norteamérica, y antes de seguir su rumbo hacia el sur del continente sobrevuelan el país de los U'wa siguiendo exactamente la ruta que el mito describe. El retorno anual de las águilas marca para la comunidad el momento de renovar la alianza con el territorio y de evocar la llegada de los antepasados, en un tiempo inmemorial.

Bastaría este mito, encarnado en la vida presente de la comunidad, para mostrar la sabiduría y la profundidad de las relaciones que mantienen con el territorio, pero los U'wa tienen además mitos particulares para los árboles, para los peces, y para los muchos elementos de su cultura y de su relación con el mundo. Quien conozca la poética de Hölderlin o de Novalis entenderá que esa relación con la naturaleza, hecha de respeto y de voluntad de alianza, que los más altos poetas de Alemania reclamaban como la única profunda y verdadera, es de algún modo la que practican estos pueblos nativos americanos. Y recorrer las mitologías de las distintas naciones indígenas del territorio es encontrarse con incontables maneras originales de establecer una relación respetuosa y sagrada con el universo natural, expresada en mitos de gran belleza y de profundo sentido. Siempre supieron convivir con la tierra, y nunca concibieron un orden social enemistado con ella. Más bien parecían profesar una filosofía cercana al Tao de los orientales: intervenir mínimamente en la naturaleza, y sólo hacerlo después de complejos rituales y ceremonias destinados a elaborar el pensamiento que guíe esas transformaciones.

Por eso, a pesar de las muchas civilizaciones que se desarrollaron en el continente, la tierra americana seguía siendo un mundo casi virgen a la llegada de la civilización que todo lo trastorna, y lo que más pudo pasmar a los primeros europeos debió ser la exuberancia de la vida en todas sus formas. Esa exuberancia, con la que los hijos del continente sabían convivir, bien podía ser intolerable para los recién llegados, y no sólo para los españoles. Antes se diría que de todos los pueblos que ocuparon América los españoles fueron los más capaces de adaptarse y de coexistir con un mundo tan distinto de aquél al que pertenecían. Otros pueblos, antes de instalarse en una determinada región, suelen traer a ella todas las cosas que hacen su confort, eliminar todo lo que no se les parece, y construirse un ámbito a la medida de sus costumbres y de sus expectativas. Antes que adaptarse al mundo necesitan adaptar el mundo a su estilo de vida, y la reciedumbre de su carácter los hace sentir que dondequiera que llegan llega con ellos su tierra de origen. Por eso se entiende

que el territorio de los Estados Unidos haya sido europeizado casi por entero y que para ello haya sido necesario el exterminio total de los pueblos nativos, la domesticación de la naturaleza, el todopoder de la ciencia y de la técnica.

En general los conquistadores sentían que había que combatir y vencer la exuberancia de la naturaleza americana. Así describe Castellanos la actitud de los Reyes Católicos ante la noticia del descubrimiento de un mundo nuevo:

*Quisieran estos reyes singulares  
En aquestos sus amplios señoríos  
Que hasta las zavas y manglares  
Y todas las riberas de los ríos  
Se les tornaran viñas y olivares  
Y no campos inmensos tan vacíos,  
Sino hacer las tierras provechosas  
Y en ellas jamás ver gentes ociosas.*

Todo tendía a causarles zozobra y malestar, la espesura de los bosques, la torrencialidad de los ríos, la abundancia de los animales, la enormidad de las tempestades. Allí donde un naturalista, un entomólogo o un ornitólogo contemporáneos habrían podido ver la multiplicidad de las manifestaciones de la vida, la profusión de las formas, los colores, los sistemas de reproducción, las simbiosis y los ciclos vitales, los aventureros veían insufribles enjambres de insectos, plagas y maleza, porque venían de una cultura acostumbrada a sólo considerar aceptable lo que era inmediatamente útil para el hombre. Los nativos hallan una justificación de la naturaleza en sí misma, no la desdeñan en nombre de la razón o del espíritu, y por la vía de la intuición, del instinto y del ritmo, lenguajes tejedores de mitologías, comprenden el mundo en su complejidad, de un modo que todavía necesitamos estudiar con profunda atención porque bien podría depender de esa familiaridad y de ese conocimiento la salvación de muchas cosas esenciales para el porvenir.

Tal vez hoy de nuevo seamos capaces de esa sutileza, y ciertamente ha sido un siglo de etnología y de antropología, disciplinas que sensibilizaron por fin a las naciones conquistadoras, lo que ha permitido que desde las sociedades occidentales se asuma, casi por primera vez, que Occidente no sólo tiene cosas que enseñar sino cosas que aprender de las culturas a las que inicialmente sólo se preocupó por dominar y saquear. El saqueo es algo secundario: un poco más de oro no hace rico ni pobre definitivamente a un mundo; pero la indiferencia y el desprecio grosero frente a los tesoros culturales de los pueblos y frente a sus conocimientos milenarios sí trazan un estilo y configuran un error peligroso. Así como los Códices de los Aztecas fueron estúpidamente destruidos por los conquistadores, hubo un esfuerzo persistente, como bien lo ha demostrado Germán Arciniegas, no por descubrir sino más bien por cubrir,

por ocultar todo lo que era específicamente americano, y la labor de los verdaderos descubridores y de los verdaderos civilizadores se fue desdibujando, mientras nuestros países se aplicaban a la insensata tarea de glorificar como paladines a los guerreros y a los genocidas. Hombres como Francisco Pizarro, como Hernán Cortés, como Sebastián de Belalcázar, como Alvarado y como Pedro de Heredia presiden en todo el continente una absurda mitología de matarifes y de conquistadores, mientras que hombres como Bartolomé de Las Casas, como Vasco de Quiroga, como Fernández de Oviedo, como Juan de Castellanos, que se esforzaron por vivir ese proceso con respeto, con generosidad y con asombro, que trabajaron la vida entera por la alianza de los mundos y por la construcción de una cultura compartida, permanecen en una discreta penumbra demasiado semejante al olvido e incluso al desdén.

# LO QUE LLEGÓ DE ÁFRICA

En un esfuerzo por superar lo que llamaba Nietzsche el espíritu de la venganza, Jorge Luis Borges escribió alguna vez que a la decisión de Carlos V de traer negros de África «que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas» no sólo le debemos las atrocidades de la esclavitud y los quinientos mil muertos de la guerra de Secesión de los Estados Unidos sino también «los blues de Handy, el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental don Pedro Figari..., el impetuoso film Aleluya..., el moreno que asesinó Martín Fierro, la deplorable rumba “El Manisero”, el napoleonismo arrestado y encalabozado de Toussaint Louverture..., la habanera madre del tango, el candombe». Su humor irónico apunta a lo esencial, no hay hechos de la historia, por buenos que sean, que no corran el riesgo de producir consecuencias dañinas, no hay hechos malvados que no corran el riesgo de producir resultados benéficos. Lo que nos está vedado es justificar hechos atroces por sus posibles consecuencias benéficas, o proscribir hechos nobles por el riesgo de consecuencias lamentables. La ética no se define por las consecuencias de los actos sino por el valor que concedamos a éstos en su presente. Ya bastante irónico y representativo de la complejidad del mundo es ver que quien recomendó la importación de negros haya sido quien con más vehemencia condenó la opresión y la aniquilación de los nativos americanos por parte de los aventureros de España: Bartolomé de Las Casas.

Es imposible saber cuántos africanos fueron cazados en su continente por los safaris de holandeses, portugueses, españoles, ingleses y otros europeos. La cifra de entre trece y quince millones en tres siglos podría ser aproximada. Hay que tratar de imaginar las redadas en las playas de Guinea, el Congo y Angola, el minucioso sufrimiento de millones de seres humanos capturados y arrancados de sus tierras para siempre, separados de sus seres queridos por procedimientos que nada nos veda comparar con el procedimiento de los nazis con los judíos o los gitanos hace medio siglo, trasladados a un mundo del que nada sabían y en condiciones inicuas. Hay que tratar de imaginar las travesías. Éstas ya eran ingratas para los aventureros españoles que disfrutaban de libertad y que viajaban voluntariamente: las bodegas de los barcos eran sitios infectos, el descanso era casi imposible, las provisiones justas, el agua era medida, las funciones fisiológicas debían cumplirse de un modo mortificante, y las travesías estaban sujetas a los azares del tiempo y de los climas, con su riesgo de enfermedades y tormentas. Pero aquello era un lujo comparado con el transporte de los esclavos. Basta ver los diagramas del barco negrero inglés «Brookes», en el siglo XVII, que muestra la fría eficacia en la disposición de los cuerpos para aprovechar al máximo el espacio. Centenares de esclavos acostados uno junto a otro, en filas paralelas, siguiendo la disposición de las plataformas superpuestas, producen la impresión de abigarrados termiteros inmóviles y obligan a pensar en esas travesías interminables, la imposible higiene, la improbable nutrición para esos seres encadenados. Hasta una cuarta parte, o acaso más, de los esclavos capturados y transportados morían antes de llegar a su destino y eran entregados al apetito del mar.

No es seguro que los nombres que traían los esclavos correspondieran a su lugar de origen. Angolas, Congos, Minas, Mandingos, Carabalíes solían ser denominaciones de los puertos de embarque. A partir del momento en que se convertían en esclavos ya no pertenecían más a su comunidad ni a su familia; en vano anhelarían volver a tener noticias de su gente y su mundo. Y sus destinos fueron más diversos aún que sus procedencias. Primero diseminados por las Antillas, las minas de plata de México y del Perú fueron después el destino de numerosos cargamentos. En el Brasil, los principales sitios de entrada fueron por mucho tiempo Bahía y Pernambuco. A las otras regiones de tierra firme se los conducía por dos confines: el puerto de Buenos Aires, en la desembocadura del Río de la Plata, que los remitía a las montañas andinas, y los puertos de recibo para el Caribe, que eran Veracruz y Cartagena de Indias.

A las derivaciones que Borges enumera irónicamente, podríamos añadir muchas otras. Más allá del infierno que implicó su traslado a las tierras nuevas y la infamia de los siglos de la esclavitud, la presencia de África es uno de los componentes más importantes de la colonización del continente y representa además uno de los más descomunales traslados de muchedumbres humanas en la historia del mundo. Los tiempos recientes han visto la multiplicación de sus consecuencias, y una de las más importantes es el crecimiento demográfico de la población afroamericana y su creciente presencia en la vida social, cultural y política del continente.

América es inconcebible sin el aporte africano y sin tantas circunstancias históricas en que se ha sentido su presencia: sin la rebelión de los negros cimarrones de Panamá, sometida por la crueldad de Pedro de Ursúa; sin las luchas del etíope Galomón en la isla de Cuba como las cuenta el poema «Espejo de Paciencia»; sin el negro que descubrió las múcuras cubiertas de chagualas de oro en la expedición de Pedro de Heredia por el Sinú; sin el criado negro que advirtió en vano a Pedro de Ursúa de la conspiración de Lope de Aguirre para matarlo; sin los miles de toneladas de oro y de plata que extrajeron los esclavos en las minas de las Antillas, del norte de México, del Potosí y de la Nueva Granada, y que construyeron la Modernidad de Europa; sin la princesa de Gambia en la María de Jorge Isaacs y sin aquellos cantos de bogas:

*Se no junde ya la luna Boga, boga,  
Que jará mi negra tan sola,  
Llorá, llorá,*

es inconcebible sin la nodriza negra de los poemas de Aurelio Arturo; sin los sones caribeños y los boleros cubanos; sin las tropas negras y mulatas de los ejércitos libertadores; sin las manumisiones del siglo XIX, sin el batallón de Pardos y Morenos en la independencia argentina, sin los tangos y las cumbias, sin el mambo y la salsa, sin los carnavales de Río, sin las trompetas de Matanzas y las marimbas de Jamaica,



sin los tambores y las rumbas de Papá Montero; sin el Vudú de los haitianos y la santería de los cubanos; sin la «Declaración de Amor» de Helcías Martán Góngora:

*Las algas marineras y los peces  
Testigos son de que escribí en la arena  
Tu bienamado nombre muchas veces...*

sin la erudición continental de Pedro Henríquez Ureña, sin Changó y Yemayá, sin el Yoruba de los caribeños y sin las flores en el Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre en Santiago, sin Benny Moré y sin Celia Cruz, sin Candelario Obeso y Nicolás Guillen, sin el poema «Aires Bucaneros» de Luis Palés Matos, que cifra en el ritmo de la lengua castellana la abigarrada pluralidad de la mulatería del Caribe, y mucho de su embriaguez y de su alegría.

*Al bucanero densos perfumes,  
el crudo aroma, la brava especia;  
las bergamotas y los gengibres,  
los azafranes y las canelas.*

*Ay, blando chumbo de la criolla,  
de la mulata tibia mameya!  
Huy; la guanábana cimarrona  
que abre su bruja flor en la negra!*

Un poema donde se siente la complejidad y endiablada pasión de las tierras del continente:

*Al bucanero las tierras vírgenes,  
el agua indómita, la mar inédita;  
los horizontes en donde aúlla  
la agria jauría de la tormenta.*

*Ay, las maniguas paticerradas,  
jaguar taimado, víbora artera!  
Huy, tremedales de falso adorno,  
árbol carnívoro, liana tremenda!*

*Ay, letal sombra del manzanillo,  
roja calina de las praderas,  
miasma envolvente de los manglares,  
jején palúdico de las ciénagas!*

Y finalmente el retrato magistral de toda una época en ese Caribe delirante donde se fundieron los mundos:

*En la posada del rey Felipe  
el dado corre y el naipe vuela,  
mientras las bolsas en pugna lanzan  
áureos relámpagos de monedas.*

*Noche de orgía, la hez del mundo  
bulle en el fondo de las tabernas,  
entre el repique de los doblones  
y el tiquitoque de las botellas.*

Tal vez si la conquista de América se hubiera limitado al choque entre la Europa altiva y blanca, filosófica y despiadada, y los pueblos nativos feroces o sumisos, orgullosos y amargos, discretos y pensativos, nuestra América sería hoy un continente más tenso y menos alegre; pero es necesario señalar que uno de los hechos atenuantes de ese drama cósmico fue paradójicamente la llegada de los pueblos de África. Estanislao Zuleta señalaba alguna vez con asombro que mientras muchos pueblos indígenas optaron explicablemente por la introspección y el silencio, por una suerte de distancia psicológica frente a sus invasores europeos, los hijos de África, a pesar de haber perdido más, pues fueron arrebatados a su territorio, a su memoria y a sus posesiones, privados de su libertad y sometidos a opresión espantosa, no perdieron jamás su alegría, su vitalidad, su sentido del ritmo, su creatividad y su generosidad. El tema es estimulante para la reflexión, aunque no podemos estar seguros de si es más atroz ser arrebatado a la tierra original y a sus órdenes míticos, pero conservar la conciencia de que en algún lugar del mundo esa tierra sigue siendo firme y ese orden sigue siendo válido, o ver cómo la tierra madre donde reinaban los dioses es minuciosamente profanada y convertida en ergástula.

Con todo, es verdad que alegría y sensualidad, vigor y belleza, musicalidad y sencillez, sentido del color y de la armonía, son aportes profundos de África al mosaico de las sociedades americanas, a pesar de la crueldad de que fue víctima, no sólo durante los tiempos iniciales del tráfico negrero sino después, durante los siglos de la esclavitud, y todavía hoy, en tiempos en que la integración cultural parte del supuesto de que las minorías tienen los privilegios de la igualdad sólo si renuncian a su singularidad, a su memoria y a sus hábitos, y se pliegan al carnaval de lo indeterminado. Pero las vigorosas culturas de origen africano son en todo el continente una fuente de creaciones estéticas y de talentos múltiples, justo por no haber roto con su condición, por ser capaces de combinar sus vigorosos lenguajes con los de las otras culturas y de establecer diálogos fecundos y creadores con una flexibilidad que otras comunidades no han alcanzado todavía.

De todas las regiones de la América Mestiza, es en el Caribe donde la participación de los hijos de África llegó a ser más dinámica y definitiva, aunque es también su presencia en el territorio brasilero lo que nos hace sentir a las costas del Brasil como una alegre prolongación del universo caribeño, de modo que Río de Janeiro nos parece más cerca de Jamaica que de Montevideo.

Una buena prueba de que la cuenca del Mississippi pertenece de un modo poderoso al universo del Caribe es que la cultura de esos estados otrora esclavistas del sur, gracias a la presencia de los afroamericanos, responde a las mismas inquietudes y teje variaciones sobre los mismos temas que la de las islas y las costas caribeñas de la América del Sur. Muchos temas comunes encontramos en las obras de William Faulkner y de Gabriel García Márquez, que definen las fronteras extremas de ese mundo del Caribe y que participan nítidamente de su estilo. En *Luz de Agosto*, una de sus mayores creaciones, Faulkner explora esa frontera terrible entre el mundo de los blancos y el de los negros a través del destino de un hombre cuya maldición es ser mulato, participar de las propiedades de una y otra raza: ello no lo hace aceptable sino por el contrario rechazado por ambos bandos, el odio de las razas parece converger sobre él con especial furor ya que representa la mayor de las transgresiones, la evidencia de un amor entre razas que se repelen, el momento de la convivencia y del contagio. Con asombrosa minuciosidad, Faulkner muestra en ese patético Joe Christmas de su novela a una suerte de víctima expiatoria, y exhibe un mundo donde el amor es imposible porque exige la aproximación de dos realidades y la renuncia a férreos sistemas de prejuicios. No de otro modo en la nítida y triste novela de García Márquez *Del amor y otros demonios* podemos advertir esa frontera en la cual lo que para los negros es la vida para los blancos es el mal, donde una jovencita que crece entre negros es vista por su propia cultura como un ser contagiado por una suerte de peste maligna. Otro gran creador del Mississippi, Mark Twain, hace también de la amistad entre un niño blanco, Huckleberry Finn, y Jim, un esclavo fugitivo, una hermosa parábola de la inocencia y de la libertad. Nada como ese compartido universo de origen africano, para aproximar los mundos americanos del norte y del sur.

# LAS AMÉRICAS

Lo que sugiere nuestra historia es que hay varias Américas Mestizas y que una de ellas es la América Latina. Hay a su vez varias Américas Latinas y una de ellas es la América Hispánica. Pero es también evidente que hay varias Américas Hispánicas, y que no es igual el modo como participa México de la hispanidad al modo como participan Colombia o Argentina. ¿Pero no será preciso decir también que hay varios Méxicos, como lo sugiere Simpson en su libro *Many Mexicos*, o varias Colombias, como lo sugiere el poeta Aurelio Arturo cuando habla de una

*Hoja sola en que vibran los vientos que corrieron  
Por los bellos países donde el verde es de todos los colores,  
Los vientos que cantaron por los países de Colombia,*

o incluso, aunque no posean plenamente un gran pasado prehispánico, varias Argentinas, como parece sospecharlo Jorge Luis Borges, quien siempre habla de una Buenos Aires de criollos centenarios y otra de inmigrantes del siglo XIX? Existen ciertamente el México del esplendor azteca y el México de los mineros del norte durante la Colonia, el México caribeño de Tampico y de Veracruz y el México del fallido imperio de los Habsburgo, el México indomable de la Reforma y el México legendario de la Revolución; existe la Colombia del Caribe y la de las selvas lluviosas del Pacífico, la Colombia de los minifundios católicos de los Andes y la Colombia de los colonizadores llaneros, la Colombia de las haciendas esclavistas de Jorge Isaacs y la Colombia de las caucherías de la selva de José Eustasio Rivera, la Colombia de los centenares de naciones indígenas originales y la Colombia de más de un siglo de guerras de Conquista, la Colombia de los latinistas y gramáticos de la Santafé del siglo XIX y la Colombia de las mafias y las guerrillas de finales del siglo XX; y existe la Argentina de Buenos Aires y la de la Pampa, la Argentina blanca de las ciudades del litoral y la Argentina indígena de las montañas de Tucumán. Ello nos lleva a pensar en el modo como, de los grandes imperios originales y del fresco común de la Conquista, derivaron tantas fragmentaciones y fusiones locales.

La historia empieza lejos, y no es posible entender muchas cosas de nuestra América sin mirar sus raíces a veces muy distantes en el espacio y en el tiempo. Hemos aprendido a vivir esta tierra como si de verdad tuviera sólo cinco siglos, y esa costumbre favorece el hecho mágico de que cada cierto tiempo nos asalte un vértigo de antigüedad. Somos como adolescentes que se vieran de pronto sorprendidos por recuerdos que sólo puede tener un anciano. Vidas pretéritas se nos aparecen de pronto en la forma de esos titanes de piedra de la isla de Pascua o de San Agustín, de esas pirámides rojas de las selvas de Guatemala, de esas cigarras de oro de Malagana, cuyo perfecto y exquisito realismo nos revela que éramos ancianos sabios mucho antes de ser muchachos inexpertos. Es verdad que tenemos cinco siglos, puesto que lo que ahora somos, en todo el continente mestizo, es necesariamente la fusión de los mundos. Llamarse Argentina o Colombia o Bolivia supone un comienzo muy

reciente, la resonancia de la plata en latín, la memoria de Cristóbal Colón, la memoria de Bolívar, un hombre de hace dos siglos, exaltadas en los nombres de un mundo. Supone aceptar comienzos relativos, y creer, por un acto de fe, que de verdad esas palabras bienintencionadas y recientes nombran la antigüedad de las pampas, la niebla de las montañas, la silueta de las alpacas recortada contra los riscos de hielo. Pero tenemos que estar dispuestos a que en medio de una realidad fundada por los viajeros del Renacimiento surjan de pronto voces y fuerzas milenarias, que en medio de la apacible fe católica resurjan nostalgias matriarcales, que en el centro del altar de la iglesia de San Francisco en Quito, el escultor Legarda haya hecho surgir como una aparición milagrosa y bellísima la evocación de la Pacha Mama incaica bajo la forma de la virgen alada del Apocalipsis.

La formación de todos los pueblos está llena de conflictos, de confrontaciones y de influencias. España es un buen ejemplo de esos mosaicos históricos, con sus aldeas celtas dominadas por atalayas romanas, con sus romances carolingios estremecidos por delicadezas de oriente, con sus ciudades cristianas centradas por palacios moros, con su mezquita de Córdoba, esa penumbra de infinitas columnas en cuyo centro un púlpito cristiano reposa sobre la imagen pagana de un toro blanco que brama hacia el cielo. Y también España necesita reconciliarse con todos sus ayeres y olvidar esa mala fiebre de querer ser una sola cosa cuando la historia ha decidido que sea tantas.

Lo malo de nuestra realidad no es que sea tan múltiple, lo malo es la pretensión de que cada nuevo aporte sea una ruptura absoluta, la negación del pasado, la condena de su memoria y el definitivo olvido. Aprendimos a resumir nuestra historia en etapas diciendo: Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia y República. Pero ya esa lista mostraba, en plena República, la persistencia de la Conquista.

A partir del momento en que los sueños del Renacimiento, la edad de los descubrimientos, los mapas de Toscanelli, las profecías de Séneca y de Dante, la búsqueda de las especias y la obsesión de Colón nos incorporaron al mapa espiritual y material del planeta, no sólo comenzó nuestra nueva historia sino que comenzó verdaderamente la historia mundial. Antes sólo existían historias locales, o regionales, o a lo sumo continentales. La historia mundial es cuestión de los últimos cinco siglos, y es rigurosamente contemporánea de nuestra existencia como naciones mestizas. Qué asombro comprender que el océano Atlántico permaneció a lo largo de toda la historia prácticamente intocado por las naves humanas y casi todo invisible a los ojos de la especie. Pero el relato de nuestra incorporación al mundo está lleno de avatares significativos: oro y plata, perlas y esmeraldas, maderas y productos naturales fueron los primeros instrumentos de esa incorporación. El mercado mundial también nació allí, y ese mar nunca explorado, el Atlántico, se convirtió súbitamente en el mar más navegado del planeta, y ese Caribe al que vimos en el fresco inicial poblado por naciones que apenas si recorrían las orillas azules en sus piraguas y sus canoas, se volvió de pronto un mar de carabelas y de bergantines, de galeras y de

fragatas, y surcaron sus aguas caravanas de galeones, flotas de Tierra Firme que venían de Cádiz hasta Veracruz y Cartagena y Portobelo, en el follaje de las selvas panameñas, cargadas de mercaderías de todo tipo, barriles de vino, violines, tapices, sedas, muebles, libros, y que volvían, empujadas por el viento del sudoeste, pesadas de oro y de plata, de piedras preciosas y de objetos exóticos.

Ya estamos en el Caribe del siglo XVI, donde se suman al espanto y al sufrimiento de los pueblos el rudo heroísmo de los varones de conquista y la llegada a nuestra tierra de ese invento tan reciente de la cultura europea: el individuo. Sobre el fondo de mitos de la América intemporal, sobre la serpiente emplumada y el dios solar incaico, sobre las Pléyades exaltadas en divinidades en Centroamérica y las diosas lunares de los Chibchas, sobre el Bochica de la Sabana y el dios serpiente de los Huitotos que engendró al árbol de agua que nutre la selva, sobre los dioses venerados en murciélagos de oro y en ejércitos de roca viva, jaguares y cóndores, ranas y esferas de piedra, se alzó una nueva saga de navegantes y de bandidos. Es la novela vertiginosa del Caribe, con sus guerreros y sus letrados, con sus ciudades amuralladas de piedra y sus amores prohibidos, los labios letales de la Diana de La Española y de la Malinche del Anahuac, los discursos bélicos de Anacaona y las embajadas de Catalina en Cartagena, los infiernos de Cubagua y los paraísos de Margarita, los cazadores de ballenas de la Florida y los guerreros vestidos de jaguares y de osos en Trinidad, las astucias de Balboa y su bandera ondeando en el viento salado del Mar del Sur.

La conquista fue vertiginosa, y todos sus protagonistas vivieron el enorme continente como un todo al que recorrían como sólo los hombres de la Independencia lo recorrieron después. Cada uno de esos conquistadores terribles y asombrosos lograba estar en todas partes: hoy encontramos a Pizarro en Santo Domingo y mañana en Panamá, hoy chapotea en caldos de fango entre las salamandras de la isla Gorgona y mañana entra por las costas del Perú; Hernando de Soto ahora se acerca en su caballo a la figura impenetrable de Atahualpa y ahora se aleja por las playas de la Florida; a Cabeza de Vaca, cuyas aventuras últimas en la Florida tanto se conocen, lo han visto primero guerreando en la Argentina; ese hombre que está fundando San Sebastián de Mariquita, en el valle del Magdalena, Francisco Núñez Pedrozo, formó parte poco antes del grupo que dio muerte a Pizarro en la ciudad de los Reyes de Lima; ese Lope de Aguirre que hoy vemos, casi anónimo y casi anodino en Cartagena, estará un día proclamándose rey bajo el cielo de árboles de la selva amazónica.

# LA COLONIA



Los conquistadores pudieron vivir nuestra América como un todo, e intentaron unificarla más aún, gracias al influjo general de la lengua y de la religión. Pero algo en los tiempos de la Colonia se encargó de romper en trozos ese mosaico continental y de inventar las pacientes separaciones que persisten hasta hoy. Ello es paradójico, y muestra que en el seno del gobierno imperial había también una pugna entre quienes anhelaban incorporar a América al orden mundial, y quienes solamente buscaban obtener de ella beneficios manteniéndola en la condición de subordinado tributario. De la misma manera es fácil advertir que hubo una lucha entre quienes miraban a América y procuraban descubrirla y quienes comenzaban el arduo y cada vez más activo proceso de encubrimiento, procurando que nuestra América fuera sólo una prolongación de Europa en lo económico, en lo político y en lo cultural, para no tener que admitir que, aunque unido a Europa, el Nuevo Mundo tenía que ser necesariamente distinto, porque no podía desprenderse de su naturaleza, de su pasado, de su propio ser, porque no podía dejar de ser lo que era para hacer aparecer una fisonomía y una cultura europeas en el espejo que los invasores ponían ante sus ojos.

Sin embargo, los siglos de la Colonia son los siglos de ese esfuerzo mágico por convertir a América en una fracción, en una prolongación o incluso en una magnificación del continente europeo. Ello no se logró jamás en la América Mestiza, y en cambio fue realizado en lo fundamental en la América del Norte, porque allí se cumplió la única condición que podía permitirlo, la aniquilación casi total de la población nativa. Es evidente que mientras permanecieran comunidades indígenas no se podía jugar al juego de ignorar el pasado, de negar la naturaleza y de sentir que se asistía al primer día de la creación.

¡Qué complejo era todo! América valía para Europa justamente por ser distinta, por sus montañas ricas en metales preciosos, por su naturaleza intacta después de milenios, por la maravillosa irrupción de un mundo virgen lleno de frutos y de flores, de maderas balsámicas, de selvas espléndidas y de pueblos nativos vigorosos y sencillos, ante un mundo que había fatigado muchos de sus recursos, que había perdido su sencillez y su naturalidad. Y sin embargo una de las primeras tentaciones de los europeos era la de arrasar esta naturaleza, destruir esa sencillez, y urbanizar y europeizar rápidamente todo. Pasado el primer pasmo de asombro, del que los cronistas dieron testimonio y al que cantó deslumbrado Castellanos, incorporando a la poesía todo lo desconocido y utilizando profusamente palabras indígenas para nombrar todo lo que no tenía nombre en español:

*Hay caribes, cachamas, palometas,  
Guabinas, armadillos, peje sano:  
Si se secan algunas cenaguetas  
Con los calores grandes del verano,  
Acontece sacar entre las grietas*

*El indio cuanto puede y el cristiano,  
Hacen harina del cuando se seca,  
Sacan mil calabazas de manteca.*

*Hay también por aquestos despoblados  
Y campos tan inmensos y vacíos  
Cantidad infinita de venados  
Los cuales son de dos o tres natíos:  
Dantas y puercos tan multiplicados  
Que cubren las riberas de los ríos;  
Hay tigres, osos, onzas y leones;  
Cebados en aquestas ocasiones.*

*Nutrias anchas que tienen sus estilos  
Y de puercos la forma y ademanes:  
Inmensa cantidad de cocodrilos  
A quien todos acá llaman caimanes:  
Cuya ferocidad y bravos filos  
Son causa de grandísimos desmanes;  
Pues suelen devorar estas serpientes  
Crecidísimo número de gentes...*

Pasado aquel comienzo, lo que se impuso después fue el rechazo de lo que era distinto, la voluntad de moldear la arcilla de América para que rápidamente se pareciera al mundo de sus descubridores.

Hasta 1520 el núcleo de la conquista española estuvo en las Antillas y a partir de ese momento se desplazó al continente. Fue feroz pero no pudo impedirse las fusiones culturales y lingüísticas que, como dice Manuel Alvar, permitieron que el español llevara por todos los rincones de América lo que había aprendido en las Antillas. El mestizaje de la lengua no se dio inicialmente con las grandes lenguas prehispánicas, el náhuatl y el quechua, sino con las lenguas del Caribe. Lo primero que entró en el castellano fueron los tiburones y los huracanes, las hamacas y los caimitos, las canoas y las barbacoas de las islas blanquísimas. Hasta ese año de 1520 duró en las islas el oro de la superficie, el oro de los adornos y de los objetos rituales de los templos; en adelante el saqueo proseguiría en tierra firme y los reyes verían uno tras otro la rapiña del oro solar: Moctezuma en 1521, Atahualpa en 1532, Tisquesusa en 1538. También hacia el medio siglo se consumó el agotamiento de la población nativa antillana, y empezó el tiempo de la minería de las montañas mexicanas y de los Andes, que pronto demandaría el concurso de la mano de obra africana. Entonces nació el tiempo de la mina, a la que Tulio Halperin Donghi ha llamado «esa insaciable devoradora de hombres».

Los metales de América revolucionaron la economía europea, pero nuestras naciones no se integraron a sus circuitos económicos, porque toda la economía de la Colonia fue organizada para exclusivo beneficio de la metrópoli, que requería la mayor cantidad de metales con la menor inversión de recursos. Así, para que el oro y la plata no se quedaran por ningún modo en América, nuestros países fueron mantenidos al margen de la circulación monetaria durante largo, largo tiempo. Solamente una parte del oro podía ser llevada directamente de un modo legal, el que se debía por el quinto del rey y por impuestos, de modo que el resto había que canalizarlo mediante el comercio, y para ello se procuraba que fueran muy altos los precios de los productos europeos. La economía colonial giró desde entonces en torno a la producción minera, dedicada a proveer de metales a Europa, y el comercio se fortaleció sólo como una manera de desplazar hacia Europa parte de los metales restantes, los que no eran llevados por la vía del contrabando.

Fue así como se procuró impedir a toda costa la formación de economías autónomas locales. La producción agrícola y ganadera de las haciendas americanas se orientó a la satisfacción de las necesidades de las minas o se replegó hacia un tipo de economía señorial de carácter feudal que favoreció el repliegue del continente hacia esa suerte de Edad Media tardía de la que hablan los filósofos, la que finalmente trajo España a sus colonias de ultramar. Curiosa economía marginal, la única propia de América, cerrada sobre sí y casi incapaz de establecer relaciones continentales más amplias. Como era necesario garantizar un mínimo intercambio para proveer de bienes agrícolas y de ganadería a las ciudades, éste quedaba a cargo de los funcionarios, a cargo de la burocracia colonial, que imponía un sistema de trueque con los productos de las comunidades indígenas y de las haciendas, obligando a menudo a esas comunidades a comprar cosas inútiles, mercancía estancada, obteniendo así enormes beneficios para sí misma.

Pero el fortalecimiento de la minería mexicana fue convirtiendo a México en un poderoso socio o cliente de los otros países del continente, y España reorientó a fines del siglo XVIII su sistema comercial para fortalecer sus intercambios exclusivos con cada una de las colonias e impedir que se fortalecieran las relaciones entre ellas. También subdividió el Virreinato del Perú, formando a mediados de siglo los virreinos de la Nueva Granada y del Río de la Plata, sin duda con el propósito de debilitar las grandes naciones americanas nacientes. Desde el ganado de la pampa hasta el tabaco de Cuba, todo debía estar orientado hacia la metrópoli, y así los criollos fueron reemplazados por los peninsulares en la dinámica del comercio colonial, pero ese esfuerzo fue excesivo para la debilitada cabeza del reino. Ya a estas alturas, como era apenas natural dada la enormidad de América y la estrechez de la península, España resultaba inferior a su imperio. Su industria precaria no logró beneficiarse del comercio y del incesante río de metales preciosos, y España se convirtió apenas en la onerosa intermediaria entre nuestros países y las grandes capitales de la Europa industrial.

Podría decirse que la Conquista no fue en rigor un ordenamiento social sino el proceso de desintegración de un sistema, del centenario orden de los imperios comunitarios y del vasto tejido de las culturas naturales, y la instauración del orden material y espiritual europeo. ¿Qué tan perfecto podía ser ese traslado del mundo europeo del Renacimiento al territorio de América? He ahí un tema digno de ser seguido en detalle. Ahí están las ciudades: Santo Domingo nació en 1494, y por lo menos sesenta ciudades fueron fundadas en los sesenta años que van de 1508 a 1568. Una ciudad por año sobre la superficie de un continente de naturaleza exuberante y de riquezas incalculables presenta un cuadro digno de la leyenda y casi de la mitología. Éstos son algunos de los momentos de esa progresión: San Juan de Puerto Rico en 1508, Santiago de Cuba en 1514, La Habana en 1515, Veracruz en 1519, Panamá en 1519, México, destruida y refundada en 1521, Guatemala, León y Granada de Nicaragua en 1525, San Salvador y Santa Marta en 1525, Coro en 1527, Cartagena de Indias en 1533, Quito en 1534, la ciudad de los Reyes de Lima en 1535, Puebla de los Ángeles en 1536, Buenos Aires fundada en 1536 y abandonada luego para renacer en el 80, Santiago de Cali en 1536, Asunción en 1537, Santafé de Bogotá en 1538, Charcas en 1539, Morelia, en 1540, Santiago de Chile, en 1541, Mérida de Yucatán en 1542, Potosí en 1545, La Paz en 1549, Caracas en 1562, y San Agustín de la Florida, la más antigua ciudad de los Estados Unidos, en 1565. Aunque muchas ciudades nacieron y murieron en breve tiempo, todas las mencionadas existen todavía, y son ejemplo por ello de que la Conquista estaba estableciendo realidades permanentes.

Ahí están los templos, también, los conventos y las universidades que procuraban prolongar en América el orden espiritual europeo. En México, en 1559, había doscientas escuelas para niños indígenas anexas a conventos; en el Perú, hasta 1551, sólo los dominicos habían fundado ya sesenta. Allí se enseñaba la religión y la lengua española, y se cultivaba el singular talento musical de los niños indígenas. Fray Jerónimo de Mendieta nos ha dejado un testimonio vivo de ese momento: «Luego con mucha brevedad aprendieron a leer, así nuestro romance como el latín y tirado o letra de mano. Y el escribir, por el consiguiente, se les dio con mucha facilidad [...] Demás del escribir, comenzaron luego los indios a pautar y apuntar, así canto llano como canto de órgano [...] Los primeros instrumentos de música que hicieron y usaron fueron flautas, luego chirimías, después ortos y tras ellos vihuelas de arco y ahora cornetas y bajones [...] Comenzaron ellos de su ingenio a componer villancicos en canto de órgano a cuatro voces y algunas misas y otras obras [...] En pocos años salieron tan buenos latinos que hacían y componían versos muy medidos y largas y congruas oraciones». En 1538 fue fundada la Universidad de Santo Tomás en Santo Domingo, y en 1551 se fundaron las universidades de México y de Lima, con la misma organización de las españolas, siguiendo como modelo las universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares, y por lo general divididas en cuatro facultades: Teología, Artes, Derecho y Medicina.

Los doscientos cincuenta años que van desde mediados del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, son el tiempo de la incorporación de América al orden mental europeo, los tiempos que nos hicieron ser para siempre parte de Europa. Esas universidades cumplieron su parte del trabajo, esas escuelas enseñaron el catecismo y la lengua, esos frailes se esforzaron por incorporar a las muchedumbres de nativos de América al espíritu del cristianismo. Los cronistas y los intelectuales proseguían sus relatos, los funcionarios trasladaban al continente los rituales de la legalidad y el formalismo de las burocracias, y los poetas ya procuraban olvidar que había diferencias entre los continentes, y llegaron a escribir poemas que, ignorando todo color local, parecen transcurrir en Ávila o en Toledo. Así como llegó el tiempo de las catedrales y de los monasterios, también llegó el tiempo tardío de los poetas místicos americanos como la madre Francisca Josefa del Castillo, de Tunja, cuyos pasmos, visiones, éxtasis y transverberaciones son los que podía vivir cualquier monja española. Su percepción de las visitas terribles del demonio, su descripción de las fantásticas urbes de cristal de la mística son admirables, y sus versos tienen la gracia y la musicalidad de los primeros místicos del Siglo de Oro en la península:

*El habla delicada  
Del amante que estimo,  
Miel y leche destila  
Entre rosas y lirios.  
Su meliflua palabra  
Corta como rocío,  
Y con ella florece  
El corazón marchito.  
Tan suave se introduce  
Su delicado silbo,  
Que duda el corazón  
Si es el corazón mismo.  
Tan eficaz persuade,  
Que, cual fuego encendido,  
Derrite como cera  
Los montes y los riscos...*

En esa misma ciudad se dio la aventura gongorina de Hernando Domínguez Camargo, cuyo poema heroico en honor de Ignacio de Loyola es uno de los ápices del culteranismo americano, y sólo por su frondosidad desmesurada puede ser reconocido como un poema de estas tierras equinocciales. Desde el siglo XVI había sido llamativa la presencia de poetisas elocuentes y eruditas en el mundo americano, entre ellas la dama anónima que escribió en el Perú un extenso *Discurso en loor de la poesía*, más o menos contemporáneo al *Viaje al Parnaso* de Cervantes, y escrito con

esa misma intención enciclopédica de abarcar muchos temas y de mencionar a todos los versificadores de su tiempo. En la primera mitad del siglo XVII, Lope de Vega publicó una epístola poética escrita alternando endecasílabos y heptasílabos, que atribuyó también a una poetisa peruana, en este caso a la enigmática Amarilis, que se reclamaba con estas palabras nieta de conquistadores heroicos:

*Bien pudiera, Belardo, si quisiera  
en gracia de los cielos,  
decir hazañas de mis dos abuelos  
que aqueste nuevo mundo conquistaron  
y esta ciudad también edificaron,  
do vasallos tuvieron,  
y por su rey su vida y sangre dieron:  
mas es discurso largo  
que la fama ha tomado ya a su cargo,  
si acaso la desgracia de esta tierra,  
que corre en este tiempo,  
tantos ilustres méritos no entierra.*

La voz mayor de ese linaje femenino, en la segunda mitad del siglo XVII, fue la mexicana sor Juana Inés de la Cruz, cuyos versos son tan notables como su propia imagen de estudiosa, investigadora y celebridad intelectual de su tiempo. Pedro Henríquez Ureña ha dejado en su libro *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, una hermosa semblanza de esa mujer que escribió, entre tantos, estos hermosos versos:

*Detente, sombra de mi bien esquivo,  
imagen del hechizo que más quiero,  
bella ilusión, por quien alegre muero,  
dulce ficción, por quien penoso vivo.  
Si al imán de tus gracias atractivo  
sirve mi pecho de obediente acero,  
¿para qué me enamoras lisonjero,  
si has de burlarme luego fugitivo?  
Mas blasonar no puedes satisfecho  
de que triunfa de mí tu tiranía;  
que aunque dejas burlado el lazo estrecho  
que tu forma fantástica ceñía,  
poco importa burlar brazos y pecho,  
si te labra prisión mi fantasía.*

En el proceso de desarrollo de las artes coloniales tuvo un peso notable la previa sabiduría de los artífices prehispánicos. Era grande la aptitud musical de los indígenas, tal y como la describe Jesús Estrada: «La destreza de los indios para tañer y para hacer los instrumentos de música fue generalmente reconocida como una cualidad aneja a su buena afición por el canto y en el temple de instrumentos. Por todas partes se multiplicaron los buenos ejemplos de estos músicos. Algunos sorprendentes como aquel indio de Tlaxcala que, viendo a un español que tañía el rabel, hizo otro y suplicó al español para que le enseñase a tocarlo; con sólo tres lecciones, antes de diez días, “tañía el rabel entre las flautas y... discantaba sobre todas ellas” o sea, “echaba el contrapunto sobre los pasos que marcaban las flautas”». También pesó la existencia de verdaderas tradiciones de arquitectos en México, de constructores y tejedores en el Perú, de orfebres en la Nueva Granada, de alfareros y escultores en Quito, que aportaron su destreza a la creación de ese arte gobernado por la religión que, a la manera medieval, caracterizó a la Colonia.

La arquitectura de México llegó a producir construcciones admirables, y la sola Catedral, frente al Zócalo, trazada en 1570, cuyas columnas, semejantes a las de las catedrales góticas españolas, sostienen una enorme estructura de tres naves con dos capillas, sigue siendo un monumento abrumador que da testimonio del poderío del virreinato; lo mismo puede decirse de obras civiles como el Ayuntamiento de Tlaxcala, de 1539, y los hospitales fundados por Vasco de Quiroga. Templos inspirados en el gótico, en la decoración plateresca de los edificios sevillanos, palacios que imitan la severa desmesura y el manierismo de El Escorial, artesonados mudéjar que delatan la presencia continua y la continua evocación del mundo hispanomusulmán, construcciones imponentes como la Iglesia de la Compañía de Jesús en el Cuzco, fachadas asombrosas como la de la iglesia del Sagrario de México, la de Santa Prisca de Taxco con sus torres soberbias, o el abigarrado conjunto de ornamentos de la catedral de Zacatecas, uno de los más singulares del mundo, que debió ser obra, según se dice, de maestros indígenas, empezaron a crecer por todo el continente. Y en los siglos XVII y XVIII se vio el auge del arte religioso de América del Sur, las tallas en madera de los artífices de Quito, que llevaron la expresividad hasta niveles asombrosos en crucifijos de extremo realismo, con las espaldas desolladas, las costillas desnudas y los cuerpos reventados de heridas, a los que al parecer utilizaron para denunciar analógicamente los tormentos sufridos por los indios y por los esclavos; pero también en imágenes de conmovedora belleza como las vírgenes de Legarda. Son notables las custodias del Perú, de México y de la Nueva Granada, consteladas de diamantes, de perlas y de esmeraldas; las pinturas de ángeles de Bolivia, de la Nueva Granada y de México; los retablos, y el profuso decorado de capillas como la del Rosario del Convento de Santo Domingo en Puebla, o de las capillas de Tunja, llenas de ornamentos inspirados en la naturaleza americana. Entre los monumentos más singulares de esta época se encuentra la iglesia de la Compañía en Arequipa, minuciosamente bordada en piedra, y que tiene entre sus elementos de

decoración variaciones del gato-tigre, una figura ancestral de la ornamentación de los pueblos del Títicaca.



# EN LOS REINOS DEL ESPÍRITU

El triunfo del cristianismo supuso en Europa una serie de guerras inolvidables. La primera, en los últimos tiempos del Imperio romano, fue la guerra contra pueblos enteros que persistían en sus cultos paganos. Queda como el testimonio más vívido la aventura trágica del emperador Juliano, tratando de conservar el culto a los dioses de Roma cuando ya el imperio se había entregado a la nueva fe. De esa guerra contra pueblos en el interior del continente, se pasó a la guerra contra tribus y sectas, en las largas cruzadas contra los herejes, y a las feroces cruzadas contra el Islam que llenaron buena parte de la Edad Media. Se trataba de vencer y expulsar a las culturas extrañas y a los adoradores de otros dioses pero sobre todo de eliminar las diferencias de matiz con respecto al culto ortodoxo. Gracias a la ferocidad de esas cruzadas, finalmente las sectas herejes fueron vencidas, y desaparecieron del mundo los cátaros de Occitania, o los combativos dolcinistas. La guerra de la religión por imponer su hegemonía sobre Europa se redujo a la lucha contra individuos remisos, sospechosos de brujería o de pertenecer a religiones distintas. Allí actuó desde entonces el Tribunal de la Santa Inquisición: no se trataba ya de una guerra entre pueblos, ni de una batida de ejércitos, sino del juicio implacable contra individuos disidentes y casi siempre solitarios. La religión de Cristo realmente se había abierto camino en Europa, y el orden mítico cristiano se había impuesto como único sustento del orden social europeo. La arremetida final de ese propósito de una Europa católica regida por la iglesia romana se dio cuando los católicos reyes de Aragón y Castilla proscribieron a los judíos y expulsaron de Granada al Sultán Boabdil, a su madre Aixa y a sus súbditos.

Pero si bien el principio básico de la religión había triunfado, y ahora impregnaba el alma misma de la civilización europea, quedaban litigios por resolver, y el principal era cuál nación encarnaría la ortodoxia del mito cristiano triunfante. Llama la atención que haya sido justamente en el momento más clamoroso de su triunfo cuando el catolicismo vio surgir los movimientos reformistas en buena parte de las naciones de Europa. Los suizos de Calvino, los alemanes de Lutero, los Anglicanos de Enrique VIII, los reformistas de todas partes se alzaron para rechazar la intención de la Iglesia de Roma de erigirse en la única nave de Cristo en la tierra, y fue justo en ese momento complejo, de triunfo absoluto en España y de confusión y debate en el resto de Europa, cuando comenzó la cristianización de los innumerables reinos de América.

Si somos europeos, y de ello no puede dudarse, es necesario pensar así el proceso inmediatamente anterior a la llegada de los evangelizadores y de los cristianizadores al continente americano, puesto que los pueblos indígenas se vieron súbitamente inscritos en un debate que ignoraban, el debate que libraban el catolicismo italiano y español con las iglesias reformistas de los otros países.

Nuestra América Mestiza ingresó plenamente en la historia mundial como parte del Imperio hispanoalemán de Carlos V, pero en estas tierras y en esos tiempos no era posible el debate que por entonces sacudía al alma de Europa, y que conmocionaba

sobre todo los dominios del emperador. Carlos había optado por sostener el poder del catolicismo en Portugal, en España y en Italia, y por convivir con la Reforma en sus tierras alemanas y flamencas; pero su principal preocupación religiosa y cultural estaba en asediar a los moros e impedir la reconquista otomana. Qué apasionante paisaje espiritual aquél en que se inscribió desde el comienzo nuestra cultura, y del cual no pudimos ser conscientes por el hecho curioso de que aquí no llegaba el debate sino sólo su consecuencia: la imposición, sin alternativas, del modelo mental dictado por la corona y por la Iglesia, con el respaldo del poderoso Tribunal. Una nueva prueba de que, a pesar de ser las fuerzas y las ideas del Renacimiento las que habían determinado el descubrimiento, fue mentalmente la Edad Media lo que se instauró y se prolongó en nuestra América por siglos.

También en eso este continente siguió fiel a su destino de paradojas: primero el Renacimiento y después la Edad Media, primero la servidumbre y luego la esclavitud. Nuestra historia no sabe obedecer a las pautas de Hegel, al sueño de una historia escalonada y evolutiva, que pasa de formas brutales y bárbaras hacia formas cada vez más abstractas de dominación. Del comunismo imperial de los Incas pasamos a la servidumbre de las encomiendas, y de ésta a la peor de las formas de esclavitud; y sin embargo, tanto esa servidumbre inicial como esa esclavitud posterior nos inscribían en el ámbito de la sociedad mercantil, instauraban el mercado internacional que dio origen a la Modernidad y al proceso de lo que llamaría Marx la acumulación originaria del Capital. Pero tampoco Marx podría entender con sus esquemas europeos la complejidad de este mundo a donde todo llegaba a la vez: Erasmo y Homero, la Biblia y la Utopía, la antigüedad clásica y la ruptura con ella. Casi podríamos decir que llegó antes la Inquisición que la ortodoxia, y es completamente evidente que llegó primero la Contrarreforma, y después, casi en vano, la Reforma.

El Cristianismo era hijo de tres tradiciones nacionales distintas: el monoteísmo hebreo, la filosofía griega que había argumentado por medio de Platón la existencia de un mundo material y un cielo espiritual, y la vocación de universalidad del Imperio romano. Pero de aquellas culturas nacionales fue Roma la que elaboró y conservó la substancia del catolicismo; los judíos, que habían aportado su Dios a esa nueva religión, no aceptaron a Cristo y no estaban interesados en formar parte de una religión evangelizadora, pues el judaísmo no anda buscando adeptos por el mundo; y los griegos terminarían emancipándose de la tutela de Roma e ingresando en el orbe de la iglesia Ortodoxa. Muchos otros pueblos de Europa rechazaron también a la Iglesia de Roma, y esto nos ayuda a entender el singular proceso de la cristianización de América.

El propio Erasmo de Rotterdam había entendido el hallazgo del Nuevo Continente como un mensaje divino de que llegaban nuevas tierras para la cristiandad, ya que Europa había abandonado la ortodoxia. Así dice en el *Ecclesiastes*: «¡Cuánta extensión de terreno en el mundo, en que la simiente

evangélica no había sido echada todavía o lo ha sido tan mal que la cizaña es más que el trigo! La menor parte del mundo es Europa. La región más brillante de todas es Grecia, con Asia Menor, donde primero pasó desde Judea el Evangelio, con gran éxito. Pero ¿no está casi toda en manos de musulmanes y enemigos del nombre de Cristo? Ya en el Asia Menor, cuya extensión es inmensa, decidme, ¿qué hay que sea nuestro? La misma Palestina, de donde primero irradió la luz evangélica, es de extraños. ¿Qué hay que sea nuestro en África? No cabe duda de que, en tanta extensión de países, hay pueblos rudos y sencillos que fácilmente podrían ser atraídos a Cristo si se mandase gente para hacer la buena siembra. Y ¿qué diremos de los países hasta ahora desconocidos que se descubren cada día, y de los que dicen que quedan en regiones adonde ninguno de los nuestros ha llegado hasta la fecha? ¡Cuánto se ganaría entre ellos para Cristo si se mandasen trabajadores activos y fieles para echar la buena simiente...!»

Es notable en ese párrafo esa típica consideración de que el mundo le pertenece por derecho a Europa. Hasta sentimos la severidad y el tono de reproche con que este hombre dice: «¿Qué hay que sea nuestro en África?». Ese espíritu, presente hasta en las conciencias más lúcidas y humanísticas, se abrió camino, produciendo complejos resultados. La circunstancia de haber sido cristianizados por Roma (fue el Papa quien dividió a la América del siglo XVI entre España y Portugal) determinó, tanto como la composición lingüística, que los hijos de esta América termináramos siendo para el mundo «los latinos». Por una de esas paradojas de la historia, hoy en los aeropuertos del mundo no se identifica con el nombre de latinos a los italianos o a los franceses sino a los hijos de la América Mestiza, y es muy posible que parezcan más «latinos» cuanto mayor sea su aspecto mestizo o aborígen. Pero ello también significa que la Modernidad desplazó sus paradigmas hacia Occidente: la América del Norte se convirtió en la América sajona (inglesa, irlandesa y de otros pueblos septentrionales), la nuestra se convirtió en la América Latina. Pero si bien el norte se empeñaba en ser predominantemente europeo, nuestra América podía dejar de escuchar la pluralidad de sus voces.

Demasiado compleja es la historia de la religión en estos países. Ya se han mencionado los muchos sincretismos que se dieron entre el catolicismo y los cultos incorporados por los hijos de África, pero en los pueblos donde se dio la evangelización de los indios la mezcla no fue menos compleja y no es posible afirmar que el catolicismo de los pueblos americanos se parezca, a pesar de la iconografía y de la unanimidad del ritual, al que profesan Portugal, España o Italia. Por otra parte, no siendo el fuerte de los católicos la teología, ¿cómo impedir que el santoral terminara siendo percibido como una vasta galería de divinidades menores y a veces mayores, hasta el punto de que el culto por ciertos santos agotara en muchos casos la fe de las gentes? Si en la propia Francia, cristiana casi desde el triunfo de la Cruz, Voltaire pudo decir en el siglo XVIII que el catolicismo no rendía culto a Dios sino a un almanaque de vírgenes y santos, no puede extrañarnos que el fenómeno fuera aún

más intenso en América. Nuestro inmenso mundo americano ha sido propicio para el surgimiento de grandes sectas heréticas que intentaron configurarse incluso como religiones autónomas, y tal vez no hay nada más brasilero que la campaña de Antonio Conselheiro y sus multitudes en los *sertones* del gran país. Además los cultos se metamorfosean, y en nuestra propia época hemos visto a los colombianos pobres, educados en lo inevitable del sufrimiento y súbitamente seducidos por la avidez de triunfo y el ansia de promoción social, pasar del culto atávico del sangrante Corazón de Jesús, al culto intempestivo y tumultuoso del Divino Niño.

# **Y SE ACABA EL SIGLO XVIII**

La Colonia cambió nuestra condición de un modo complejo. Convirtió en criollos americanos a los hijos de los conquistadores españoles y portugueses, y convirtió en latinos a los hijos de los Incas, de los Aztecas y de los Chibchas. No cabe duda de que habitar por siglos en un territorio termina dándole a un pueblo, como lo quería Luis Palés Matos, fisonomía de raza nueva, y por ello ningún mestizo americano se siente espontáneamente español o portugués, por muy blanco que sea su rostro. Pero tampoco cabe duda de que hablar por siglos una lengua y profesar una religión confiere también condición espiritual distinta, y por ello ningún mestizo americano se siente espontáneamente indígena, por muy indios que sean sus rasgos. Un poeta declaraba su condición americana mediante estos versos:

*Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido  
Por estos cuatro siglos que en ella hemos servido.*

Y Jorge Luis Borges, asumiendo el destino colectivo como su destino personal, respondía en los Estados Unidos a quienes lo llamaban *hispano* con estas palabras: «No: yo no soy español. Yo hace 150 años tomé la decisión de dejar de ser español».

Los tiempos coloniales no solían generar esos debates porque el predominio del universo mental europeo era total, pero aquello no duraría mucho tiempo. El pleno trasplante de la cultura ibérica era una ilusión: los criollos padecían discriminación aunque sus padres fueran peninsulares, no podían acceder a cargos en la administración, la prioridad de la metrópoli establecía las jerarquías y garantizaba la hegemonía sin sombras, pero preparaba una rebelión radical de las colonias, convirtiendo contra su voluntad a los criollos en aliados de los mestizos y los mulatos, en el anhelo de un mundo donde se pudieran sentir libres y dueños de algún derecho.

Después de dos o tres siglos ser americano era ya algo que tenía sentido por sí mismo. Habían crecido aristocracias criollas en el norte de México, enriquecidas con las minas de la Sierra y otras en la región de Veracruz, fortalecidas por el comercio. Había criollos poderosos en el Río de la Plata, dedicados a la ganadería; en el Perú, enriquecidos por el comercio alrededor de las áreas mineras; en Venezuela, fortalecidos por la relación cercana con España y las Canarias; en las haciendas y el comercio de la Nueva Granada. Y sobrevino el final del siglo XVIII, con sus enormes conmociones en Norteamérica y en Europa.

La gradual población del este de los Estados Unidos, a partir del desembarco de los colonos del Mayflower en 1607 comenzó de un modo imperceptible la formación de la que llegaría a ser la nación más poderosa del mundo tres siglos después. El territorio era gigantesco, riquísimo y mucho más afín, por su latitud y su naturaleza, con el mundo europeo. El establecimiento de los colonos fue homogéneo; aquéllos, puritanos, venían con sus familias y no se permitían la menor posibilidad de una aproximación o convivencia con los pueblos nativos. Éstos eran por lo general

nómadas y guerreros, como tantos que en la América meridional libraron la guerra hasta la muerte u optaron por el suicidio colectivo. No hubo al norte un mestizaje como el que fue propiciado al sur por las condiciones mismas en que viajaban los conquistadores, hombres solos lanzados a la aventura, que no traían sus familias porque no venían a arraigarse sino a buscar fortuna rápida para reintegrarse a su mundo. Pero el mestizaje también era favorecido por el orden social de las civilizaciones indígenas que se rindieron o hicieron alianza con los invasores, por la conciencia humanitaria de un sector de la cultura ibérica, y por la política de protección de los nativos que se abrió camino en España con los debates propiciados por Bartolomé de Las Casas y por Francisco de Vitoria.

A diferencia de los territorios del norte, que no enviaron sus caudales a las metrópolis, la América Mestiza tributó a Europa durante tres siglos buena parte de sus riquezas en metales, perlas, piedras preciosas y otros productos naturales, como aporte directo y como pago de las costosas mercancías que se traían al continente. Este comercio no se cumplía sólo sobre las aguas del Caribe y el Atlántico sino también sobre los abismos del Pacífico, porque habiendo sido la búsqueda de las especias y las mercaderías exóticas de Oriente una de las causas del descubrimiento, el oro y la plata de América también sirvieron como la riqueza inesperada, y a mitad de camino, para que Europa adquiriera todos aquellos bienes, de modo que las Indias Occidentales fueron también un puerto de oro en el camino de las más remotas pero ahora más accesibles Indias Orientales.

Siglos confusos y abigarrados: siglos de marineros y de picaros, de traficantes y de corsarios; siglos que llenaron de oro las arcas de los banqueros alemanes y que formaron la industria de los ingleses y los flamencos; siglos que tapizaron de joyas y de doblones de oro los lechos del mar; siglos del ron con pólvora de los bucaneros, de la bandera negra con una calavera sobre dos tibias cruzadas; de interminables historias de tabernas y de fragatas; de razas enteras que fueron el fruto dulce de los amores prohibidos y de razas enteras que cargaron la maldición de nacer en el lecho de la violación y del crimen; siglos en que el mundo era más vasto y los hombres más dueños de él; siglos que familiarizaron como nunca antes a la humanidad con el mundo desmesurado en que habitaba.

Para la edad que venía era fundamental otro hecho, el que América fuera un Nuevo Mundo también porque sus culturas milenarias no habían empobrecido la naturaleza. Las selvas vírgenes y los ríos transparentes, las llanuras encendidas de luciérnagas al atardecer, la opulencia de las playas llenas de vida voraz y plena, las riberas de los ríos oscuras de dantas, las montañas enrojecidas de venados, la abundancia de las serpientes y de los jaguares, las islas rosadas de flamencos y las cordilleras moradas de sietecueros y plateadas de yarumos; la infinita variedad de pájaros de todos los colores, de todos los picos y de todas las formas, desde las diminutas alondras blancas hasta los quetzales de verde eléctrico, desde lo que llamó el poeta mexicano López Velarde «el relámpago verde de los loros», hasta la



interminable profusión de colgantes nidos de oropéndolas; desde la paloma torcaz cantada por José Eustasio Rivera, que «acongoja la selva con su blanda quejumbre», hasta los «chajases» de la pampa argentina a los que Ascasubi vio pasar ante los malones gritando *chajá, chajá*.

Tal vez por eso pensaría Hegel, quien desafortunadamente no la vio nunca, que en América sólo estaba la naturaleza, mientras que en Europa estaba la historia, el triunfo del Espíritu universal. Y es verdad que en Europa estaba enardecido el espíritu. A lo largo del siglo XVIII, el Siglo de las Luces, la razón sometió a crítica despiadada un orden de siglos, soñando que lo hacía para fundar el anhelado reino de la justicia universal, e ignorando que sólo estaba en sus manos derribar el edificio de unos privilegios aristocráticos y eclesiásticos que no permitían el avance de las nuevas fuerzas históricas.

Los destinos de los continentes se habían unido: el descubrimiento había conmocionado muchas cosas en la mente de los filósofos y en el orden de la economía. Ahora, junto a la labor de pensadores y de pueblos, también esas ideas y esas riquezas ayudaban a desencadenar fuerzas nuevas, y no dejaríamos de sentir en nuestro suelo el soplo de las tempestades que sacudían el alma de Europa. La crítica que emprendían los racionalismos contra un orden espiritual centenario revivió allí el interés por la naturaleza, y aquel fin de siglo fue tan apasionante como el vertiginoso final del siglo XX, aunque sin duda más esperanzado. Fue la época de la razón y de la revolución: la razón destejía la trama espiritual del pasado, la revolución desharía su tejido material. Y en adelante se diría que todo iba a ser el verdadero comienzo de una edad de libertad, de igualdad y de fraternidad.

Esos dos fenómenos sucesivos, el racionalismo y el romanticismo, volvieron la mirada hacia la naturaleza, y hallaron algo nuevo en ella. Si bien los adalides de la industria empezaban a verla como una inagotable bodega de recursos, los filósofos, los naturalistas y los artistas de la Europa de aquel tiempo se reencontraron con el sentido pagano de la naturaleza, y empezaron a vivir eso que llamaría Baudelaire «el recuerdo de las edades desnudas», la nostalgia de otro pasado europeo, aquél en que la naturaleza era sagrada y era divina. Moviéndose en ese horizonte claroscuro de razón y de pasión, de lucidez y de amor por la aventura, un joven alemán, el barón Alejandro de Humboldt emprendió en el penúltimo año del siglo XVIII su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*, el viaje mítico del espíritu europeo por la casi innominada y sin duda indemne naturaleza de América.

Humboldt visitó primero a Venezuela, donde reconoció el litoral y las islas, y después se internó por la cuenca del Orinoco, hasta alcanzar la evidencia de que había una comunicación natural entre el Orinoco y el río Negro, tributario del Amazonas, a través del caño Casiquiare. Viajó después a Cuba, donde estudió cuidadosamente el país, y de allí alcanzó las costas de la Nueva Granada, remontó el Magdalena hasta Honda, ascendió a Santafé de Bogotá donde fue recibido por el naturalista y botánico José Celestino Mutis, director de la notable Expedición Botánica, cruzó los valles y

las cordilleras hasta Cartago, viajó a Popayán y a Pasto, siguió su camino hasta Quito, escaló el Chimborazo y alcanzó el territorio del Perú. A lo largo de este extenuante viaje de varios años estudió la naturaleza, hizo observaciones geográficas, estudió la flora y la fauna desconocidas de América, y dejó un rastro minucioso de su paso no sólo en la historia de los países que recorrió sino a través de ellos en las ciencias naturales y humanas de su tiempo. Todavía viajó hasta México, entonces llamado Nueva España, donde después de un año escribió un estudio detallado de aquel país, el más importante por entonces del mundo colonial americano, y donde estaba la mitad de la población.

Los volúmenes de Humboldt son un reconocimiento minucioso de algunas regiones de nuestra América, la mirada plena de la ciencia de su tiempo sobre un continente que había sido muy parcialmente incorporado al orden de Occidente, que había sido visto sobre todo como proveedor y tributario.

«Él ha hecho más por América que todos los conquistadores juntos» escribió Simón Bolívar. Humboldt reflexionaba sobre las comunidades humanas, sobre el modo como habían sido incorporados los pueblos a la religión, sobre la situación política; analizaba la conducta de las comunidades y de los individuos a la luz de la compleja historia de la Conquista; veía la naturaleza a la vez con los ojos de las ciencias naturales y de la economía política; veía las reservas, la riqueza de metales, las posibilidades agrícolas; veía la estructura del imperio español, su progresiva debilidad, la condición subalterna de los criollos. Tenía ojos y oídos para todo, y su prosa admirable nos dejó un fresco colosal de estas regiones del continente en los tiempos anteriores a la Independencia. Antes de volver a Europa, donde utilizaría todos esos descubrimientos, datos y comprobaciones en su obra mayor, *Kosmos*, que intenta elaborar una teoría del planeta como un todo y de la vida en él como un conjunto de procesos interdependientes, muy cercana al pensamiento de los ecologistas contemporáneos, visitó los Estados Unidos, la recién nacida República, donde todavía es posible seguir su rumbo por los valles, montañas y lagos que llevan su nombre. Pero las huellas que le dejó el mundo equinoccial fueron tal vez las más intensas y sugestivas de su vida, y podemos aproximarnos a lo que vio y pensó aquí este hombre, el fundador de la geografía moderna y el redescubridor del sentido estético del paisaje, con su curiosidad insaciable y su vitalidad inagotable, leyendo este fragmento de su diario de viaje por el Orinoco, donde experimenta el mismo sobresalto de Hölderlin ante la certidumbre de que la especie humana es sólo una humilde fracción de la misteriosa y multiforme vida planetaria: «Aquellas orillas sin historia del Casiquiare, inhabitadas y cubiertas de selva, ocupaban entonces mi imaginación. Allí, en medio del Nuevo Continente, se acostumbra uno casi a considerar al hombre como algo que no pertenece necesariamente al orden natural. El suelo se halla densamente cubierto de plantas, cuyo libre desenvolvimiento no encuentra obstáculo alguno. Una gruesa capa de mantillo prueba que las fuerzas orgánicas han actuado incesantemente, sin interrupción. Los caimanes y las boas son

los dueños del río; el jaguar, el pécari, el tapir y los monos deambulan por la selva sin temor ni peligro; moran allí, su patria de origen. Este espectáculo de la Naturaleza viva, en la que el hombre no es nada, tiene algo de paradójico y de opresivo. Aquí, en un territorio feraz, adornado de un verdor perenne, busca uno en vano huella de la acción del hombre; se cree uno relegado a un mundo distinto de aquel en que nació».

A pesar de su perfecta pertenencia al orden mental europeo, Humboldt percibía la armonía del Cosmos, la interdependencia de los órdenes de la vida, y hasta advertía cuán molesto puede llegar a ser el hombre para el mundo. Muchas de sus observaciones tardarían siglos en ser percibidas en su complejidad, pero aquel viaje no sólo estuvo lleno de repercusiones para la Europa del siglo XIX: nuestra América tuvo en él uno de los estímulos más poderosos en la lucha por su independencia.

# EL SUEÑO DE LA LIBERTAD

La Revolución de los Estados Unidos no fue sólo una guerra de independencia sino el toque de clarín de la sociedad liberal, la sociedad de los derechos del hombre, de la igualdad de los ciudadanos y de la nueva era civil. Los Estados Unidos eran Europa trasladada a un horizonte más vasto, más libre y más rico, a un territorio casi inagotable donde le fue posible fundar la democracia, el ideal del futuro. Ese ideal democrático era semejante al griego: es decir, sólo operaba para los que de antemano podían mirarse como iguales, y el vacío de la radiante democracia norteamericana, el vacío incluso de la ambiciosa Declaración de Derechos del Hombre promulgada por «el buen pueblo de Virginia», que inspiraría la de los franceses, consistió en que no cobijaba a los esclavos.

Una vez destruidos los pueblos indígenas, todos los inmigrantes europeos estaban en condiciones de aceptarse como iguales, pues no presentaba el vasto y rico territorio de los Estados Unidos un ayer de derechos o regímenes de propiedad que obstaculizara esa igualdad. Los pueblos indígenas no habían sido excesivamente numerosos, y sucumbieron como los bisontes ante los rifles de la civilización, dejando en manos de los inmigrantes, igualados por su condición de colonos, un mundo que era verdaderamente la tierra prometida. No es de extrañar que en esas condiciones la democracia, unida a la riqueza, a la racionalidad y a la ética protestante, en la cual el hombre se salva por las obras y no por la fe, configuraran un cuadro de prosperidad y de transformación del mundo que sigue siendo asombroso.

Mientras tanto nuestros países vivían una realidad mucho más compleja y difícil. Aquí se había asumido desde el comienzo el desafío de las fusiones, pero al mismo tiempo se vivía la dificultad humana de que culturas distintas se entiendan y seres distintos convivan. Los Estados Unidos padecerían un problema similar cuando llegó la hora de la libertad de los esclavos, porque esa circunstancia sí puso a prueba la sinceridad de la democracia, y nadie ignora el conflicto en que se hundieron por años y años, después de la guerra de Secesión, y el modo como se ha procurado en nuestro siglo la integración mediante el expediente de negar los orígenes de las razas y disolver todas sus peculiaridades en el supuesto cosmopolitismo de una sociedad global.

El mundo puede mirar a la América Mestiza como una región de desorden, comparada con las sociedades y las culturas homogéneas, pero nadie debería ignorar que las verdaderas dificultades del encuentro de los mundos fueron afrontadas aquí. En otras regiones se habrán logrado grandes cosas en términos de prosperidad, de productividad y de avance tecnológico, pero los avances más significativos para la historia humana hay que esperarlos de los pueblos que vivieron el choque y aceptaron el desafío del mestizaje, que siglo a siglo debieron aprender a convivir, a fusionarse, a intercambiar sus tradiciones, a construir con su abrazo una pluralidad de lenguajes que fuera semillero del porvenir.

Al lado de su prosperidad, de su poderío científico y técnico, de su indudable democracia interna, la del Norte es también una cultura del derroche y el espectáculo,

el suyo es un estilo de vida que perpetuó y magnificó el conflicto del hombre occidental con la naturaleza y su menosprecio por la materia. Nadie expresó esto mejor que el poeta Auden: «Dicen que los norteamericanos son materialistas, pero si algo veo yo en ellos es una falta de respeto por la materia».

Quizás el único que había entendido esa original instauración de la democracia como un llamado a la alianza con la naturaleza, como una reconciliación con la propia naturaleza humana, y como una búsqueda mística de la fraternidad y de la felicidad en armonía con el mundo fue el infatigable cantor Walt Whitman, quien no podía saber que al cabo de siglo y medio su nombre se convertiría en una de las marcas de los grandes centros comerciales de Long Island. Pero siempre se corre el riesgo de que los poetas y los filósofos prediquen la libertad, y sus usufructuarios inmediatamente la reduzcan apenas a libertad de comercio.

La independencia norteamericana, y en seguida los cañonazos de la revolución francesa, afectaron de otro modo inmediato a nuestra América. Teníamos una gran ciudad, México, una metrópoli imperial levantada con su fisonomía mestiza sobre las ruinas del imperio asombroso. La crisis económica que desataron las revoluciones hizo escasear el azúcar, y súbitamente Cuba se convirtió en la gran proveedora de azúcar de los Estados Unidos y de Europa. En pocos años La Habana llegó a ser una capital tan populosa como México, pero enclavada en las aguas del Caribe, con una arquitectura magnífica pero también con una vida cultural y en particular musical llena de fusiones. Cruce de caminos entre Europa y América, cruce de razas y de tradiciones, allí convergieron también los artistas y tal vez ningún país del continente llegó a tener una riqueza musical como la de esa isla afortunada.

En términos económicos, se fortaleció la tendencia a especializar a las colonias en el monocultivo y la producción específica de algún bien que la metrópoli requería como consumidora o como intermediaria para el resto del continente. Plata de México, oro de la Nueva Granada, plata del Perú, ganado de Buenos Aires, cacao de Venezuela, tabaco y azúcar de La Habana, cada colonia intercambiaba sólo con España, y así se debilitaban cada vez más los viejos lazos que alguna vez habían unido a los pueblos hermanos. Cada uno de estos ámbitos de riqueza tenía representantes exóticos y exhibicionistas en las grandes capitales: allí se miraba con burla admirativa a los opulentos ricos de México y del Perú, a los ostentosos mantuanos de Caracas, a los magnates de La Habana. Pero entre ellos también se gestaban los grandes rebeldes, porque fueron ellos los que presenciaron directamente la insurrección europea contra un orden de siglos, los que leyeron los artículos de la Enciclopedia y las irónicas demoliciones de Voltaire, y se entusiasmaron con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, tan necesaria para unos criollos ricos que eran sin embargo discriminados en sus propios países. Con el comienzo del siglo XIX llegó y creció el anhelo de independencia de nuestros pueblos, y comenzó una nueva época de conmociones para el continente.



# INDEPENDENCIA



El cuadro memorable de la América Mestiza minutos antes de la Independencia está en los escritos del barón de Humboldt, desde la prolija descripción de la naturaleza, las observaciones económicas, las proyecciones geográficas, los estudios de morbilidad y la reflexión sobre la complejidad cultural, hasta los cálculos de población. Según él, en la región hispánica había entre trece y dieciséis millones de personas y de ellas sólo doscientos mil eran españoles. Persistía toda suerte de dificultades para el transporte y la comunicación. El continente, que había sido recorrido a pie durante milenios, con la llegada de los europeos había pasado del viaje a pie a los caballos y las carretas, pero aquel vértigo era reciente. Los ríos eran el otro importante medio de transporte. El infinito Amazonas y sus tributarios incontables; el verde Magdalena donde los viajeros veían dormir al sol en las orillas inquietantes caimanes; el Orinoco, el Paraná, el río Negro. Los grandes caminos de agua se habían llenado de embarcaciones; el Caribe era el nuevo centro del mercado mundial; los productos de Europa fluían hacia el Virreinato de México, hacia el virreinato del Perú, y a partir de mediados de siglo también hacia el nuevo virreinato de la Nueva Granada, que abarcaba la gobernación de Venezuela y el territorio ecuatorial de Quito. Pronto surgió el virreinato del Río de la Plata, cuya labor, en la trata de esclavos y el mercadeo de metales, comprendía hasta el Alto Perú.

La región más modificada por el siglo XVIII había sido el Brasil. Desde 1717 se había convertido en reino y era gobernado por un virrey. Primero se conformó el norte azucarero, en las tierras fértiles de Bahía y Pernambuco, después el centro ganadero del Sertão, las mesetas secas de la zona central, y después vino el hallazgo del oro y los diamantes de Minas Geraes, causante de una inmigración masiva que en muy poco tiempo alcanzó los tres millones de personas. En 1763 la sede de gobierno pasó de Bahía a Río de Janeiro, convertida en el legendario puerto del oro. Las aristocracias peninsulares eran tal vez más poderosas que en ninguna otra parte, y la verdad es que nunca se dio un enfrentamiento real entre criollos y portugueses. El clero del Brasil pertenecía casi todo a esas clases poderosas, y tuvo una influencia enorme sobre la vida social, pero sólo en las escondidas regiones amazónicas llegaron a establecerse misiones jesuíticas como las que en el vecino Paraguay casi constituían el país.

Si en algo están de acuerdo los historiadores es en que, en toda nuestra América, la Colonia había durado demasiado. España había dejado de ser la metrópoli, en el sentido pleno del término, para convertirse en un intermediario muy costoso entre América y las nuevas metrópolis europeas. A fines del siglo XVIII comenzó una historia de sediciones en los distintos países: movimientos muy diversos, que a pesar de no ir dirigidos plenamente contra la corona, mostraban la insatisfacción creciente de la población, y revelaban que el poder sobre el continente se desgastaba de prisa. La reforma administrativa que buscaba reafirmar el dominio de la península era una de las causas, los impuestos habían aumentado, en todas partes crecía un odio mal disimulado por los comerciantes ibéricos que desplazaban a los criollos. En el Perú

estalló la guerra de castas, «indios contra blancos y mestizos en el Bajo Perú, indios y mestizos contra blancos en el Alto Perú», nos dice Tulio Halperin Donghi; y en la Nueva Granada el gran alzamiento de los Comuneros del Socorro. En el Brasil, en 1789, el mismo año de la Revolución francesa, comenzó y terminó la aventura secesionista y republicana de Minas Geraes, donde fue sacrificado el jefe Tiradentes. El año siguiente fue descubierta una «conspiración de franceses» en Santiago de Chile, y simultáneamente en Buenos Aires también los franceses, fascinados sin duda por su propia revolución y ávidos por unirse a ella desde la distancia, estimularon en los esclavos la esperanza de libertad a través de una revolución republicana.

Comenzó así la lista de los precursores, de los mártires por la causa de la libertad, de los desterrados, y de los intelectuales influidos por la Ilustración que querían modificar el extremo contraste que se vivía entre los pueblos activos y ávidos de autonomía de la Europa revolucionaria y los pueblos pasivos de América, a menudo hundidos en la ignorancia, en el desconocimiento de los asuntos del Estado, aislados del mundo exterior. En 1794, en Santafé de Bogotá, Antonio Nariño tradujo y publicó la Declaración de los Derechos del Hombre, hecho por el cual fue desterrado, y por los mismos tiempos Francisco de Miranda recorrió Europa haciendo conocer la situación de los países iberoamericanos e incitando a las potencias a aprovechar las ventajas que se abrían para ellas con la inminente disolución del Imperio español. La lucha por la independencia no iba a ser en realidad la lucha por una autonomía económica absoluta, aunque algunos albergaran esa ilusión, sino por redefinir los términos del pacto colonial con Europa, y básicamente por alcanzar un acceso más amplio a los mercados antes controlados por España y Portugal, y por redefinir el papel de las potencias de Europa ante los países americanos.

Siendo parte de Iberia, nuestra América era territorio europeo. La colonia había fortalecido esa pertenencia, dejando con nosotros las lenguas y la religión, e inscribiendo nuestras economías en el ámbito del mercado mundial. Sería importante saber con mayor certeza qué parte de la formación de nuestras naciones correspondió a la labor de los judíos y los moros expulsados de España en tiempos del Descubrimiento, pero no es mucho lo que ha llegado a demostrarse, aunque de un modo creciente se estudia la influencia de aquellas civilizaciones en el modo de vida de los pueblos del Caribe, en hábitos que ahora nos parecen típicamente americanos, en el hedonismo que caracteriza a estas regiones, e incluso en el tipo de relación con la religión y con la autoridad real.

La Ilustración americana, como la naciente Ilustración española, no era muy proclive a la ruptura radical con la tradición. Tantos siglos de orden medieval no se abandonan fácilmente, y en muchas regiones sobrevivía con fervor la fe en la monarquía como cabeza del cuerpo místico del reino. Pero había llegado la hora de dejar de ser españoles, aunque ello no significaba en absoluto dejar de ser europeos.

La idea de la independencia crecía. Desde la revolución norteamericana en 1776, y más todavía desde el comienzo de la Revolución francesa en 1789, lo que antes era

sólo ideas se había convertido en naciones, y eso pesaba para la imaginación de los criollos. Podían recordar que tiempo atrás había caído la cabeza de Carlos I de Inglaterra, que hacía unos minutos había caído la cabeza de Luis XVI, ¿por qué no podía desplomarse también la corona española? Cuando Bolívar, entonces un joven rico y desdichado, caminaba en Roma por las ruinas del Foro Imperial, debió pensar, con el espíritu del romanticismo de aquellos años, que no hay imperio que el tiempo no subyugue y que, por lo tanto, también España pasaría y sería olvido y escombros. Ese joven que sobre las ruinas de Roma juraba luchar por la libertad de su tierra, afirmaría después, en la Carta de Jamaica, que a la disolución del poderío colonial español las repúblicas se veían como los fragmentos de Roma a la caída del Imperio.

El recurso para apartarse de España sería buscar la tutela de las otras grandes naciones de Europa, y a menudo Bolívar se queja de que las potencias no comprendan con la necesaria celeridad la importancia de apoyar la causa americana y, derribado el cerco del Imperio español, encontrar en estas nuevas naciones un espacio para la proyección de sus influencias. El pensamiento de la Ilustración había sembrado las primeras semillas. Los espontáneos movimientos rebeldes contra la pesadez de la administración colonial, contra sus burocracias y sus exclusiones, permitieron dar a esas ideas nuevas un sustento popular. La Revolución francesa inflamaba los espíritus, avivaba la imaginación, enardecía los discursos de los criollos hartos de sentirse despreciados, hastiados de ser subalternos, ávidos por asumir un papel protagónico.

Gran Bretaña había persistido por siglos en el trabajo de separar a España de sus Indias, o al menos de entorpecer sus relaciones. Pero el destino sabe mover sus fichas con ironía, y la era napoleónica cambió el orden de las cosas sobre el tablero de Europa. Los ejércitos imperiales cayeron sobre España y maniataron al poder real, lo que acabó de dar alas a los movimientos independentistas al otro lado del mar. Argentina, oxigenada por la súbita libertad de comercio, empezó a sentirse cerca de los puertos remotos a los que podía acceder, de Hamburgo y Estambul, de Nueva York y los puertos de Oriente. Ya presentía tal vez su futura condición de Cosmópolis, las migraciones que un siglo más tarde convergerían sobre ella, y esa prefiguración del real y simbólico aleph de Borges, la marcha secular del mundo hacia Buenos Aires.

En el siglo XVIII las potencias europeas habían tenido que resignarse al contrabando para comerciar con América, la independencia de estas colonias les permitiría participar en las condiciones que habían anhelado siempre, desde los tiempos en que el rey inglés se burló con rencor del tratado de Tordesillas, que repartía con el arbitraje del Papa el territorio americano entre españoles y portugueses, exigiendo que para validar esa decisión le fuera mostrado el testamento de Adán. A Inglaterra, en especial, se le sentía esa «ansia de América». Por fin en 1806 tomó posesión de Buenos Aires y el tesoro que obtuvo allí fue paseado en triunfo por las calles de Londres, como la realización de un sueño largamente

acariciado. Pero España recuperó muy pronto la ciudad con la ayuda de los franceses. Desde 1808 Fernando VII era prisionero de Francia. Los británicos, enemigos de Napoleón, se unieron a España contra los franceses, que procuraban extender a la península sus nuevas instituciones: el sistema de gobierno debía transformar a las Indias en provincias de ultramar, con mayor autonomía y libertad de comercio. Los planes eran vastos y firmes, pero el triunfo de Inglaterra los frustró plenamente.

Todas las primeras expresiones de rebelión de los americanos no iban dirigidas contra la corona, porque paradójicamente, en contraste con los polvorientos e inmóviles poderes de la burocracia colonial, parecía ser la autoridad real la única fuerza que mostraba algún interés en la modernización. No sólo había favorecido el viaje de Humboldt con un espíritu verdaderamente ilustrado, sino que había patrocinado empresas intelectuales de la importancia de la Expedición Botánica en la Nueva Granada, donde el sabio naturalista José Celestino Mutis formó toda una generación de investigadores de las ciencias naturales, clasificó una parte importante de la desconocida flora tropical y dirigió la notable labor científica y estética de estudiosos y artífices como Rizo, que según Humboldt fueron en su tiempo los mejores pintores de plantas del mundo, los autores de las bellísimas láminas de la Expedición.

Pero después de siglos de mascullar su inconformidad y de musitar su rebeldía, por fin esas elites criollas dieron el casi simultáneo grito de independencia en la primera y segunda década del siglo XIX, y formaron juntas provisionales de gobierno, aprovechando la incapacidad de los españoles para poner orden en su imperio en pedazos, y aprovechando también el zarpazo de Napoleón sobre la península. Ese primer movimiento de independencia puso de pronto a los criollos en posesión, después de breves y sangrientos combates y de muchas maniobras políticas, del territorio inmenso de la América antes española.

Ya entonces esta América era un mosaico muy complejo de etnias, sectores económicos, clases sociales y tradiciones, y mirar el proceso de la Independencia es volver a mirar en el desorden de un calidoscopio. En México la revolución fue al comienzo india y mestiza. La encabezó Miguel Hidalgo, el cura ilustrado de Dolores, en el centro-norte minero, y lo seguían fervorosas multitudes. La suya era una de esas insurrecciones paradójicas, típicas de nuestra América. Se enfrentaba a los privilegiados peninsulares en nombre «de la independencia, del rey, de la religión y de la virgen de Guadalupe», pero amenazaba en realidad el poder de los españoles y de los criollos mineros y comerciantes y estaba dispuesta a confiscar las enormes propiedades de la iglesia. Enarbolando pabellones eclesiásticos y efigies de la virgen india, se apoderaron de Guanajuato, de Querétaro, de San Luis Potosí, y en octubre de 1810 avanzaban sobre México. Esa fuerza ferviente de 80.000 hombres mal armados y mal organizados fue vencida por un ejército de 7.000 hombres dirigidos por el general Trujillo en el Monte de las Cruces, y allí se vio la fragilidad de esos movimientos populares. Los enemigos los habían contenido pero estaban

prácticamente deshechos; Hidalgo habría podido reorganizar a sus hombres y nada impediría que se apoderaran finalmente de la capital, pero el desaliento por la primera derrota acabó con la moral de las tropas indias y mestizas, y el cura Hidalgo fue capturado y ejecutado en Chihuahua. Murió arrepentido y recomendando a su pueblo no reincidir en la rebelión, pero su consejo no fue escuchado, y otro cura, Morelos, se alzó en el Sur. En 1812 ya dominaba toda la región. También iban tras él las huestes indígenas, pero si al primer movimiento lo había derrotado la falta de confianza, a éste lo contuvo la vocación parlamentaria. Morelos convocó a distintos sectores de la sociedad mexicana al Congreso de Chilpancingo, la oposición moderada que obraron allí los criollos desvertebró el movimiento, y Morelos fue finalmente vencido y ejecutado en 1815. Las dos revoluciones, sin embargo, alertaron a los poderosos criollos y peninsulares de México, los más ricos del continente, y ante el peligro de esas rebeliones populares a la vez tan religiosas y tan capaces de prescindir de la autoridad y de la Iglesia, en nombre de la ley y de Dios emprendieron la contrarrevolución. De los diálogos entre los oficiales criollos y los rebeldes supervivientes nació la alianza entre Iturbide y Guerrero, que proclamó la Independencia, la unidad en la fe católica, y la igualdad entre peninsulares y criollos, y que dejó en manos del rey Fernando VII el nombramiento de un infante real que gobernara al nuevo reino independiente.

Desde esos hechos de México y su eco en la Capitanía general de Guatemala, hasta la insurrección de los criollos del Río de la Plata que llevaron sus valientes ejércitos de la pampa y el litoral hasta las sierras brumosas del Perú, los acontecimientos políticos de aquellos veinte años, entre 1810 y 1830, son confusos y conmovedores. 1810 fue un año de revolución en la propia España y de los sucesivos gritos de Independencia: el 19 de abril en Caracas, el 25 de mayo en Buenos Aires, el 20 de julio en Bogotá, el 18 de septiembre en Santiago de Chile. Aquellos primeros movimientos desplazaron con mayor o menor rapidez a los virreyes, coquetearon con la idea de nombrar reyes de la casa peninsular en las montañas andinas, en las mesetas del Anahuac y hasta en la pampa, y finalmente vieron fortalecerse el ideal republicano nacido de la influencia francesa.

Mientras el coronel García Carrasco se afirmaba en Chile, y Liniers emprendía su movimiento en Buenos Aires, una hermana del rey cautivo, la infanta Carlota Joaquina, instalada en Río de Janeiro, intentó hacerse nombrar soberana interina del continente, pero su pretensión no tuvo eco y la reina en proyecto acabó delatando a sus aliados criollos. Los hechos se suceden torrencialmente. La lucha de las facciones en la Francia revolucionaria tenía sus reflejos en estas luchas americanas: las alianzas, los súbitos golpes de fuerza o de ingenio, la derrota de los partidos, los juicios, los destierros y las consiguientes proscripciones eran el ritmo de la época. Hubo una primera revolución en el Perú, que no obtuvo suficiente respaldo, y el virrey Abascal se fortaleció, convirtiendo al escenario del viejo Imperio inca en el principal centro realista del continente. Los ejércitos que venían del Río de la Plata

fueron derrotados, y la revolución de Independencia perdió la oportunidad de financiarse con los ricos metales del Perú.

Una insurrección de paisanos surgió en el Uruguay, dirigida por José Artigas. Su carácter popular, como en México, despertaba los recelos de los criollos, pero Artigas, acosado por los portugueses avanzó hacia la Argentina, ocupó Entreríos y Corrientes, y en 1815 avanzó hacia Córdoba. El movimiento de la Logia Lautaro, orientada por Alvear y San Martín en Buenos Aires, y el movimiento de Carrera, un gran propietario, y de O'Higgins, hijo natural de un virrey del Perú, en Chile, fueron las fuerzas principales que por el sur se enfrentaban al fortín realista de Lima.

¿Cómo abarcar verdaderamente ese movimiento complejo que una vez más, como en el siglo salvaje de la Conquista, disgregaba el sistema económico, político y cultural existente, desordenaba de nuevo el sueño de las naciones, interrumpía el proceso de asentamiento de un orden, y abría una nueva edad de desafíos para el continente? En Venezuela era el mismo Miranda el precursor que había recorrido los reinos de Europa llamando la atención sobre nuestros países, quien había encabezado la rebelión. Los amos del cacao lo controlaban todo allí, y se tomaban tan en serio su dominación que, enfrentados a los rebeldes, declararon que el terremoto de Caracas, que ocurrió por entonces, era un castigo del cielo. La rebelión era de criollos ricos, y cuando Miranda fue entregado a los realistas todo pareció morir, porque los mismos criollos que la habían desencadenado se apresuraron a declararla terminada. Pero la rebeldía ya había entusiasmado a un sector más decidido, los mulatos de las costas de Cumaná y de la isla Margarita, la vieja región de las perlas, dirigidos por el jamaiquino Piar. Bolívar apareció entonces, pero los realistas consiguieron que entraran en la guerra a favor de la corona los jinetes mestizos de los llanos. Los criollos pertenecían a las montañas del cacao, los mulatos al litoral, estos centauros a la llanura ganadera que se extiende entre la cordillera y la cuenca del Orinoco.

Todos esos territorios, que habían sido siglos atrás escenario del avance de los conquistadores alemanes, de la campaña feroz de Lope de Aguirre y de la romántica expedición del barón de Humboldt, eran ahora el campo de nuevos dramas históricos, y los llaneros vencieron a las tropas de Bolívar, quien debió refugiarse, como ya lo había hecho antes, en la Nueva Granada. Allí vivió como la primera vez la desesperación de que los criollos de este territorio fueran incapaces de ponerse de acuerdo sobre los temas políticos. Las disensiones entre Nariño, por el Estado de Cundinamarca, y Jorge Tadeo Lozano y sus aliados por las otras provincias, no lograban encontrar un acuerdo. La rebelión en Caracas estaba derrotada, ahora Fernando VII acababa de recuperar su trono, y en 1815 Morillo desembarcó en Venezuela con 10.000 hombres, decidido a reconquistar el continente, y se dispuso a avanzar contra la Nueva Granada. Ésta ya tenía su bastión realista en las viejas regiones incaicas, en Pasto y en Popayán, aliados de Quito y de Lima, pero su principal enemiga era su propia discordia interior. Como nos dice Halperin Donghi: «Bolívar, retornado a la Nueva Granada luego de la caída de la segunda revolución

venezolana, abandonó la lucha cuando se hizo evidente que, aún en su agonía, el movimiento neogranadino se resistía a unificarse». Entonces Morillo entró en Cartagena y luego en Bogotá. La primera revolución había muerto.

Bolívar pasó a Jamaica, y esperó su hora a la sombra de la bandera británica, viendo cómo América parecía volver a convertirse en una fortaleza española. Pero la verdadera guerra venía en camino, y con ella no sólo el choque frontal entre los realistas y los rebeldes americanos sino la intensificación de las fisuras en el seno de la insurrección continental. El conflicto de los blancos criollos, ávidos de reemplazar a las aristocracias y las burocracias de la metrópoli, con los mestizos, indios, negros y mulatos condenados a perpetuarse en condiciones de inferioridad y de exclusión. El conflicto entre los sectores mineros y agrícolas incorporados al comercio mundial y los que buscaban apenas la constitución de economías locales. El interés de las grandes metrópolis no siempre inclinado a favorecer el desarrollo justo y equilibrado de las economías internas de los países. La prolongación de las fragmentaciones geográficas alentadas por la Colonia y sostenidas por las castas nacionales en medio de los incendios de la guerra. Los conflictos crecientes entre los sectores civiles poderosos, empeñados en defender primero sus intereses comerciales o agrícolas, y los ejércitos, convertidos en pacientes vanguardias del interés común de los pueblos pero inclinados a imponer órdenes autoritarios sobre las sociedades. Todo en aquella edad es a la vez apasionado y enérgico, lanzado con fervor hacia el ideal y contenido violentamente por la presión de las circunstancias, ávido por construir un continente liberal, republicano, ilustrado, que diera al mundo ejemplo de vigor juvenil y de madurez organizativa, y continuamente frustrado por los choques facciosos, la incomunicación y el recelo, por las dificultades geográficas y económicas, por las diferencias nacionales y personales.

Los precursores habían cumplido su labor proselitista y heroica, las primeras insurrecciones habían logrado la sustitución de los gobiernos, los virreyes habían emprendido la fuga, las propiedades de los peninsulares habían sufrido las primeras confiscaciones, las naciones nacientes empezaban a darse su nueva fisonomía republicana, afrancesada e ilustrada, cuando sobrevino la recuperación, no del poderío español sino de la pertinacia española, empeñada en lograr la reconquista del vasto imperio tan repentinamente perdido. Y allí comenzó la segunda parte, no más heroica tal vez, pero mucho más trágica, de la Independencia.

# LA CARTA DE JAMAICA



Cuando el 6 de septiembre de 1815, Simón Bolívar dirigió desde Jamaica su famosa «Carta de un americano meridional a un caballero de esta isla», empezaba explicándole que era tal la amplitud y complejidad del continente, que nadie podía dar razón plena de su situación en aquel momento: «Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que Vd. me favorece y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y libros, cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo. En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que Vd. me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas y, por consecuencia, sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por su posición física, por las vicisitudes de la guerra y por los cálculos de la política».

Le cuenta que hay cerca de un millón de habitantes en las provincias del Río de la Plata, que ya se mueven con armas hacia el alto Perú e inquietan a los partidarios del rey en Lima. Que en Chile hay ochocientos mil ansiando la independencia. Que en el Perú hay millón y medio, y dos millones y medio en las regiones de la Nueva Granada, Quito, Panamá y Santa Marta. Venezuela, por su parte, tenía un millón, pero ha perdido una cuarta parte en la guerra de Independencia. «En Nueva España [México] había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, 7.800.000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas las provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo, que parece exacto; pues más de un millón de hombres ha perecido, como lo podrá Vd. ver en la exposición de *Mr. Walton*, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio». Después de hacer este recuento general de la situación de los países, no deja de advertir con clarividencia que hay regiones donde durará todavía mucho tiempo la dominación española: «Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?»

En total dieciséis millones de personas en dos mil leguas de longitud y novecientas de latitud, enfrentadas a un imperio que «aunque fue, en algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo». Después Bolívar, que conoce demasiado bien la situación de España, convertida en una mera intermediaria entre el enorme continente americano y las nuevas potencias europeas, comenta la situación de la península: «¿Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la

América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados!, pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política?». Y se queja de que Europa no asuma con mayor compromiso la causa de la independencia americana: «La Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige; sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio».

Además del cuadro geográfico y humano que traza, Bolívar muestra muy bien en estas páginas su talento como político, su conocimiento de la Europa de su tiempo, su habilidad como estratega. Sin embargo, a esas alturas ni siquiera para él era evidente lo que sobrevendría, ni cuál sería el orden que estaban en condiciones de construir: «Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquélla grande? En mi concepto, ésta es la imagen de nuestra situación».

Estas reflexiones sobre la realidad inmediata de la guerra y de la política, están basadas en consideraciones más generales. A Bolívar, como sin duda a buena parte de los líderes de la Independencia americana, en mayor o menor medida, le era urgente comprender la composición humana del continente, saber lo que podía hacerse, en términos políticos y filosóficos, con esa arcilla ardiente lista para ser moldeada. «Nosotros somos un pequeño género humano —dice— poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado; no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a

aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable».

Como a Humboldt, una de las cosas que más preocupaban a Bolívar era la tremenda desigualdad que se heredaba de la Colonia. En casi todos los países los pueblos indígenas habían sido despojados de su rica tradición, de su conciencia de estar en el centro de un mundo, de su dignidad, y apresuradamente convertidos en adoradores de un orden mental en el que jamás serían vistos en condiciones de igualdad. Por su tremenda arrogancia, la corona, los negociantes y la Iglesia estaban dispuestos a tener súbditos, a tener siervos y a tener fieles, pero no a permitir que se diera aquí un proceso de dignificación de seres humanos, y menos aún de exaltación de seres libres, capaces de criterio y de juicio. Durante siglos la Iglesia católica seguiría prohibiendo en América la lectura libre, que había sido el instrumento de la Ilustración para construir una conciencia ciudadana y un individuo responsable capaz de sostener el andamiaje de las repúblicas. Bolívar se interrogaba continuamente sobre cómo fundar un orden político en el que los siervos y los esclavos accedieran a la libertad, los criollos discriminados accedieran a la igualdad, y unos y otros accedieran a la fraternidad, principios que tan elocuentemente pregonaban en Francia los cañones de la revolución. Pero si era difícil en París hacer que los franceses accedieran a la libertad, la igualdad y la fraternidad; en París, donde todos formaban parte de una nación homogénea con más de cuatro siglos de existencia unificada, cohesionados por una larga tradición, ¿qué esperar de pueblos formados por indios, criollos y negros, por mestizos, mulatos y zambos? ¿Qué esperar de esos criollos más dispuestos a conquistar notoriedad y poder que a convivir con la mulatería y con la indiada? ¿Qué esperar de esos remanentes de las viejas culturas nativas? ¿Qué hacer con esas religiones sincréticas? ¿Qué hacer con los ricos patriotas que estaban dispuestos a luchar por la independencia pero no a darles la libertad a sus muchos esclavos? ¿Qué hacer con esos mineros y hacendados que vivían de enviar sus metales y sus productos a España? ¿Qué hacer con esos comerciantes que vivían del intercambio con las metrópolis? ¿Qué hacer con los que habían aprendido los mil matices de la trampa en la burocracia, con la ya floreciente tradición del legalismo sinuoso, ese imperio de leguleyos que apretaban y volvían a apretar las tuercas de la ley para medrar de sus vacíos y parasitar de sus ambigüedades? Bolívar sabía que la dominación española no había permitido la formación de una elite capaz de gobernar, de dirigir, de formar estados modernos, y sabía que no era cuestión de esperar a que se diera esa madurez, porque mientras persistiera la dominación colonial ningún criollo podría formarse en la práctica de la administración ni desplegar en ella su talento. Así, sigue diciendo: «Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en

fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes; todo es contravención directa de nuestras instituciones». De modo que se ve obligado a pintar sin adornos un cuadro patético de la situación de los herederos de la administración colonial: «Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad».

Por otra parte, la costumbre de no ver en los adversarios a seres humanos, típica de los conquistadores y en aquellos tiempos también de los ejércitos reales (Bolívar recuerda que los mexicanos luchaban en vano por hacerles respetar el derecho de gentes: «Propuso la junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos, pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes y de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas mismas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad ni se degollasen los que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quintasen para sacrificarlas»), se perpetuó por extraña herencia en los criollos que llegaron a hacerse dueños de los Estados. Se sabe que muchos indígenas se resistieron a la idea de la independencia porque temían, con razón, que los mestizos que se harían cargo de los estados podían llegar a ser más excluyentes y más despectivos con indios, negros y mulatos, que los propios españoles. También en su tiempo muchos esclavos rechazaron la idea incomprensible de que fuera abolida la esclavitud, ya que sin una amplia y larga labor pedagógica y social de cambio de valores, de construcción de una ética de la igualdad, y de ofrecimiento efectivo de oportunidades educativas, políticas, legales y económicas, la libertad de los esclavos se limitaba, como ha dicho Estanislao Zuleta, a dejarlos libres de comida y de techo.

El camino que veía Bolívar era el camino de la generosidad, y después de sus generosas propuestas fue el camino que menos se siguió. Veía a su América, al menos a la hija de España, como una sola nación, pero no encontraba el sistema político en el que pudiera caber esa vastedad y diversidad geográfica de la que aquí hemos hablado, esa complejidad étnica, esa turbulencia social. Creía en la necesidad de un lento y paternal trabajo pedagógico que les enseñara a las razas, a las clases sociales, a las regiones y a las tradiciones, a convivir, potenciando lo mejor de todas ellas y estableciendo ese diálogo creador en el marco de una legislación rica en garantías, que les permitiera superar en poco tiempo el trauma de un siglo de salvajes conquistas y dos siglos de arrogancia colonial: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por

una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal en América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los estados americano han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra».

Así como había desde siempre una América caribeña, una América andina y una América amazónica, una América de los desiertos del norte y una América de las pampas del sur, se había ido definiendo también una América blanca, una América india y una América negra. O mejor aún, una euroamérica predominantemente blanca, como la de Argentina o Chile; una indoamérica indígena y mestiza, en México, Guatemala, Ecuador, Perú, o Bolivia, una afroamérica predominantemente negra y mulata, en Cuba, Haití, República Dominicana, Jamaica, o Brasil. Ello no significaba que todos no fueran mestizos en mayor o menor grado, pero de esa composición original derivaban muchos elementos que caracterizaron a los países.

Cada una de estas Américas tendría elementos singulares que aportar al mosaico de la civilización, y era muy difícil que la solución de esos conflictos se diera por el hallazgo casi mágico de un sistema político adecuado a sus necesidades. Además todos los sistemas políticos son fruto de la tradición y de la experiencia, y la América Mestiza era un experimento nuevo en la historia del mundo. La conquista de su independencia formal sería apenas el primer paso de una larga búsqueda que exigía el experimento de la convivencia social en el marco de legislaciones nuevas, el fortalecimiento económico gobernado por el ideal de la autonomía y la independencia cultural. Bien dijo Simón Rodríguez que sólo hallaríamos soluciones cuando no nos pensáramos diferentes de un país a otro y cuando no creyéramos en más fronteras que las naturales del continente. Dos siglos después aún no se han cumplido plenamente esas condiciones para la existencia de la América Mestiza como una nación solidaria con firmes compromisos y con responsabilidades compartidas frente al destino del mundo, pero a pesar del caos aparente, es mucho lo que hemos avanzado.

El mestizaje, que era nuestra gran dificultad, es también nuestra gran oportunidad en el escenario de la cultura contemporánea, ya que esa tendencia a los mestizajes y los mulatajes es una de las principales características de la Modernidad. El mundo no tiende ya hacia ninguna forma de pureza racial, o cultural, sino hacia todo tipo de fusiones. Ello explica el valor de las culturas mestizas como rostro pleno de la época. Sus desafíos son los más imperiosos, ya que frente al peligro persistente de los fascismos, que pretenden reivindicar la superioridad de las razas puras, de las lenguas puras, de las religiones únicas o de las culturas homogéneas, y que absurdamente pretenden imponérselas al mundo entero, la única alternativa es encontrar el valor de las fusiones y mostrar la civilización mestiza como el verdadero rostro del futuro. Así, nuestros países, sobre los cuales el poder hegemónico de ciertas culturas obró tantas atrocidades y tantas violencias, se han visto obligados antes que cualquier otro a ser los laboratorios de esa nueva edad planetaria.

A eso apuntaba, desde una época en que ni la etnología ni la antropología habían dado a las culturas su vindicación y su justificación, el ideario de ese gran hombre de acción y gran soñador de futuros que fue el Libertador Bolívar. Hay en sus ideas más una suerte de oscura intuición que un preciso desarrollo conceptual. En el párrafo final de su carta lo veremos confiar más en la posibilidad de una unión americana que de una unión europea, ya que Europa le parecía más fraccionada en términos políticos que nuestra América. En nuestro tiempo hemos visto que Europa, más radicalmente separada en términos culturales y sociales, ha empezado a unirse en una gran comunidad política. Hermanados por la tradición y por la lengua, tal vez no esté muy lejos el día en que se cumpla el todavía improbable sueño de una unidad de naciones de nuestra América, como se bosqueja en aquellas palabras de la Carta de Jamaica: «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones».

# **EL DERECHO AL PRESENTE**

A lo que asistíamos con la independencia política de América era al esfuerzo por devolver a las naciones del continente su condición americana. La idea misma de nación como un pueblo establecido en un territorio era contrariada por el sistema colonial. Para España y Portugal era más fácil creer en el Imperio: ellas estaban en el centro, eran —al gusto de la platónica mitología cristiana— el alma antigua y voluntaria de un mundo, y el cuerpo se dilataba hasta más allá del océano, por tierras e islas afortunadas en las que los reyes creían apenas. No deja de ser sorprendente que ningún rey de España haya venido jamás a ver la tierra vastísima que le daba esas toneladas de oro y de plata, esa caoba y esas perlas. España creía demasiado en sí misma, demasiado poco en la planetaria piel de su Imperio. Habría sido preciso un rey que tuviera el poder de César y la curiosidad de Aristóteles, un Alejandro capaz al mismo tiempo de explorar y de gobernar, pero no había en España, y tal vez ni en la Europa de aquel tiempo, un gobernante como ése, y el único Alejandro que tuvimos fue Humboldt. Ello quería decir que España estaba perdida para su destino imperial, que América estaba perdida para la monarquía española, aunque no, por cierto, para la cultura española, y mucho menos para la civilización europea. Hasta aquella guerra cruel que la historia imponía estaba inspirada en las ideas ilustradas de los franceses y en el liberalismo de los ingleses, de modo que nadie quería romper con Europa sino con una sujeción injusta y secular. Con España, nuestras relaciones ulteriores sí estarían a lo largo de todo el siglo XIX marcadas por la incomprensión y por la tensión. A los peninsulares les costaría mirar a estos pueblos como sus iguales después de haberse creado el hábito de verlos como subalternos, y a los americanos les duraría más de lo debido el recuerdo de aquella enemistad histórica.

Por otra parte, a lo largo del siglo XIX, Cuba y Puerto Rico siguieron siendo colonias españolas, y ello contribuyó a prolongar en el tiempo la ilusión de un imperio español que en realidad se había retirado del escenario principal de la historia a mediados del siglo XVII, y había sido seriamente socavado por la independencia de la América continental. Hay quien dice que si la corona española se hubiera trasladado a las tierras americanas, la independencia no habría ocurrido. Pero, por el ejemplo de los Estados Unidos, por el pensamiento de la Ilustración, por la Revolución francesa, la Independencia estaba a las puertas, y la verdad es que ese hecho hipotético sólo la habría postergado. El ejemplo está en el Brasil, a donde la amenazada corte de los reyes portugueses se trasladó, y donde los monarcas desterrados gobernaron por décadas. Ello le dio un período de romántica singularidad a la historia brasilera, y tal vez a su pueblo una conciencia distinta de su propia dignidad, porque por un hecho más simbólico que material, el Brasil pudo tener en un momento la conciencia de que su cuerpo coincidía con su espíritu y abandonar la afantasmada condición colonial. Los reyes volvieron a la península, dejando a su hijo entronizado como emperador del Brasil, y si bien eso cambió algo fundamental en la conciencia de ese vasto país, no impidió sin embargo la independencia, que de un modo menos cruento fue proclamada por el propio Emperador.



Desde México hasta la Patagonia, el otro proceso de independencia fue arduo y sangriento. El intento de recuperación de América por parte de los españoles, por su propia debilidad militar y económica tenía que ser implacable, y la Reconquista terminó siendo una segunda versión, más breve pero no menos atroz, de la Conquista misma. Ahora se enfrentaban no sólo los indios con los españoles y los negros con sus viejos amos, sino los hijos con los padres y los hermanos con los hermanos. La conciencia de América se alzaba y una sombra de agravios antiguos parecía inspirar la heroicidad de los nuevos guerreros. Había también paradojas. Por un acto mágico los hijos de los conquistadores acusaban a los peninsulares de haber asesinado a Atahualpa y de haber traicionado a Moctezuma; manos blancas, hijas de Castilla o de Asturias, alzaban la espada contra la Europa blanca que había destruido a los Incas y a los Zipas. Pero era importante esa lucha, incluso con sus errores, porque era la catarsis de un mundo tratando de expulsar el exceso de fantasmas que agobiaba su realidad. Y la verdad es que no lo lograron plenamente porque el mundo americano siguió lleno de fantasmas desconocidos, fantasmas innominados que sólo dos siglos de cultura de la independencia han ido conjurando y liberando en el lento proceso de conquistar por fin el derecho al presente. Contra la reconquista se movilaron los pueblos, y muchos fueron improvisando su fisonomía en ese proceso mismo de darles guerra a sus enemigos. México sería para siempre México porque era demasiado poderoso su perfil desde el origen, y el país de los Mayas se fue independizando en Guatemala. Salvo excepciones las islas serían cada una un país. Chile, aislado por su cadena de montañas y extendido desde el extremo magallánico hasta los desiertos del norte, seguiría siendo fiel a su perfil araucano. Buenos Aires, que no fue desplazada por Montevideo, conservó su primacía sobre la extensa pampa ganadera, que por mucho tiempo alimentaría a Europa, pero no pudo conservar su influencia sobre el Alto Perú, a donde fueron sus ejércitos de lanceros a librar las grandes batallas. La mayor dificultad para la definición de los perfiles nacionales se daría en la región de los Andes del norte, de la costa del Caribe y del istmo panameño. De allí venía el principal ímpetu guerrero revolucionario. Así como Venezuela había engendrado a ese viajero romántico, Francisco de Miranda, que dejó su nombre en el Arco del Triunfo de l'Étoile, como uno de los héroes de los ejércitos napoleónicos, así engendró a Bolívar, quien sería el genio inspirador de las difíciles batallas que iban liberando los territorios y configurando las naciones. No cabía duda de que el centro del viejo Imperio inca sería una nación independiente, el Perú de las montañas de plata y de las playas desiertas. Bolívar intentó hacer que siguiera siendo una sola república el virreinato de la Nueva Granada, que unía a la gobernación de Venezuela, el reino de Santa Marta, el istmo de Panamá, el reino de la Nueva Granada, y la gobernación de Quito, y de haberlo logrado el mundo habría visto nacer una de las repúblicas más vigorosas y notables del continente. Uniendo el frente caribeño de Venezuela y de Santa Marta, donde se alzaba la principal fortaleza amurallada de Suramérica, Cartagena de Indias, con el brazo de Panamá donde Bolívar había visto

el espacio perfecto para fundar la capital del Mundo Nuevo y donde Humboldt había previsto la construcción de un importante canal interoceánico; uniendo las cuencas del Orinoco y del Amazonas, el extremo norte de los Andes y el litoral equinoccial del Pacífico, aquel país, al que Bolívar dio el nombre de Colón, era tan grande como el Brasil pero aún más diverso y rico en recursos biológicos, geográficos y humanos. El sueño no duró, la Gran Colombia se fragmentó en tres partes: Venezuela, Colombia y Ecuador; y casi un siglo después se fragmentaría una vez más, cuando los Estados Unidos estimularon la separación de Panamá del territorio de Colombia, para hacerse socios del istmo en la construcción del canal interoceánico.

El comienzo de la vida republicana significó la irrupción de una serie de desafíos que las naciones no habían previsto. Dos realidades llamadas a persistir por mucho tiempo aparecieron entonces: el militarismo y la violencia. El poder militar surgió de las campañas mismas, y Bolívar fue uno de sus estímulos. Nacido en medio de los ricos mantuanos de Venezuela, el Libertador dio toda su riqueza por la causa revolucionaria, y a partir de cierto momento tuvo que enfrentarse a los aristócratas de los que había salido. Los señores de las regiones del cacao y de los ingenios no veían con muy buenos ojos la promesa de abolir la esclavitud, y Bolívar terminó creando una suerte de casta militar que con el tiempo se convirtió en uno de los principales instrumentos de promoción social, ya que los sectores sociales excluidos sólo a través del ejército lograban tener acceso a niveles de poder. Pero al mismo tiempo esos sectores procuraban hacerse indispensables, necesitaban un trabajo permanente que justificara su existencia, y llegaron a ser tan costosos para las sociedades, que en algunos momentos consumían hasta la mitad del presupuesto de las repúblicas.

Como era previsible, la Independencia no obró todos los cambios que prometía, y ello estimuló el estallido de rebeliones sucesivas por parte de los sectores que sentían frustradas sus expectativas. Tan rico era el mosaico de grupos, etnias, clases sociales y culturas, que resultaba muy difícil encontrar desde el comienzo las instituciones adecuadas a esa pluralidad. La violencia, una violencia que habría sido impensable en los tiempos coloniales, fue convirtiéndose en parte del paisaje de nuestra América. La memoria, como dice Borges, es porosa para el olvido, y los dos siglos de quietud colonial casi habían logrado borrar de la memoria el siglo atroz de la Conquista, cuando era fácil que los viajeros cruzaran por llanuras llenas de cráneos humanos y de esqueletos disgregados. La Colonia fue una época de paz relativa, y basta leer los libros de Humboldt para ver hasta qué punto a comienzos del siglo XIX, poco antes de las rebeliones y las batallas, la América del Sur era una región casi idílica que un viajero podía recorrer con pasmosa seguridad, donde los únicos peligros verdaderos eran los raudales de los ríos y la abundancia de la vida natural. Y ni siquiera ésta resultaba verdaderamente amenazante para aquellos viajeros lúcidos que eran capaces de amar la naturaleza que los otros temían. Escribe Humboldt: «Como ya dije antes la llanura pantanosa situada entre Javita y el embarcadero del Pimichín tiene muy mala fama en el país por las numerosas serpientes venenosas que la pueblan. Antes de

instalarnos en la choza, los indios mataron dos mapanares, de 1,3 a 2,6 metros de longitud. Es un hermoso animal, de vientre blanco, con manchas rojas sobre fondo negro en el dorso; es muy venenoso. Como en la barraca había gran cantidad de hierba y tuvimos que dormir en el suelo —pues no nos fue posible colgar las hamacas—, pasamos la noche preocupados. Por la mañana, al levantar una piel de jaguar que había servido de lecho a uno de los criados, apareció una gran serpiente. Como dicen los indios, estos reptiles se mueven lentamente mientras no los persiguen, y se acercan al hombre en busca de calor. En el Magdalena se dio el caso de que una serpiente se introdujo en la cama de uno de nuestros acompañantes, y pasó allí parte de la noche sin hacerle ningún daño. No pretendo constituirme en abogado de las víboras y las serpientes de cascabel, pero puede afirmarse que si estos ponzoñosos animales fuesen tan agresivos como se cree, en algunas zonas de América, como la del Orinoco y las montañas húmedas de Chocó, el hombre habría sucumbido ante el número infinito de dichos animales». La naturaleza americana perdía a los ojos de la razón esa fama de crueldad que había sido incluso una de las justificaciones de la barbarie de los conquistadores.

El régimen colonial reposaba sobre unos supuestos medievales demasiado claros, las jerarquías estaban establecidas, la ideología religiosa barnizaba de justificaciones cósmicas la desigualdad, la injusticia, incluso la atrocidad: el desequilibrio parecía escrito en las leyes del mundo, la superioridad de la blanca y cristiana Europa estaba patente en los rostros, en las ceremonias, en la firmeza de los astros que vuelven. Y de repente todo aquello era derribado por un ciclón de justicia que reclamaba el derecho de todos los seres humanos a la libertad, a la dignidad, a la igualdad. El texto de la nueva ley, el nuevo orden del cosmos fascinaba por igual la imaginación de los criollos ávidos de reivindicación y deseosos de ser los sucesores de los peninsulares, la de los mestizos y la de los esclavos. Sólo los indígenas, que habían logrado una cierta legislación, no por supuesto igualitaria, pero por lo menos indulgente, nacida más de la conciencia culpable de la corona que de su humanismo, miraban con recelo ese nuevo orden en el que no podían esperar ser mirados como iguales por unos criollos arrogantes, acostumbrados por siglos a parasitar de la servidumbre. Por ello los últimos bastiones realistas fueron las viejas regiones indígenas, y una de las primeras guerrillas colombianas fue precisamente en Pasto la guerrilla de partidarios del rey, que en vano procuraba la restauración de un mundo tan definitivamente perdido como el del olvidado Inca, que cubría su cara con un velo para no cegar a sus súbditos.

La violencia era, pues, de un modo paradójico, una de las consecuencias de la libertad. O si se quiere, la herencia de un mundo donde el discurso se parecía cada vez menos a la realidad. Gracias a la Independencia los países decían ser repúblicas liberales, democráticas, donde imperaban los derechos humanos, donde imperaba la igualdad de los ciudadanos ante la ley, donde nadie podía ser discriminado en razón de su raza, de su credo o de su condición social. Para intentar cumplir esos preceptos,

las repúblicas europeas contaban al menos con la certeza de que todos sus nacionales estaban unidos por la tradición, por las costumbres, por la memoria de los mitos comunes, de los héroes fundadores, de los padres de la patria, de los poetas nacionales. Una tradición no se improvisa, y Francia llegó a la revolución después de unos ininterrumpidos procesos de cohesión que generaron una mínima solidaridad nacional. Pero aquí cada siglo rompía un orden social, y lo rompía de un modo feroz y para siempre. La Colonia, que nos hacía ilusoriamente europeos debía ceder ahora su lugar a las repúblicas que nos hacían de nuevo criollos, pero ahora mestizos, a medias europeos, un poco africanos, vagamente americanos. La fe de la religión apenas arraigada debía ceder su lugar al culto de la razón, a la doctrina de la igualdad, a la vida civil. La violencia fue, pues, entre nosotros, una consecuencia inevitable del arraigo de los ideales, de la vaga conciencia de tener derechos y la indignación de que éstos no se cumplieran en la práctica. Hay sociedades pobres, como las de algunos países de Oriente, donde sin embargo la pobreza no genera violencia, pero es porque una larga tradición filosófica y religiosa inscribe esa desigualdad dentro de un sistema cósmico de carencias y compensaciones, mientras que nuestros países reposan poderosamente sobre un fraudulento discurso de igualdad que crea frustraciones verdaderas y resentimientos poderosos. Y sin duda la violencia seguirá existiendo hasta cuando nuestras naciones alcancen una democracia verosímil y hagan realidad los supuestos mínimos de igualdad que pregonan sus leyes.

La imagen de una Hispanoamérica cautiva de ejércitos autoritarios, de juristas puntillosos, de burocracias exasperantes, básicamente revela o delata que nuestro problema central era la falta de hondas tradiciones. Nuestras convicciones eran siempre nuevas, por ello podían parecer siempre provisionales. Sólo se requiere tanto la ley positiva, la acción de la fuerza y la amenaza de las armas en la paz, en el ejercicio de la normal existencia ciudadana, cuando la vida cotidiana no está regida por fuertes costumbres ni por un contrato social equilibrado. Por la razón elemental de que lo que gobierna a las sociedades es fundamentalmente la ética, no la ley positiva, ni la policía, ni los jueces ni los tribunales. Ésas son instancias extremas para corregir lo que la tradición y las costumbres no logran controlar. Cuando se carece de tradiciones la sociedad flota peligrosamente en el vacío, y es preciso multiplicar, a menudo en vano, la legislación positiva: todo tiene que ser reglamentado, todo tiene que ser intervenido por la norma, nada parece evidente. Por eso el legalismo extremo es el otro rostro de la ilegalidad, su complemento necesario. Pero a esto se añade el hecho amenazante de que en el último siglo hemos entrado en Occidente en una época de apresurada muerte de las costumbres y de todo poder de las modas; ese hecho, que pone en peligro la existencia de todas las sociedades, está afectando primero a aquellas cuya tradición tiene raíces menos profundas.

Los Estados fundados en nuestra América después de la Conquista fueron más frágiles que en ninguna otra parte porque su discurso estaba desde siempre bajo sospecha. Desde el comienzo, para decirlo de una manera extrema, los ladrones

prohibían el robo, los asesinos castigaban el crimen, los violadores de las leyes ancestrales de la familia querían imponer la respetabilidad y la inviolabilidad del orden familiar. Nunca fue tan relativa la ley y nunca fue a la vez tan autoritaria. Los hijos de la América Mestiza crecimos con una confianza mínima en el Estado, y nos afirmamos en un extremo individualismo que en algunos países por largos períodos hizo casi imposible gobernar. Las gentes creían en sí mismas y en su familia. La sociedad, el Estado, el bien público, le parecían abstracciones más o menos incomprensibles. El hombre menos sospechoso de odio por la tradición europea, Jorge Luis Borges, ha razonado en su ensayo «Nuestro pobre individualismo» esta característica de los mestizos americanos, y no la ve necesariamente como algo negativo.

Piensa, como Spencer, que el mayor de los peligros de nuestra época es «la gradual intromisión del Estado en los asuntos internos de los individuos», y piensa que ante ese mal, ante ese peligro de ceremonias unánimes, de vivas y mueras vociferados mecánicamente ante eso que él llama «la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez», nuestro insolente individualismo acaso encontrará justificación y deberes. Pero la principal pregunta es si podemos encontrar un punto de equilibrio entre los intereses de la comunidad y los intereses del individuo; si podemos estar en un punto intermedio entre esos dos extremos: la rigidez de la vida de los países estatistas, con aparatos burocráticos infinitamente molestos y una individualidad pobre y sumisa, y el desorden extremo de la vida en los países anarquizados, donde no hay otra ley que la voluntad de individuos arbitrarios. Tal vez podamos entender en ese mismo sentido el sentimiento de Valéry cuando afirma que «los dos principales enemigos del mundo son el orden y el desorden».

# LA GUERRA Y LA PAZ

Carabobo, Boyacá, Pichincha, Ayacuchojunín... esas palabras escapaban a su viejo sentido puramente geográfico para convertirse en hitos de una mitología: los nombres de las batallas que fueron dando libertad a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Así también los nombres de Hidalgo, Morelos, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Nariño, Sucre, Córdoba, Páez, Flórez, escaparon de la genealogía para convertirse en los nombres míticos de la epopeya de la Independencia. Nombres de personas que se convirtieron en nombres de regiones, como ocurrió con el propio Humboldt, que hoy nombra lagos, llanuras, montañas, flores y corrientes oceánicas.

Hombres como Nariño, intelectuales precursores de la Independencia, aparecen después como guerreros en las difíciles batallas contra ejércitos, climas y regiones adversos. Grandes guerreros de la campaña libertadora terminaron contribuyendo al período de inmovilidad de las repúblicas, cuando después de los heroicos comienzos, el continente se atomizó en países incomunicados y a veces incluso enfrentados entre sí. La edad republicana iba perdiendo el timbre heroico que la había dado a luz, y la América Mestiza entraba en una edad de penumbra.

Porque aquellos hombres de los últimos años del siglo XVIII y de los primeros del XIX habían formado la generación más universal y más contemporánea que hubiera producido nunca nuestra América. Conocieron el mundo y se hicieron conocer. Su lucha ocupó un lugar luminoso en la historia contemporánea, en el paisaje mundial de la primera mitad del siglo. Vemos las estatuas de esos héroes junto al puente Alejandro III, o en las plazas de Roma o de Moscú, vemos la Avenida Simón Bolívar que cruza de norte a sur toda la zona este de París, vemos su estatua en el parque central de Nueva York, y comprendemos que aquellos hombres llegaron a significar algo superior para el mundo, que se hicieron admirar por él. Hay intelectuales que defienden la superioridad histórica de hombres como Bolívar o San Martín frente a personalidades como Napoleón Bonaparte. No es difícil reconocer una superioridad ética de esos héroes americanos frente al francés: Napoleón fue un guerrero ambicioso empeñado en rediseñar a Europa a su gusto y en ennoblecer y engrandecer a su familia; Bolívar, un estadista generoso que lo dio todo por la libertad de un mundo. Napoleón legó a Europa la certeza revolucionaria de que un individuo del pueblo era capaz de construir un breve y feroz imperio continental, pero tras su paso sólo hallamos las ruinas de los ideales y la postración de las sociedades; la labor de nuestros libertadores fue mucho más perdurable: por donde pasó su inteligencia dirigiendo su espada sigue vivo el sueño de las naciones.

Pero es preciso aprender a ennoblecer los sueños colectivos, y no idealizar demasiado a los individuos. El triunfo de Europa sobre las culturas nativas de América revistió la forma del triunfo de unos individuos sobre unos pueblos, y desde entonces imperó entre nosotros la mala ilusión de que la historia es sólo la historia de unos rostros y de unas biografías. Occidente abunda en el culto insensato de los individuos, y ese culto creciente y trivial ha derivado en un creciente desprecio por las comunidades, reducidas al papel de masas manipuladas y sin rostro. El porvenir

tiene que saber recuperar su importancia, forjar y sostener de nuevo sueños compartidos.

Nuestros países se esforzaban por construir sus sistemas republicanos, sus democracias representativas, sus códigos civiles, su hacienda pública. Pero el siglo XIX americano vio también en más de un lugar la gradual sustitución de los héroes de la Independencia por los tiranos de las repúblicas, y ante lo primero que sucumbió el sueño de Bolívar fue ante la ambición y la fortaleza de carácter de unos individuos que se apoderaban cada uno de su república para construir un mundo aislado, a veces indiferente a la suerte del resto del continente, a veces incluso hostil a ella. Esos caudillos y tiranos incluso amaron desmedidamente a su patria, pero siempre bajo la forma egoísta de un nacionalismo enfermizo que olvidaba el viejo destino continental, y que perdía de vista el horizonte de solidaridad que había tutelado la Independencia.

Mientras el mundo avanzaba hacia la intercomunicación, hacia el fortalecimiento de ese mercado mundial que había nacido con el descubrimiento, cuán a menudo nuestra América se perdía en una ilusión de naciones cerradas y auristas. Hijos de un ejército lúcido, generoso y continental, los países veían crecer ejércitos nacionales aislados que alguna vez incluso estuvieron dispuestos a enfrentarse con sus vecinos o efectivamente lo hicieron. Nunca al modo europeo, ciertamente, pero nuestra historia no justificaba esas hostilidades, y ni siquiera las autorizaba por la ilusión que tanto ha engañado a Europa, de la pureza de una raza, de una lengua o de una tradición. Nuestra más profunda razón de ser como naciones, era la superación de esos viejos ídolos gentilicios. Con todo, pocas regiones del mundo muestran una historia tan escasa en guerras entre naciones en los dos últimos siglos como nuestra América. La guerra del Chaco, la invasión de los Estados Unidos por las tropas de Pancho Villa, los conflictos de Colombia y el Perú, la llamada «guerra del fútbol» entre Honduras y El Salvador, los recientes enfrentamientos entre Perú y Ecuador, mientras que otros continentes, y en particular Europa, muestran en esos mismos dos siglos la más desalentadora sucesión de conflictos internacionales que recuerde la historia. Y, ciertamente, hasta la perversa violencia enquistada en la sociedad colombiana ha necesitado casi cien años para completar el millón de muertos que Francia produjo en sólo un año de la revolución; y no hay en todo nuestro continente mestizo un solo ejemplo de guerras como la primera guerra europea, capaz de producir veinte millones de muertos, o como la guerra del 39 al 45, esa despiadada fábrica de muerte que arrojó un saldo de casi cincuenta millones.

Pero con la carga inolvidable del genocidio original, e hijos de una epopeya de Independencia generosa y colectiva, los mestizos americanos no tenemos derecho a inventar guerras entre naciones y más bien se nos impone el deber de rechazarlas todas. Ahora vemos con curiosidad fraternal que la Europa de las eternas discordias ha procurado construir un orden internacional capaz de arbitrar sus tensiones, de acordar una economía continental, de instaurar una política coordinada, una moneda



única, y podemos leer en ello la promesa de que también en nuestra América será posible un día un acuerdo continental, siendo mucho menores nuestras diferencias. Por supuesto que en esa formación de supernaciones hay mucho de ambición hegemónica y el latente peligro de conflictos de grandes dimensiones, cuando el mundo tiende a segmentarse no en la pluralidad de sus culturas sino en dilatados imperios hostiles. Y un desafío del presente y del porvenir es el de definir con lucidez los límites de las alianzas entre naciones en la perspectiva, no de crear imperios egoístas, sino de avanzar por el camino de la solidaridad humana y de la protección del planeta como nuestra morada común. Ya sabemos que esas alianzas no pueden basarse en la negación de las fisonomías de cada país, sino que tienen que ser capaces de promoverlas, de corregir sus vanidades gentilicias y de hallar en ellas el valor de lo que es singular y por ello precioso.

Esos perfiles nacionales son fruto de la composición original de los países, de su propia naturaleza geográfica y humana, y de los vaivenes de su historia. No concebimos ya a México sin la firme aventura de la Reforma, en la cual el continente vio cómo un hombre indígena, Benito Juárez, accedía a la condición de jefe de Estado, definía el espíritu de las instituciones, y se enfrentaba con valor y grandeza a poderosos imperios de su tiempo. No concebimos a la Argentina sin la labor civilizadora de Domingo Faustino Sarmiento, cuya disyuntiva entre Civilización y Barbarie, y cuya honda meditación sociológica y literaria le dio perfil a su país en el orden continental, o sin José Hernández, que encontró el tono poético para exaltar a la música de la lengua el paisaje de la pampa y la vida tormentosa y difícil de los gauchos. No concebimos a Ecuador sin Alfaro, a Chile y a Venezuela sin la labor jurídica y gramatical de Andrés Bello, a Cuba sin Martí y sin Maceo, a Colombia sin hombres contradictorios como Tomás Cipriano de Mosquera o Rafael Núñez, o sin apasionados exploradores de su país y sensitivos creadores como Jorge Isaacs o José Eustasio Rivera.

Los países se recogieron en una vida de aldea, pero esa vida alternaba continuamente los esfuerzos creadores de los pensadores, los patriotas y los artistas, y la convulsión de las guerras civiles que eran la consecuencia natural de las discordias que Bolívar había advertido y que la independencia no había logrado cicatrizar. Estaban intentando construir su razón de ser como naciones sobre un pasado de desintegraciones violentas y de saqueos desmesurados. Tenemos el deber de ser indulgentes con las precariedades de nuestro primer siglo de vida independiente, porque lo que se estaba inventando allí era algo totalmente nuevo, los problemas que se enfrentaban no los vivía ninguna otra nación de la tierra, y cada logro civilizado por modesto que fuera era fruto de muchas paciencias y de avances en lo desconocido. Lo previsible era que se vivieran incontables casos de violencia e intolerancia, y que la impaciencia de un orden derivara hacia el autoritarismo, ya que era temprano para que las turbulentas naciones conquistaran su madurez democrática.

Así pasó el siglo XIX: siglo del taciturno doctor Francia gobernando como un país solo en el mundo el territorio de las viejas misiones jesuíticas: Paraguay. Siglo de Rosas en la Argentina y del rumor creciente de los inmigrantes italianos y judíos, polacos y rusos. Siglo de la eterna guerra colombiana entre liberales y conservadores. Siglo de la Iglesia Católica reinando poderosamente sobre los espíritus allí donde tres siglos atrás imperaban los poderosos mitos solares y las divinidades femeninas de América. Nuestra literatura del siglo XX se inclinaría después sobre aquellas edades para interrogar esos otros episodios que también contribuyeron a formar nuestras identidades modernas y a desarticular más aún la memoria continental: el despotismo ilustrado del doctor Francia, en novelas como *Yo el Supremo*, de Roa Bastos; la herejía multitudinaria de Antonio Conselheiro, en *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa; el drama de Maximiliano de Habsburgo en México y la locura final de su esposa Carlota, en *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso; la agonía de Bolívar por un río febril, en *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez o *La ceniza del Libertador*, de Fernando Cruz Kronfly; la representación arquetípica del dictador latinoamericano, en tantas obras, desde *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias hasta *El otoño del patriarca*; la historia del gamonal de provincia, señor de vidas y de haciendas, elaborado con poética intensidad en el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; o la búsqueda del sentido de episodios tan misteriosos como la conversación en privado entre Bolívar y San Martín, que decidió el destino de la campaña libertadora, en relatos como «Guayaquil», de Jorge Luis Borges.

Rastrear los procesos del siglo XIX sería casi imposible. Un sueño vivimos en todos los países, el de descubrir qué significaba ser americanos, pero ese sueño fue el padre de algunos engaños: el del nacionalismo feroz, el del necio provincianismo, el de la veneración de unos prejuicios. Si algo demuestra nuestra historia es que a esta América no se la puede comprender si se la aísla en regiones, en países, en compartimientos. Y es esa época inasible a la que simplificamos y creemos comprender dándole el nombre de Modernidad, la que nos trajo algunas nociones que podrían ayudarnos a entender el destino, hecho de esfuerzo y de promesas, de nuestro continente.

# **EN BUSCA DE LA MODERNIDAD**

Desde mediados del siglo XIX, la cultura de nuestra América emprendió con mayor pasión que nunca la búsqueda de su verdadero rostro. Hasta entonces éramos buenos españoles, buenos latinistas, buenos eruditos al modo clásico, pero nuestro propio mundo nos intimidaba. La literatura, por ejemplo, se perpetuaba en el exotismo, o en esa otra forma de la inautenticidad que es la celebración hiperbólica de unos cuantos rasgos locales. Empezó la búsqueda del paisaje, en los poemas de Othon y de Altamirano, en los de Julio Arboleda, en los de Ascásubi, en los de José Mármol. Ese paisaje era todavía demasiado exterior, recuerdos del salón de acuarelistas, y tal vez lo mejor de nuestra naturaleza lo captaban más finamente esos dibujantes europeos que acompañaban las expediciones de grandes viajeros como Hamilton, y que reproducían después a la distancia, inspirados en sus propias tradiciones, el paisaje americano. Europa comenzaba a vivir la nostalgia de la naturaleza perdida, pero también, por supuesto, esa magnificación de las tierras distantes que puede percibirse en los primeros románticos. De allí saldrían las aventuras hacia tierras exóticas de Gauguin, de Rimbaud, de Stevenson. Mientras nuestros poetas se esforzaban por parodiar el clasicismo europeo, Europa anhelaba los trópicos, las tierras vírgenes, los países equinocciales, los puertos agobiados de los mares del sur. En todos los románticos está esa idealización de las tierras remotas: el anhelo de Byron de unirse a los ejércitos de Bolívar, el modo como Goethe seguía en un mapa los viajes de Humboldt por América, el viaje de Baudelaire al océano Índico, la *Balada del viejo marinero* de Coleridge, que se aventura por mares fantásticos, los cantos de Víctor Hugo a los volcanes de Centroamérica, la palabra Darién al final de un soneto de Keats. Nuestra tierra se hacía ilustre, salvo para nosotros: no acabábamos de arraigar en nuestro mundo, y por otra parte la lengua castellana permanecía en el limbo del silencio, en la misma época en que todas las lenguas de Occidente estaban creando una gran literatura.

Rastrear los acontecimientos políticos de nuestra América en el siglo XIX, es correr el peligro de perdernos en un caos de circunstancias confusas. Guerras civiles, tiranías, opresión de los espíritus; el índice católico y la consiguiente prohibición de la lectura libre, el encierro en repúblicas aldeanas, la imposibilidad de volver a tener un perfil continental, de otra vez formar parte del universo. En cambio mirar en el campo de la cultura es asistir a un proceso creciente que muy pronto daría frutos asombrosos. Los hechos se veían venir: un periodista de Buenos Aires tomó la pluma para escribir una defensa de los pobres gauchos perseguidos por la justicia, y Martín Fierro rompió a cantar. Aquel poema de José Hernández parecía solamente una obra literaria pintoresca y original: era el descubrimiento después de siglos de la voz poética de esta América, allí estaba de pronto la inmensidad de la pampa, su vegetación, el trote tumultuoso de las haciendas, los pájaros y los hombres enclavados en el paisaje, la entonación de unos campesinos hasta entonces inadvertidos, ahora resueltos en héroes y en cantores.

*Aquí me pongo a cantar  
Al compás de la vigüela,  
Que al hombre que lo desvela  
Una pena extraordinaria,  
Como el ave solitaria  
Con su cantar se consuela.*

Esa búsqueda del paisaje, de las fisonomías, de la memoria, había sido emprendida también por las artes plásticas de aquellos años. Los pintores utilizaban todavía el lenguaje del arte europeo, y faltaba mucho para que los riquísimos lenguajes del arte de los nativos de América fueran recibidos por nuestros artistas con la naturalidad con que los recibieron los artífices coloniales, pero los temas empezaban a ser propios. Pintores como el colombiano José María Espinosa, se esforzaron por tejer un arte de la actualidad en tiempos de la Independencia, y nos han dejado la iconografía admirable de héroes como Bolívar, pero también colecciones exquisitas de retratos de gentes de su tiempo, lo mismo que el arte crítico de sus caricaturas. Los temas de la realidad inmediata empezaban a hacerle exigencias a nuestra sensibilidad. Así es posible verlo en «El descubrimiento del pulque» del mexicano José Obregón, de 1869, donde al modo de las viejas escenas clásicas sobre temas romanos o egipcios, hay ya rostros aztecas en idealizadas arquitecturas intentando aflorar en el lenguaje de la época; lo mismo puede decirse del «Tlahuitcole», de Tlaxcotlán, de 1851, un titán desnudo con su clásica hoja de parra, cuyo cuerpo, sin embargo, ya es el de un indio americano. Y en todo el continente se extremaba el asedio al paisaje y la búsqueda de lo que era singular en él, como esos montes nevados, hondos valles resecos y macizos de agave que vemos en el cuadro «Hacienda de Chimalpa», pintado en 1893 por el también mexicano José María Velasco.

Las primeras novelas del siglo XIX son testimonio de esa búsqueda a la vez abnegada y fascinada. No había nada más difícil que llegar a lo familiar y a lo inmediato, y ya dijo Hölderlin que lo divino es justamente eso que no puede ser explicado, lo que es inmediato y simple. Largamente «descubiertos» por otros, enfrentábamos el más grande desafío, el de descubrirnos a nosotros mismos. Pero los instrumentos de esa búsqueda, llena de extravíos y de imitaciones, habían sido desarrollados más para perdernos que para encontrarnos. «Llega a ser el que eres», dijo Píndaro hace 25 siglos. Y es verdad que no nos bastaba con ser, necesitábamos la conciencia plena de ese existir, y en ella un doble fuego de voluntad y de orgullo. Uno puede llegar a ser algo sin que medie para nada su voluntad: como una consecuencia de fatalidades históricas. Pero llega el momento en que uno descubre que está ahí, que la historia gravita alrededor, que hay que decidir si queremos ser así, si cambiamos o si renunciamos.

Aquellas novelas exploratorias del tiempo de Rosas en la Argentina, de la Reforma en México, de las haciendas del Valle del Cauca en Colombia, se llamaban

*Amalia, Clemencia, María.* La búsqueda de la tierra natal se confundía con la búsqueda de unas criaturas amadas. «Yo amé un país que me es una doncella», dirá más tarde Aurelio Arturo. Esa búsqueda de los países era también un ejercicio de amor. La poesía seguía esforzándose por nombrar la realidad pero sobre todo se esforzaba por convertir a la lengua que nos habían dejado los enemigos en una lengua verdaderamente americana, instrumento inmediato y preciso de una sensibilidad, de una manera de estar en el mundo. Que el castellano dejara de ser nuestra mala conciencia y se convirtiera en nuestro canto. Y a finales de siglo una nueva generación literaria vino a renovar la lengua que había estado callada durante muchas generaciones. Hay que comparar la voz de esos poetas del fin de siglo con todo lo que los había precedido, para sentir que ahora por fin la lengua era algo propio: algo vivo, travieso, elocuente, lleno de matices. Manuel Gutiérrez Nájera, un joven periodista mexicano de alma melancólica, intentó describir a su novia, a la que, prestándole su propio pseudónimo, llamaba «La duquesa Job», y el cuadro que logró, la música que fue tejiendo con su terna, muestra una vivacidad mental inesperada y totalmente nueva:

*En dulce charla de sobremesa,  
Mientras devoro fresa tras fresa,  
Y abajo ronca tu perro Bob,  
Te haré el retrato de la duquesa  
Que adora, a veces, el duque Job...  
No es la condesa, que Villasana  
Caricatura, ni la poblana  
De enagua roja que Prieto amó;  
No es la criadita de pies nudosos,  
Ni la que sueña con los gomosos  
Y con los gallos de micoló.  
Mi duquesita, la que me adora,  
No tiene humos de gran señora,  
Es la griseta de Paul de Kock,  
No baila boston, y desconoce  
De las carreras el alto goce  
Y los placeres del five o'clock.*

Veníamos de una lengua severa y ceremoniosa. Hemos aquí de pronto ante una lengua sonriente, fluida y encantadoramente eficaz:

*Si alguien la alcanza, si la requiebra,  
Ella ligera como una cebra*

*Sigue camino del almacén;  
Pero ay del tuno si alarga el brazo,  
Nadie lo salva del sombrillazo  
Que le descarga sobre la sien.*

Pero claro, este renovado hallazgo de la lengua es también la consecuencia de una historia compleja y convulsiva. ¿No acaba de pasar México por la experiencia dolorosa de otra aventura colonial? Ahora ha sido Francia, la corte del Segundo Imperio, el propio sobrino de Napoleón, quien ha concebido el proyecto de poner a reinar sobre los mexicanos a un perfumado príncipe de la casa de Habsburgo. Ha sido ésta la manera de cobrarle a México las deudas agravadas por una revolución liberal que ya lleva más de tres años. Una revolución liberal, la Reforma, que ha alzado su mano contra las enormes propiedades de la Iglesia, ha separado a la Iglesia y al Estado, ha instaurado la educación laica, y ha convertido a México en un país contemporáneo de las democracias liberales europeas. El alma india del gran país se ha alzado en insurrección y se ha afirmado en los principios de la Modernidad, así como antes había aceptado con devoción la religión venida del mar. Benito Juárez, un indio zapoteca que gobernaba Oaxaca, la ciudad de plata, ahora se ha tomado el país entero, y es entonces cuando la Europa imperial ataca y ocupa Veracruz en 1862, y dos años después consagra a Maximiliano de Habsburgo, hermano del emperador de Austria, como emperador de los mexicanos. Maximiliano ha sido convencido por sus protectores de que el pueblo mexicano ha reclamado su presencia mediante un plebiscito. El clero ha aplaudido jubilosamente esa invasión y ese proyecto de restauración de todo lo anterior, incluido, claro está, el viejo régimen de propiedad, pero no cuenta con que esas propiedades confiscadas tienen nuevos dueños y éstos apoyarán la causa republicana. Los choques prosiguen, los franceses se retiran dejando a Maximiliano instalado en la ilusión de su propia legitimidad. Y las tropas triunfantes de Juárez capturan y fusilan finalmente al emperador Maximiliano, mostrando en esa sangre regia, vertida en Querétaro, que México no acepta nuevas aventuras colonialistas.

Expulsado y vencido el francés, ahora pueden los poetas recibir el aporte de Francia, no como una imposición de ominosos poderes sino como un diálogo de las sensibilidades. Los versos de Gutiérrez Nájera ocultan y delatan a la vez ese trasfondo histórico: lo que hay en ellos, lo que marcará a partir de allí a su generación, es el aporte de las músicas del simbolismo y del parnasianismo francés. Y allí ocurre un hecho asombroso: que un poeta lejano, no particularmente interesado en la historia y menos aún en la geografía de tierras distantes, el propio Paul Verlaine, se convierta sin proponérselo en el alentador de una aventura poética de repercusiones históricas considerables. Un egoísta apasionado, un poeta lírico gobernado por eso que llamaba Edmund Wilson el «pathos de la inestabilidad emocional», alguien que hoy peca con ardor y mañana se arrepiente de un modo absoluto, que hoy es un sátiro sin freno y mañana un asceta mortificante, pero que en

cada una de sus metamorfosis es una conciencia incesantemente sensitiva y musical, fiel a sus pasiones, ya sean de libertinaje o de contrición, ese curioso poeta de caprichoso individualismo se convierte sin embargo en el inspirador de una rebelión continental en América. El hecho merece atención. Contra su fama en Francia de ser un libertino e incluso un depravé, los poetas de nuestra América tendrán siempre un lugar de privilegio para él en sus corazones. «Padre y maestro mágico», lo llama Rubén Darío; «Angelical Verlaine», le dice León De Greiff, y Borges, al dar gracias por las maravillas que encontró en el mundo, por el pan y la sal, por la caoba, el cedro y el sándalo, por las rayas del tigre, agradece también por su poeta favorito con estas palabras: «Por Verlaine, inocente como los pájaros». ¿Cómo entender que un poeta francés que sólo pensaba en sí mismo y en sus propias pasiones, termine siendo el instrumento para la liberación espiritual de unas sociedades acalladas? Tal vez podamos responderlo así: lo que nuestros países necesitaban en aquel momento de su historia era sinceridad, pasión y libertad, y esas palabras nombran plenamente a Verlaine. Al abandonar la tutela de España buscábamos la voz de la otra gran cultura latina, al romper con nuestra sujeción a unas tradiciones estrechas y opresivas, buscábamos el influjo de individualidades poderosas, al romper con la rigidez de nuestros hábitos, buscábamos un mundo más sensual, más armonioso y más rítmico. Como lo dirá inmediatamente Rubén Darío, al tomar posesión plena de esa influencia:

*Era un aire suave de pausados giros,  
El Hada Harmonía ritmaba sus vuelos,  
E iban frases vagas y tenues suspiros  
Entre los sollozos de los violonchelos.*

También de estos matices de la sensibilidad estaría hecho el renacimiento de nuestra conciencia. Para cumplir las vastas tareas que el porvenir reclamaba de ella, la América Mestiza tenía que ser capaz de búsquedas audaces y de poderosas renovaciones: la que obró el Modernismo estuvo llena de esa sutileza, y la intuición de nuestros poetas acertó plenamente. No hay otra manera de explicar que, cada uno por su lado, todos los grandes poetas de nuestros países se hayan encontrado con esa idéntica influencia y le hayan permitido obrar renovaciones sobre su espíritu. Un gran libro, se dice, no es nunca el fruto espontáneo de un talento: más bien todo un mundo tendía hacia él y muchos contemporáneos habrán intentado escribirlo. La antología de nuestros Modernistas mostrará para siempre una verdad que siempre negaron nuestros políticos facciosos y nuestros empresarios egoístas: que la sensibilidad de nuestros pueblos revela extraordinarias afinidades, que aunque no exista la alianza económica, ni el acuerdo político, ni la homogeneidad geográfica, existe una cultura continental, que somos culturalmente una sola nación, una enorme nación capaz de obrar en alianza sin proponérselo, por inspiración de su genio profundo. Por eso se



justifica que Borges haya dicho que a Rubén Darío y a sus Modernistas bien podemos llamarlos *Libertadores*.

Nuestra América estaba dispuesta a recibir el aporte de Francia, sólo si éste le ayudaba a ser más ella misma, no si quería imponerse para robarle su ser. Cumplida la independencia política, el continente tuvo que esperar todo el resto del siglo para promulgar su independencia espiritual, y el Modernismo fue esa gran declaración de libertad, esa conquista de ritmos y de temas nuevos, de una nueva naturalidad en la expresión. Más aún, nuestra independencia, que parecía consistir en apartarnos de España, al mismo tiempo nos acercaba a las otras naciones de Europa. Ahora recibíamos los aportes de la gran poesía francesa, sin duda también de la poesía inglesa de su tiempo, e incluso de la poesía norteamericana, a través de Francia. Baudelaire había traducido a Edgar Allan Poe, y nuestros poetas recibían la influencia de la poesía del norte de este mismo continente, mediante un rodeo oceánico. Bien ha dicho alguien que en el siglo XIX el francés fue la lengua que les permitía dialogar a las dos mitades de América.

Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Martí y Julián del Casal en La Habana, José Asunción Silva y Guillermo Valencia en Colombia, Manuel González Prada en el Perú, Ricardo Jaimes Freyre en Bolivia, Leopoldo Lugones en la Argentina, Julio Herrera y Reissig en Uruguay, y Rubén Darío en Nicaragua (la lista es incompleta), no sólo renovaron la lengua en América sino que lograron, a través de la labor poética, crítica y personal de Darío, llevar su revolución a una España que la anhelaba y que la presentía, pero que no había encontrado plenamente el camino de esa renovación.

El proceso estaba cumplido: la lengua castellana renacía en América, la América Mestiza volvía a tener un lugar en la historia contemporánea, la Modernidad llegaba a nuestros pueblos, y no llegaba bajo la forma trivial de una plétora de objetos o de unas destrezas técnicas sino en armonía con los dictados profundos de la historia: bajo la forma de una sensibilidad capaz de interrogar a la época que nacía. No en vano éramos hijos de hondas civilizaciones, no en vano alentaban en nuestro origen por igual las culturas griega y romana, maya y azteca, española y judía, mora e inca... estaba a punto de empezar un siglo apasionante y tremendo donde nos sería precisa la herencia combinada de todas esas civilizaciones para no sucumbir en manos de los grandes peligros que se insinuaban en el horizonte de la historia: la tentación de las razas puras, que reaccionaba contra las crecientes fusiones humanas; la tentación de destruir la naturaleza en nombre de un insensato y suicida confort humano; la tentación de entronizar al Estado como instrumento redentor de la humanidad y maestro de la moral; la tentación de convertir el mundo en un supermercado, a la cultura en un espectáculo, y a la trágica aventura humana sobre la tierra en un simple negocio despojado de memoria y de esperanza.

# EL SIGLO XX

A lo largo del siglo XIX, nuestra tierra había vivido bajo la influencia poderosa de Inglaterra, su principal socio comercial y quien trazaba las pautas de los hechos económicos y políticos. Pero ya se había oído la fórmula de la doctrina Monroe, «América para los americanos», y en el norte se había generalizado la costumbre de confundir el adjetivo «americanos» con el adjetivo «estadounidenses». Así, el juego de palabras conscientemente formulado por el presidente Monroe no sólo significaba que las potencias europeas debían despedirse de sus influencias sobre el continente, sino que el vasto territorio, desde el Labrador hasta la Tierra del Fuego, ya estaba prometido a una nación. A medida que Inglaterra se replegaba, Estados Unidos asumía en el Caribe la función de recaudador de impuestos, de protector militar del orden interno de algunos países y hasta de gobierno abiertamente ejercido bajo una vaga ilusión de autonomía. El poderoso país tenía la apresurada costumbre de reconocer en el acto los regímenes políticos, por improvisados que fueran, si le eran favorables a sus intereses: y fue así como reconoció el régimen de William Walker, el aventurero que en la segunda mitad del siglo intentó apoderarse de Nicaragua. Por fortuna la reacción internacional lo conminó a desdecirse de ese apresurado reconocimiento.

En 1898 estalló la guerra hispanoamericana, conclusión de la guerra de Independencia de Cuba, que despojó a España de sus últimas posesiones en el Caribe e inauguró el control norteamericano del área. El siguiente paso de los Estados Unidos era asegurarse el control del canal interoceánico que se proyectaba en el istmo de Panamá. El proyecto francés de Lesseps requería grandes inversiones y su compañía fracasó. Los Estados Unidos se mostraron interesados en asumir la construcción. El ferrocarril que hasta entonces unía las dos costas del istmo y permitía el trasbordo de las mercancías tenía que ser sustituido por un canal, como el que Humboldt había recomendado casi un siglo atrás. Ese canal aseguraría a sus controladores un poder enorme en términos económicos y estratégicos. Pero Panamá era territorio de Colombia, y el gobierno de Bogotá no parecía muy inclinado a aceptar las condiciones del socio capitalista. Mientras que Inglaterra dominaba con pragmatismo y sin sermones, la dominación norteamericana era abundante en exhortaciones y reprimendas, aunque no era menos pragmática. Cuando el gobierno norteamericano envió su proyecto al Congreso colombiano, ya había movido todas las fichas necesarias para que sus planes no pudieran frustrarse. Bastó que el Congreso formulara reparos al contrato propuesto, para que estallara una insurrección independentista en Panamá. Los barcos de la armada norteamericana estaban listos para impedir el desembarco de tropas colombianas en aguas de ambos mares, y en pocos días el gobierno del norte había reconocido la soberanía del nuevo Estado y firmaba en el acto con él un contrato idéntico al que había enviado a los colombianos. «I took Panama» sentenció el presidente Teodoro Roosevelt, quien había bautizado sin eufemismos y con insolente franqueza su política hacia los pueblos del sur, como

la política «del gran garrote». Más que Colombia, el conjunto de la América Mestiza reaccionó con indignación, pero el zarpazo estaba consumado.

En las últimas décadas del siglo anterior las metrópolis habían procurado asegurarse el dominio de las tierras productivas del continente: las regiones cafeteras de Guatemala eran controladas por los alemanes, la tierra azucarera de Cuba por los estadounidenses, y las zonas bananeras de Puerto Rico, de Haití y de Santo Domingo, específicamente por los señores de Boston. Había crecientemente una economía de regiones productoras, otra de sistemas de almacenamiento y otra de medios de transporte en la que competían diferentes poderes planetarios.

Era intenso el proceso de modernización: en 1878 la Argentina tenía 2.200 kilómetros de ferrocarriles y más de 700 de telégrafos; Chile, 1.500 y más de 4.000; Brasil 2.000 y 7.000; Colombia 100 y más de 2.000; Venezuela 100; México 600 y 11.000. Pero mientras en algunos países esas cifras no se modificaron grandemente, en 1914 la Argentina tenía ya una red de ferrocarriles de 33.000 kilómetros, había construido a costos enormes el gran puerto, y había hecho practicable la zona pantanosa de la provincia de Buenos Aires mediante la construcción de canales. A finales de siglo aumentaban las exportaciones argentinas de cereales y carnes, que habrán crecido diez veces entre 1898 y 1928, produciendo la gran prosperidad del país y su nueva presencia en el ámbito mundial. Y todo esto era paralelo a las oleadas de inmigrantes que sostenían la nueva productividad.

El café brasileño, que fue la base del crecimiento de la próspera ciudad de Sao Paulo, era una franja en movimiento que avanzaba modificando el paisaje y a veces devastando la naturaleza de un modo alarmante. Esas bonanzas de productos de cultivo intensivo, marcadas por las necesidades de consumo de las metrópolis, alteraron más la superficie de nuestra América que todos los siglos anteriores de conquista y de colonización. Al ritmo de los requerimientos de los consumidores ultramarinos crecían las repúblicas bananeras, las cafeteras, las petroleras. A veces la producción agrícola alcanzaba una dinámica tal que no satisfacía simplemente las demandas inmediatas sino que ofrecía la posibilidad de acumular las cosechas para ventas futuras: el café brasileño, por ejemplo, acumulado en las bodegas de Alemania, fue sorprendido allí por el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Pero la revolución técnica de los Estados Unidos modificaría pronto de otra manera nuestro mundo. Después de la máquina de vapor, de la máquina cosechadora, surgían nuevos medios de comunicación y de transporte. El ferrocarril había sido ante todo un legado de la edad inglesa, los Estados Unidos traen una era nueva. Ya se difunde el motor de explosión y con él el invento del siglo que comienza: el transporte automotor. La popularización del automóvil precipita inicialmente el auge del caucho, el desarrollo, que ya no cesará a lo largo del siglo, de la industria petrolera, la exigencia creciente de explotación de hidrocarburos. A comienzos de siglo no se podía imaginar desde estos campos, todavía adormecidos en otra edad,

cuánto alterarían aquellos inventos la superficie de nuestra tierra y la dinámica de su economía.

Vino la fiebre del caucho en la Amazonia. En 1910 el caucho alcanza el 25 por ciento de las exportaciones brasileñas; los recolectores, los siringueiros, sangran sin cesar los grandes árboles, y se ve surgir a la capital de aquel imperio delirante: Manaus. La ciudad llega a tener grandes hoteles de lujo frente al paisaje de la selva, cien mil habitantes y un gran teatro clásico que celebra temporadas de ópera italiana junto al torrente amazónico. Con esa explotación, descomunal pero controlada, compite la explotación destructiva en otras regiones de la cuenca amazónica, en el Perú y en Colombia, donde las caucherías se convierten en verdaderos campos de concentración, donde no hay gradualidad alguna en la extracción y se destruyen por igual los árboles y las vidas de los trabajadores. A esos infiernos corresponde la intensa novela *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, un abogado del Huila que viajó como miembro de una comisión para el trazado de las fronteras entre Colombia y Venezuela, prosiguió solo su reconocimiento de aquellas regiones, y se esforzó por denunciar las atrocidades de la Casa Arana contra los colonos y los indios. Su obra es una vigorosa recreación de la realidad de la selva y del modo como iba arrasando las tierras una nueva etapa de la interminable Conquista de América. Cuando el cultivo de otras variedades de caucho en el extremo oriente hizo perder rentabilidad al caucho amazónico, todo se desvaneció, como se habían desvanecido Nueva Cádiz, la efímera ciudad de las perlas; Tudela, la fugaz ciudad de las esmeraldas; los Eldorados de América, eternamente renovados con cada nueva riqueza, y ciudades fantasmas, cuyas edificaciones podrían contar terribles historias, fueron lentamente invadidas por la vegetación y por la humedad en el corazón de la selva.

Ya había comenzado también la gran explotación del petróleo. México encabezaba su explotación, seguido por Venezuela y por Colombia. Después de la Reforma, el régimen de Porfirio Díaz, que se prolongó con poderes casi absolutos durante treinta años, reelegido varias veces por una maquinaria electoral perfectamente aceiteada, emprendió la explotación de petróleo en gran escala, mientras cumplía las tareas de una amplia modernización en términos materiales. Las carreteras, los ferrocarriles, el nuevo perfil urbanístico de la ciudad de México con sus grandes paseos, su Palacio de Bellas Artes, su heredada arquitectura imperial. La influencia de la expulsada Francia se sentía por igual en el diseño urbano, en las costumbres, en la cultura, pero un hondo fermento de rebelión alentaba en las regiones campesinas e indígenas. Ya venía la violencia, que suele ser entre nosotros la expresión de un malestar social largo tiempo acallado y una consecuencia de la exclusión, hija de estratificaciones seculares. No abundan en la América Mestiza violencias gentilicias o raciales, pero sí las violencias ejercidas desde el poder y reclamos a veces ciegos y brutales contra la injusticia, la desigualdad y el abuso. La mayor consecuencia de aquellos años de poder absoluto de don Porfirio, que tantas

cosas positivas habían definido y construido para el porvenir, fue la Revolución mexicana.

Al final de su largo régimen, como acto de despedida y en una entrevista para la prensa, Porfirio Díaz hizo el llamado al surgimiento de una oposición. Madero, un hacendado norteco, respondió lanzando su candidatura para competir con el dictador. La máquina electoral perfecta no dejaría de responder a una experiencia de 30 años: diez millones de votos por Porfirio Díaz y poco más de cien votos por su oponente. Después, sintiendo el fermento de las rebeliones, Díaz se retira y Madero asume el poder. Entonces, como en los viejos tiempos de Hidalgo y de Morelos, resurgen los movimientos campesinos e indios, ahora dirigidos por Emiliano Zapata en las tierras azucareras de Morelos. Enfrentado a Zapata, Madero comete el error de confiar en Huerta, quien se encarga de traicionarlo y, con el acuerdo del ministro de los Estados Unidos, en alianza con un sobrino de Díaz, de asesinarlo. Ya está surgiendo sin embargo en el norte otro movimiento popular, el de Pancho Villa. Villa, Zapata y Obregón se alían con Carranza. Vienen el gobierno de éste, y después el de Obregón, y el desplazamiento de los jefes populares (como ya había ocurrido un siglo atrás), pero el resultado final es una restauración con énfasis en los principales temas de la Reforma que había iniciado Juárez medio siglo antes. Y a lo largo de la Revolución, el petróleo fluye sin tregua del país hasta el puerto de Tampico, para salir de allí hacia los mercados del mundo.

Aquella revuelta mantuvo al país convulsionado durante décadas. Como toda revolución, era un caos ligeramente orientado, una tempestad cuyos vientos tenían vagamente un rumbo. Los episodios eran demasiado abigarrados, la sucesión de los caudillos vertiginosa, la sucesión de los gobernantes mismos una galería de retratos momentáneos. Sobre aquel caos perduran la escena de la muerte del general Bernardo Reyes, a punto de convertirse en jefe de la nación mexicana, y el destino literario que heredó su hijo, Alfonso Reyes, quien huyendo de aquel fragor de conflictos políticos encontró el camino de su espíritu, y legó a su América una profunda labor de reflexión sobre nuestras fuentes griegas y latinas, sobre nuestras complejas raíces culturales y sobre lo que somos como americanos. Aquel Homero en Cuernavaca se esforzó por aliar en el discurso de la época las tradiciones clásicas con nuestra sensibilidad de criollos y de mestizos. La vida, que le negaba a su padre el gobierno de México, le entregó a su hijo la orientación de las generaciones literarias, la conquista de más perdurables transformaciones. También es Alfonso Reyes, entre tantas cosas, un hombre del Caribe, que siente la afinidad entre los viejos mares de Homero y este mar de corsarios y de galeones, que siente el secreto parentesco de México con Egipto y con la Grecia de la tragedia, y es sin duda el gran renovador de la prosa castellana, como los modernistas habían sido los renovadores del verso. Esto que ahora presenciamos es una constante de nuestra historia. A las guerras rapaces de la Conquista corresponde el rumor de los Cronistas de Indias y los versos de Ercilla y de Castellanos, de Balbuena y de Pedro de Oña. A las rebeliones de finales del

siglo XVIII, reprimidas a veces con ferocidad, la labor de los discípulos de la Ilustración, las reflexiones de los naturalistas, las láminas de la flora americana. A las guerras de Independencia la prosa inteligente y renovadora de Simón Rodríguez, la prosa de Bolívar, de Bello, los versos que intentaban ser fieles a esa epopeya, el rumor de los gramáticos y la labor de los pintores y de los arquitectos. Algo en nuestro espíritu se esfuerza siempre por responder a las tempestades de la violencia y a los torbellinos de la guerra, con desmesurados esfuerzos por entender, por salvar la mente, por salvar la sensibilidad. Ante cada una de nuestras tragedias históricas, los artistas y los músicos, los artífices del lenguaje, los pensadores, parecen responder siempre con esas hermosas palabras de La Odisea: «Los dioses labran desdichas para que a las generaciones humanas no les falte qué cantar». Y ello lo cumplen por igual los intelectuales y los pueblos, los eruditos y los campesinos. Uno puede seguir el curso de la Revolución mexicana, las historias de Madero y de Huerta, de Obregón y de Reyes, de Emiliano Zapata y de Pancho Villa en los libros de Historia, pero puede rastrearlo también en el rumor de los corridos de la revolución:

*Gritó Emiliano Zapata  
Quiero tierra y libertad,  
Y el gobierno se reía  
Cuando lo iban a enterrar.*

Corridos que saben saltar de los hechos históricos a finos detalles circunstanciales, que dan su plenitud a un momento perdido en el tiempo:

*Sieteleguas, el caballo  
Que Villa más estimaba  
Cuando oía pitar los trenes  
Se paraba y relinchaba...*

Y que a veces parecen competir con la historiografía en la mención de los hechos precisos, de los lugares, de la estadística:

*Patria México, febrero veintitrés  
Dejó Carranza pasar americanos:  
Dos mil soldados, doscientos aeroplanos  
Buscando a Villa, queriéndolo matar.*

Una de las frecuencias del siglo en nuestra América es el modo como de las tragedias y de las distintas circunstancias históricas surgen para la imaginación popular figuras y estampas de carácter mítico, que se convierten a veces en iconos planetarios.

Míticos son ya Rubén Darío, hijo de Nicaragua y de Chile, de Argentina y de España; míticos Emiliano Zapata y Pancho Villa; mítica sería después la imagen tan discutida de Eva Perón en la Argentina del medio siglo; mítico Carlos Gardel entre las humaredas de su avión calcinado; mítico el caudillo Jorge Eliécer Gaitán sacrificado por la antigua discordia de los colombianos; mítico el tenebroso régimen de los Tonton macoutes en el Haití del tirano Duvalier; y mítica la imagen arquetípica del dictador latinoamericano formada en mosaico con un poco del doctor Francia y de Rosas, de Juan Vicente Gómez y de Duvalier, de Trujillo y de Somoza, de Batista y de Stroessner, de Perón y de Pinochet. También hacen parte del mito la bella María Félix y el apasionado Agustín Lara; Benny Moré y Bola de Nieve; el guerrillero Ernesto Guevara y el cura Camilo Torres; Fidel Castro, odiado y amado sin atenuantes con opuestas y simétricas pasiones; Salvador Allende bajo los bombardeos del ejército chileno, y el sub comandante Marcos, guerrillero virtual desde las penumbras mayas de la selva Lacandona; mítico Pablo Neruda, después de Whitman, el gran cantor de la naturaleza; mítico Gabriel García Márquez rodeado por su nube de criaturas fantásticas, mítico Juan Rulfo ceñido por su Jalisco de muertos vivientes, mítico Jorge Luis Borges, ciego en el centro tornasolado de una biblioteca infinita.

A lo largo del siglo, el continente se debatirá entre soluciones autoritarias y soluciones revolucionarias, entre dictaduras y rebeliones, entre los dos peligros mencionados: el orden y el desorden. Entre fuerzas empeñadas en sostener el statu quo y proteger la tradición, y fuerzas que invocan el futuro y están decididas a arrasar con todo para conquistarlo. Es interesante ver en esa oscilación los movimientos persistentes de una América cuya irrupción reciente en la historia de Occidente parece imponerle una dinámica social vertiginosa. El futuro que urge y se precipita produce al mismo tiempo temor y horror al vacío, y el péndulo vuelve al otro extremo, rechaza con violencia la novedad y se aferra a la memoria. Pero tal vez es la falta de compromiso de las elites continentales con las reformas que garanticen una serena pero eficaz incorporación de innovaciones históricas, lo que hace que todo tenga que llegar a la extrema tensión y al estallido para que empiece a generarse la sospecha de la necesidad de unas reformas. En ello las dirigencias de nuestra América Mestiza pocas veces han sabido mostrarse perspicaces en la comprensión de la historia.

Tal vez desde el comienzo asumieron la Modernidad no como una convicción sino como un gesto de condescendencia o como una astucia rentable, y permanecieron atrapadas en una ideología señorial que es incompatible con las sociedades verdaderamente liberales y con la prédica de la democracia.

Las naciones liberales han desarrollado su productividad, su ciencia y su tecnología sobre la base de unos supuestos de libertad y de unos principios de igualdad sin los cuales es insostenible la sociedad moderna. Naciones que ya no están unificadas por una fe homogénea, por una ideología nacional cerrada, por una doctrina, requieren otro tipo de cohesionador social, y sin esa cohesión que genera la



elemental solidaridad necesaria para que la vida social exista, no hay Estado que pueda ser legítimo ni comunidad que pueda sobrevivir. Por eso muy a menudo los ejércitos creados por los líderes de la Independencia para liberar a sus naciones, terminaron siendo instancias de poder que llegaron a intimidar incluso a las comunidades que los pagaban y que les daban su razón de existir. Una de las características del siglo en esta América ha sido el militarismo, bajo la forma de reiterados cuartelazos que impusieron a veces por décadas contradictorios regímenes militares en todos los países. Uno podría recorrer el mapa del siglo no diciendo Argentina, Chile, Paraguay, Perú, Venezuela, Colombia, Panamá, Cuba, Nicaragua, República Dominicana, sino diciendo Videla, Pinochet, Stroessner, Pérez Jiménez, Rojas, Noriega, Batista, Somoza, Trujillo; uno puede ver a los que sobresalen por su crueldad como Duvalier, por su popularidad como Perón, por su patriotismo como Torrijos, y en todos los casos tendrá que admitir que no ha habido un proceso de verdadera formación ciudadana, de verdadera igualdad ante la ley, de verdadera formación de criterio para que la sociedad civil pueda mantener su control sobre un instrumento tan importante y tan peligroso.

Pero aún cuando es civil el poder, cuando se realizan elecciones y se respetan los esquemas de la democracia representativa, es evidente que la naturaleza de la democracia puede alterarse hasta no ser más que un remedo grotesco. Y es allí donde se advierte que una memoria compartida, unos acuerdos de comportamiento, unas reglas de juego, unos proyectos comunes, nacionales o internacionales, una educación compleja, unos pactos ciudadanos, una mínima solidaridad son la clave de que una sociedad no se disgregue y un Estado no se atomice en manos de la corrupción, de las violencias oficiales, de las guerras sucias, de las violencias privadas o de las mafias.

# LO QUE SOMOS

Un siglo después de la Independencia, el continente de 16 millones de habitantes se había convertido en uno de 40 millones. Pero ¿qué puede significar esa cifra de comienzos del siglo XX si en el alba del siglo XXI la historia nos sorprende con una población de casi 400 millones? ¿Si tenemos seis o siete de las mayores ciudades del mundo? ¿Si Ciudad de México parece ya la antesala de la ciudad infinita de Ballard, si desde las torres de Sao Paulo uno se siente ya de noche en los paisajes de la ciencia ficción viendo interminables selvas de rascacielos, si de un modo algo más que simbólico el universo está en un sótano de Buenos Aires? El siglo XIX nos volvió americanos y el siglo XX nos volvió planetarios, protagonistas de la actualidad de un mundo convulsionado, en el que todas las doctrinas fueron puestas a prueba y todas se revelaron insuficientes para ofrecer soluciones históricas, en el que estamos asistiendo al agotamiento de una civilización y no se ve claro en el horizonte qué podría reemplazarla.

El optimismo técnico-científico de la era industrial utiliza la publicidad para prometernos un mundo infinitamente tecnificado, un mundo donde las comunicaciones nos mantienen sobreenformados, donde los medios de transporte nos hacen dueños del espacio, donde los cerebros electrónicos ponen a nuestra disposición océanos de memoria acumulada y donde las redes de las autopistas de información llevan y traen el rumor de las muchedumbres asomadas al fosforescente balcón del futuro. Pero basta salir de las pantallas seductoras para encontrarnos con el espectáculo de un mundo donde grandes multitudes no han accedido a innovaciones técnicas elementales como la escrituraba vivienda, los servicios básicos. El paraíso de la América elemental que nos hemos deleitado describiendo en las primeras páginas de este libro muestra hoy condiciones muy contradictorias, un mundo a la vez exaltado y vulnerado por lo que llamamos la Modernidad. Si bien la riqueza productiva del continente es enorme y sus reservas naturales todavía existen, los cultivos intensivos han hecho crecer en muchas partes el desierto, la deforestación avanza sobre los países, la contaminación no es un grito de Casandra, la miseria y la violencia que la acompañan no son fantásticas imaginaciones de Víctor Hugo o de Dickens, actualizadas y exageradas por José Eustasio Rivera o por Fernando Vallejo. Sin embargo, si pensamos en la Europa fétida y llena de bandidos del siglo XVII, o en las muchedumbres de indigentes sucios que llenaban el Londres de Dickens o el París de Víctor Hugo, no tenemos derecho a pensar que estas realidades históricas sean necesariamente el preludio del fin. Las sociedades saben encontrarse con su conciencia y con su futuro. Una realidad clamorosa llena nuestras ciudades, pero seríamos injustos si sostuviéramos que sólo tenemos la miseria y la violencia de los desgarrados arrabales suramericanos, de las favelas de Río, de las comunas nororientales de Medellín, de las barriadas de Buenos Aires o la precariedad de fortaleza asediada de las calles de La Habana. En todas las ciudades de nuestra América sectores ultramodernos compiten con los más sofisticados del mundo, comercios opulentos y supermercados exquisitos conviven con la escasez y la

miseria; y ello nos hace pensar que tiene razón quien dice que los términos Primer Mundo y Tercer Mundo han perdido su connotación geográfica. La verdad es que hay Primer Mundo en Guadalajara, en Medellín y en Valparaíso, y hay Tercer Mundo en Nueva York, en Londres y en París.

Somos un pequeño género humano, como escribió Bolívar, y ahora lo somos mucho más que en su tiempo: los judíos y los polacos de la Argentina, los alemanes y los japoneses del Brasil, los japoneses y los alemanes del Perú, los chinos de todas partes, los hindúes, los turcos, los sirios, los coreanos. A nuestras viejas razas y nuestras viejas mixturas se añadieron y se añadieron los pueblos, y el futuro, en el que tenemos el deber de creer, será aún más abigarrado. Los economistas gritaban desde mediados de siglo que nuestra población crecía a un ritmo incontrolable, que excedía en mucho el crecimiento de la economía. Ahora las cosas están más serias, la población crece al ritmo previsto pero el crecimiento económico disminuye o se detiene.

¿Cómo enumerar las circunstancias del siglo? No sólo es imposible, también hay que decir que ahora el mundo sabe mucho más de nuestra América que hace cien años, que somos verdaderamente contemporáneos de todos los hombres, y que ha llegado a ser tan profusa la información que hoy circula, que hemos llegado a saber incluso de los vecinos cercanos: lujo que no tuvieron nuestros abuelos. Las repúblicas habían perfeccionado el aislamiento y la incomunicación, las repúblicas nos hicieron inverosímiles habitantes de países remotos, de países aislados, de países desconocidos. ¿No contribuía a ello nuestra indócil naturaleza? No hay duda. Esas selvas, esa cordillera, esas montañas brumosas, esas crestas de hielo, esos desiertos, esas costas fragosas, esas llanuras interminables, esos cañones resecos, no parecían diseñados para hacernos fácil la comunicación y el intercambio.

A fines del siglo XIX los ferrocarriles empezaban a abrir caminos de unión y desafiaban a la incontrolable naturaleza, a comienzos de siglo los automóviles y sus carreteras trazaron sobre las geografías un sueño distinto. No habían pasado dos décadas y comenzó la conquista del aire. Antes del primer cuarto de siglo Colombia tenía, en sociedad con los alemanes, la segunda línea aérea comercial del mundo: Scadta. La posibilidad para los sectores poderosos de desplazarse por los aires, no favoreció el acercamiento de los pueblos, porque resuelto el problema de viajar para las clases dirigentes, se abandonó la tarea de tender vías entre los países, y una vez más triunfó la tradición del encierro en las propias fronteras. Algunos se habían beneficiado de una copiosa inmigración, a veces recibida con desgano por las elites, pero que incorporaba al espíritu de los países una necesaria conciencia de la actualidad y del planeta.

A comienzos de siglo, la Argentina, beneficiada con la prosperidad, podía mirar con condescendencia a la empobrecida Europa. A los procesos de liberalización del general Roca y a la instauración del sufragio universal, los siguió el triunfo de los radicales de Irigoyen y la plenitud económica. Después empezarán las consecuencias

de tanta riqueza en un marco social que no había alcanzado a formar una ciudadanía madura, capaz de sostener la democracia. Vinieron los golpes de Estado, y después la dictadura peronista, tan amada por el pueblo al que halagaba y compraba, tan odiada por los intelectuales a los que despreciaba, tan llena de aciertos y de errores, pero después de la cual la Argentina encontraría difícil volver a ser lo que fue durante medio siglo: uno de los ejes de la civilización europea, magnificado por la ausencia y refinado por la imaginación. La segunda mitad del siglo la vio hundirse en los abismos del militarismo, en las noches de la guerra sucia y del exilio en una guerra imposible contra una de las potencias del mundo, y reconociéndose asombrada en el espejo americano de sus vecinos.

Brasil, donde la población crecía y las hermosas ciudades se extendían, era un país alegre que miraba al futuro con singular optimismo: en él surgieron precisamente grandes proyectos futuristas como la casi fantástica ciudad de Brasilia, una de las pocas ciudades del mundo que no han crecido al ritmo de las contingencias y las desventuras humanas, sino que pasó de la mente y el trazo abstracto a la realidad sin ser contrariada ni un ápice por el azar. Pero aliado de las bellas y sensuales y vertiginosas ciudades del costado del Atlántico, también avanzó la historia sobre la selva, crecieron los termiteros de fango de las minas modernas, casi peores que las del siglo XVI, se poblaron de ciudades enormes las orillas del Amazonas, y el mercurio de las explotaciones industriales derivó por los ríos. Las ciudades europeas habían ido creciendo paulatinamente siglo a siglo, las de esta América se expandían como incendios y puede decirse que se las veía crecer. En ellas la Babel de las lenguas y de las razas se mezclaba a ritmos diversos.

México, gobernado desde la revolución por un solo gran partido, conservaba su austero rostro indígena, aunque también tendería a proyectar en su cine y su música el espíritu de los criollos blancos. Allí se alternaban los rostros afables e inconfundibles de Pedro Infante y de Jorge Negrete, con el acento distinguido y melancólico de Agustín Lara, el bello rostro mestizo de María Félix, y el dialecto galimático de Cantinflas, el mestizo ocurrente y pobre. Sentimos el alma de este país en la caravana de sombras indias de la revolución o de los relatos de Rulfo, en Fulgor Sedaño, Eduviges Dyada, Juan Preciado, esos nombres que se alzaban de las tumbas al conjuro del poeta para persistir en los sueños de los vivos. Y en la conciencia de una ciudad que ya era la mayor del mundo hace cinco siglos y que siguió creciendo a la sombra de su partido imperial, sintiendo la presencia olvidada de unas leyes antiguas, como si la diadema de plumas de Moctezuma se resistiera a abandonar su lugar en el ápice de la pirámide del sol.

Centroamérica había entrado en el siglo XX luchando por el ideal de la unión a lo largo del istmo, un sueño que compartieron con Rubén Daría los grandes hombres del XIX, pero lo que se abrió camino fue la fragmentación, y cada país tuvo su rostro específico. El colorido maya de Guatemala, con sus mercados artesanales y sus florestas tropicales, con el hallazgo de sus pirámides rojas y con su vida campesina,

encontró escenario memorable en las ficciones de Miguel Ángel Asturias; crecientes tentativas políticas llegaron a su plenitud con la revolución de Arbenz en 1950, que se distanció de los todopoderosos señores del café, y que debió marchar al destierro luego de la intervención norteamericana; la inestabilidad política y las dictaduras reinaron sobre la sequedad de los suburbios de Honduras, y sobre las amenas campiñas salvadoreñas; vino la formación de un Estado sin ejército en Costa Rica; la eternización de la dinastía de los Somoza en Nicaragua, finalmente contrariada por una revolución popular a la que le impidió volverse marxista su coincidencia con el repliegue del socialismo en la Unión Soviética y en Europa Oriental, el esfuerzo generoso del pueblo por construir una democracia sobre las ruinas de un feudo insolente arruinado por la guerra y los terremotos; la gradual conquista panameña de su autonomía, casi siempre enajenada, que estaba en manos de los Estados Unidos desde la aventura del Canal, y que se perpetuó bajo gobiernos dóciles hasta la llegada del recio general Torrijos, quien reivindicó el compromiso de devolución del Canal Interoceánico, que volvió a ser panameño el último día del siglo xx. ¿Cómo no recordar también las nubes de paracaidistas norteamericanos bajando a capturar al general Noriega, ex aliado del Pentágono, en su propia capital?

A diferencia de su vecina Colombia, donde nunca se ha permitido el acceso al poder de los líderes populares, Venezuela ha visto el periódico ascenso de personajes como los dictadores Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, cuyas acciones siempre polémicas y reñidas con los principios democráticos no parecen haber configurado tiranías sanguinarias y antipopulares, y en cambio más de una vez realizaron obras que los venezolanos siguen viendo con aprecio y respeto. Es frecuente que los guías nacionales les muestren a los visitantes los túneles que unen el aeropuerto de Maiquetía con la ciudad de Caracas y les enfatizan que fueron construidos bajo Pérez Jiménez hace casi cincuenta años y que están en perfecto estado incluso con la iluminación original. La notable paz civil que se respira en el país es atribuible a que muy temprano se rompió la sucesión de las dinastías en el poder, a que el país aceptó desde siempre su composición mestiza y mulata, a que estuvo siempre abierto a los vientos de la inmigración y al comercio con el mundo, y a que su ejército, bastante marcado por la huella de Bolívar, no suele ver con buenos ojos el tenerse que enfrentar a su propio pueblo. No es menos importante el hecho de que Venezuela flota sobre un mar de petróleo, y que la bonanza petrolera del medio siglo convirtió al venezolano medio en una suerte de potentado, ostentoso de su prosperidad y dado a los lujos. Se dice que en los tiempos del esplendor petrolero Venezuela no sólo llegó a ser el primer importador en el mundo de whisky escocés, sino que había quien importaba hielo fabricado con aguas de las tierras altas de Escocia, para que no alterara el sabor de las mezclas y de las maltas puras. También allí como en otros países, los partidos tradicionales terminaron perdiendo el pudor, y finalmente la corrupción, unida al derroche, dieron buena cuenta del breve esplendor. El fin de siglo ha traído su cíclico hombre fuerte, con el rostro típico del venezolano

del pueblo, y el país ha puesto en las manos de Hugo Chávez muchas de sus esperanzas para el siglo que comienza. Es difícil prever hacia dónde se dirigirá la singular aventura bolivariana del coronel ex golpista, pero dada la tradición pacífica de los venezolanos es muy probable que algunos de los cambios que el país requiere se emprendan sin la efusión de sangre que costarían en tierras vecinas.

Los hechos centrales de Chile ocurrieron en la segunda mitad del siglo, cuando una coalición de comunistas y socialistas accedió al gobierno en elecciones democráticas. Se llegó a pensar que Chile sería el primer país del mundo en instaurar el socialismo sin necesidad de una cruenta revolución, pero iniciadas las reformas y afectados los intereses de los poderosos y de los Estados Unidos, el fiel ejército chileno voló en defensa de la patria amenazada por las reformas de Salvador Allende, por los poemas de Pablo Neruda y por las canciones de Víctor Jara y de los hermanos Parra. El bombardeo del Palacio de la Moneda, la muerte del presidente Allende bajo ese ataque, y la dictadura por más de dos décadas del general Pinochet, fueron parte fundamental de la historia reciente del continente, no sólo por el drama político inmediato, que precipitó también la muerte del premio Nobel Pablo Neruda, sino por el largo drama del exilio de los chilenos que, sobre todo en Europa, es uno de los rostros de la historia contemporánea.

Largo ha sido el camino en la vieja tierra del Inca para llegar hasta la dictadura velada del presidente Fujimori, hijo de inmigrantes japoneses, que venció en las elecciones al aguerrido intelectual Mario Vargas Llosa, disolvió el parlamento, optó por soluciones de fuerza frente a las radicales guerrillas maoístas de Abimael Guzmán, el presidente Gonzalo, y gobernó con mano dura los últimos años del siglo. Sólo en perspectiva es posible juzgar plenamente, y la verdad es que en los gobiernos que no son desenfrenadas tiranías sólo cuando pasan se hace visible el panorama de su época y se pueden ponderar todos los aciertos y los errores.

También asuntos centrales de dictaduras muestra la historia de Uruguay y de Paraguay, de Bolivia y de Ecuador. Los países blancos y los países indios, los que hablan castellano y los que hablan quechua, los más inconfundibles y los más incompatibles, han encontrado en la persistencia de sus golpes de Estado una afinidad más esencial, y aunque a fines del siglo intentaron renovar su perfil republicano y sus instituciones democráticas, ya el comienzo del siglo XXI ha visto en Ecuador la curiosa alianza del ejército con un movimiento indígena para derrocar a un presidente.

Colombia vivió hasta 1930 los cincuenta años de hegemonía que la convirtieron en el país más conservador del continente. Pospuso a lo largo de todo este siglo las reformas liberales necesarias, las mismas que realizaron Juárez y Obregón en México, Roca e Irigoyen en Argentina, los dictadores en Venezuela y Alfaro en Ecuador desde comienzos de siglo.

Vivió después la breve primavera de la esperanza con la oratoria enardecida de Jorge Eliécer Gaitán y vivió su duelo por décadas. La violencia propiciada por los

partidos expulsó a las muchedumbres hacia las ciudades, un pacto aristocrático gobernó tenuemente el proceso desordenado de urbanización, y la corrupción de muchos políticos unida a la indiferencia del pueblo permitió que el país se convirtiera en rehén de las guerrillas, los narcotraficantes y los delincuentes comunes, de modo que con una de las naturalezas más ricas y hermosas del continente, con una diversidad cultural asombrosa y con una recursividad humana ejemplar, es el único país que llega a las puertas del siglo XXI desgarrado por la guerra civil. La sociedad vacila y se demora en construir la necesaria alianza ciudadana moderna y creadora, que revigorizando y relegitimando al Estado, reconstruya la economía, reinvente la democracia y pacifique el territorio. En los últimos años del siglo un presidente de origen aristocrático, apoyado por un sector de los empresarios y por otras fuerzas sociales, intentó en vano abrir camino a una negociación política con los rebeldes armados que conjurara el peligro de una guerra devastadora y prolongada, y no pudo impedir que el nuevo siglo se inicie con el mismo augurio de guerras con que comenzó en Colombia el aciago siglo XX.

Larga y minuciosa como sus mapas sería la historia de las islas en el Caribe ahora lleno de naciones independientes. Allí el contraste de las dos mitades de aquella isla que Colón llamó La Española: la mitad colonizada por España, República Dominicana, país vigoroso y culto que tuvo en Trujillo a su tirano terrible; y la mitad colonizada por los franceses, que tuvo sobre sus multitudes de mulatos, su belleza y sus rituales africanos la dictadura de Duvalier y sus tenebrosos Ton ton macoutes. Se diría que hablar de los países de esta América Mestiza en el siglo XX obliga, entre muchas cosas, a hablar de dictaduras. Ello es verdadero pero no anómalo: también resultan familiares al espectador de la Europa del siglo XX los nombres de Mussolini y de Franco, de Hitler y de Stalin, de Tito y de Enver Hoxha, de Oliveira Salazar y de Ceausescu. Ello lo que revela es que también en el siglo XX hemos seguido sujetos al modelo europeo, proclives a responder a los conflictos con autoritarismo, a sustituir la debilidad de los pueblos o su desconcierto por las decisiones omnímodas de un hombre fuerte. En todos los casos, aún en los más paternos, ello es prueba de la debilidad o la inhabilidad de las comunidades para sostener realidades democráticas. El hecho no puede alarmarnos demasiado si de todos modos hasta la Francia que acababa de pasar por la revolución más igualadora, terrorista y filosófica de la historia, se vio veinte años después sometida a la dominación refinada pero sangrienta, novelesca pero incendiaria, breve pero de efectos inagotables, de un solo hombre.

Pero el siglo XX también fue entre nosotros un siglo de revoluciones populares. Las más notables fueron la de México, el país que en 1910 vio otra vez el rostro justiciero de sus indios y de sus campesinos, y que se vio condicionado por los efectos de esa fuerza desordenada y significativa a lo largo de todo el siglo. La revolución pacífica de Chile, que sucumbió bajo el poder del ejército. La popular y



antidictatorial nicaragüense, que después de unos años de cruenta guerra civil derivó hacia un ejercicio de reconciliación. Y la cubana.

A fines de 1958 un grupo de guerrilleros patrióticos, que habían desembarcado poco antes en las costas del sur y se habían hecho fuertes en la Sierra Maestra, avanzaron por la isla de Cuba despertando un fervor popular desmedido, y expulsaron al dictador Fulgencio Batista. El primero de enero de 1959 la Revolución Cubana entró triunfante en La Habana, y comenzó allí uno de los episodios más llamativos del siglo en nuestra América. Era una rebelión patriótica, pero sus líderes, y en particular Fidel Castro, parecían tener propósitos históricos más serios que el de simplemente reemplazar al dictador por un presidente anodino como los que abundaban en el continente. Una severa política de nacionalizaciones y confiscación de propiedades despertó la alarma del gran vecino norteamericano, y después de un primer saludo entusiasta, el gobierno de los Estados Unidos decretó el bloqueo de la isla. La revolución estaba llamada a fracasar, porque no podía sobrevivir a ese bloqueo del poderoso gendarme continental, dueño absoluto de las aguas caribeñas desde la guerra contra España en 1898. Incluso los poderosos cubanos emigrados a Miami preparaban una intervención militar en la isla, similar a la de los guerrilleros, desde la Playa Girón, llamada también Bahía de Cochinos. La invasión fracasó, porque la revolución había concitado el entusiasmo popular, pero el bloqueo prometía ser efectivo. Fue entonces cuando el orden de la postguerra entró en auxilio de los rebeldes cubanos. La otra gran potencia planetaria, la Unión Soviética, entró a apoyar al gobierno revolucionario, y Cuba se transformó de la noche a la mañana en un país socialista, bajo la nariz misma de los Estados Unidos. A partir de ese momento, la Unión Soviética compró a precio de oro el azúcar cubano, empezó a proveer a la isla de sus vehículos, sus productos y su tecnología, y una pausa artificial en una larga historia de pobreza y tiranías les permitió a los idealistas gobernantes cubanos emprender una serie de experimentos inesperados en el campo de la vida social. Cuba desterró el analfabetismo, desarrolló un sistema de salud pública admirable en un continente de precaria salubridad, una administración generosa dio al pueblo cubano altas dosis de orgullo y de dignidad, pero al mismo tiempo el discurso político satanizó a las clases altas, tradicionalmente egoístas e incluso poco patrióticas, que se refugiaban en Miami para defender sus capitales de la generosidad de los revolucionarios. El precio de no tener ya pobres hambrientos y pisoteados adentro era tener ricos despechados y ofendidos afuera, y la Revolución cubana fue objeto de una airada campaña de oposición por todo el continente. En esos tiempos, cuando todavía la revolución era toda idealidad y cordialidad con el pueblo, se creó la leyenda de una tiranía sanguinaria. Sin embargo, la revolución estaba dignificando y enseñando la convivencia al pueblo cubano, y su ateísmo anticlerical no era más fuerte que el de la Reforma mexicana de Benito Juárez un siglo atrás, que prohibió a curas y monjas salir a la calle con sus sotanas y sus hábitos. Nadie ignora que la economía cubana vivía en un estado de excepción y de irrealidad, pero esa irrealidad propiciada por la

conveniencia de los soviéticos estaba permitiendo a Cuba el ejercicio, inédito en nuestra América, de una administración generosa interesada en darle bienestar a un pueblo. Pero después de casi treinta años de subsidiar la economía cubana, vino el derrumbamiento de la Unión Soviética, cayeron como naipes una tras otra las economías europeas que dependían de ese imperio gigantesco, y nadie daba un peso por la suerte de Cuba, condenada a caer por fin estrepitosamente en garras del bloqueo norteamericano, al que estaba sometida desde 1962. Curiosamente, Cuba resistió. Era evidente que ya no sería nunca el país socialista que había anhelado ser, porque el modelo mismo del socialismo sucumbió ante la poderosa economía de mercado, pero la terquedad de los líderes y del pueblo cubano se negaba a rendirse ante el asfixiante bloqueo del imperio, idéntico a los asedios de piratas a las ciudades en el siglo XVIII. El imperio, indignado por unas nacionalizaciones, por la independencia de un país que siempre le fuera irrestricto en su propia vecindad, y por la alianza de Cuba con sus enemigos comunistas, no tuvo en cuenta jamás los experimentos generosos que la revolución había emprendido, y dejó que las diferencias ideológicas borrarán a sus ojos un esfuerzo que, más allá de las ideologías, era valioso como ejercicio de administración y de política, como ejemplo de la singularidad cultural de los países de la América Mestiza. El gobierno revolucionario era indócil y a veces daba bandazos de ciego, pero los norteamericanos habían sido capaces de apoyar a Somoza, a Batista, a Duvalier. No era precisamente el odio a los dictadores su principal característica, y más bien sólo pedían de ellos fidelidad sin límites. En cambio, había en Cuba muchas cosas que considerar como valiosos experimentos históricos. La caída de la Unión Soviética pudo marcar el momento de la inteligencia norteamericana. Siendo evidente que el socialismo se borraba ya como un castillo de niebla, los Estados Unidos podían darse el lujo de ser generosos y de permitir que Cuba regresara a la economía de mercado enriquecida por algunos ejercicios de dignidad popular y de convivencia, y para ello habría bastado con suspender el bloqueo: Cuba no tendría otra alternativa que negociar en términos capitalistas con sus vecinos, y la falta de alternativas históricas la devolvería a Occidente, sin negar las conquistas de su aventura. No había en nuestra América un pueblo más apacible y cordial, lo cual se entiende porque las nuevas generaciones habían crecido protegidas y libres de riesgos. Podría sin duda censurarse la inevitable pasividad en la que caen los pueblos maleducados por el paternalismo, a los que se les da todo si obedecen y si procuran no pensar mucho y no tomar demasiadas iniciativas. Ningún Estado sabe ser generoso, y en eso los Estados son muy parecidos a las corporaciones, no pueden hacer el bien sin pregonar a los cuatro vientos que lo han hecho y sin reclamar inmediatamente la pasmada gratitud de quien lo recibe. Sólo los individuos, capaces de todo el rencor y de toda la avaricia, son capaces de toda la generosidad. Las violencias de la Revolución cubana eran menores que las violencias de todas las dictaduras que se habían visto en el Caribe, y algunos de sus rigores, como diría Shakespeare, habían sido capaces de

ennoblecerse por la generosidad de ciertos ideales. Es decir, la felicidad que buscaban para su pueblo excusaba muchos errores y algunos excesos. Pero los Estados Unidos fueron inflexibles. Cuba caería. Volverían los magnates a sus mansiones, las corporaciones a sus miles de hectáreas y los amos a sus esclavos, ¿para qué hacerle concesiones al incómodo enemigo? Pero Cuba manejó el timón sobre el mar en tempestad. Acostumbrada a enfrentar huracanes, asumió que venía sobre ella la economía de mercado pero que el país ingresaría mejor en ella si no sucumbía, como Rusia, al poder de las mafias y a la invasión de las mercancías. Si el proceso se controlaba, sobre todo para evitar la casi inevitable guerra civil que sobrevendría, y la venganza de las minorías de desterrados contra el pueblo que había apoyado la revolución. El gobierno dio el bandazo más difícil, permitió la libre circulación de divisas: el odiado dólar se convirtió en la moneda casi oficial. Dio el segundo bandazo: se abrió al turismo. El ocioso y odioso consumismo de los veraneantes empezó a dejar sus dólares en las manos del Estado virtuoso. En términos morales la situación se hacía turbia. Pero la cuestión a estas alturas era menos moral que política. Existía la disyuntiva de todo o nada: pero los dirigentes cubanos optaron por salvar lo que se pudiera, y morir de contradicciones pero no de claudicación. Diez años después de la caída confusa de la Unión Soviética en poder de las corporaciones y de las mafias, Cuba sigue resistiendo. No sabemos si logrará sortear el camino hasta llegar al puerto de la reactivación económica. Y ya nunca sabremos lo que pudo haber sido de su experiencia si un bloqueo insensato y cruel no le hubiera impedido desde el comienzo su movilidad y su creatividad. Ni siquiera sabemos si, no atada por el bloqueo, habría necesitado ser tan autoritaria con su población como terminó siéndolo. Lo mejor de la Revolución Cubana se logró con pasión y con imaginación a pesar del bloqueo. No sabemos si lo peor pudo haberse impedido si el bloqueo no hubiera mantenido a la isla en estado de guerra por cuarenta años. Inclusive no sabemos si la ausencia de bloqueo habría permitido más fácilmente a los Estados Unidos intervenir en la isla y dictarle sutilmente su voluntad. Todo lo que Cuba llegó a ser en estos cuarenta años puede haber sido consecuencia de la fuerza que da la indignación, de la reacción de una soberanía herida, y la verdadera causa de esa terca resistencia pudo secretamente ser la arrogancia imperial.

Digamos que también esa rebeldía indómita, ese orgullo invencible, forma parte de lo que somos, y entra en el fresco complejísimo de nuestro destino continental. Así, esta historia se cierra donde comenzó, en las playas del Caribe, donde sigue librándose la lucha entre los poderes que rigen el mundo y los que creen que son posibles otros caminos, otros sueños, otras maneras de pensar la vida. Una de las muchas preguntas que esta larga historia nos plantea es si dada nuestra singularidad tenemos derecho a nuestros propios errores o si estamos fatalmente condenados a los errores que nos imponen los altos imperios. Pero con todo, nuestro destino parece obedecer a veces a esa memorable frase de T. S. Eliot: «Si nunca podemos acertar, más vale que cambiemos de vez en cuando nuestra manera de estar equivocados».



# LA AMÉRICA MESTIZA

Nuestro continente ha crecido en la dificultad. Es verdad que la vida no ha sido fácil para nosotros. Asumimos por una compleja red de causas históricas el desafío del mestizaje y ha sido un arduo desafío. Crecimos en un continente que por mucho tiempo, como una anómala forma de la geometría, tuvo su centro afuera. Aprendimos a mirarnos a la vez desde fuera de nosotros mismos, a juzgarnos desde lo que no éramos, a ver lo extraño en la fisonomía de nuestros hermanos. A sentir familiares las cosas distantes y distantes las cosas familiares. Vimos a nuestras razas mixtas surgir de las entrañas de unas guerras despiadadas, de las que siempre sentimos vergüenza. Aprendimos a avergonzarnos de nuestra ociosidad, de la ociosidad heredada de nuestros antepasados ingenuos que hacían pájaros y ranas y saltamontes con el oro que sabían cambiar en poder los banqueros alemanes, los reyes españoles, los piratas ingleses. Aprendimos a avergonzarnos también de la brutalidad de nuestros abuelos españoles y portugueses, cuyas manos rapaces destruyeron en medio siglo culturas milenarias, exquisitas obras de arte, monumentos de la arquitectura que eran también monumentos de la astronomía. Fuimos melancólicos y fuimos apasionados; luchamos por siglos con nuestros hermanos, y no sabíamos nunca si lo hacíamos por ser fieles a nuestra malvada sangre europea o a nuestra malvada sangre americana. Vimos pasar los siglos sobre esta geografía sin haber aprendido a amarla, y hasta para deplorar el tiempo que todo lo corroe, sólo sabíamos hacerlo con versos de Quevedo o de Shakespeare. Lenta fue la conquista de nuestra voz natural, lento el modo como nuestras guitarras españolas aprendieron la melancolía de los Andes, como nuestras paletas europeas aprendieron a pintar hombres de piel cobriza, como nuestros labios aprendieron a no nombrar sólo ruisseños desconocidos sino sinsontes y quetzales. Pero antes de que aprendiéramos a amar esta desmesurada naturaleza, las selvas míticas y las montañas con viejas reliquias, los desiertos con aullidos de coyote y los ríos con dantas y chigüiros, todo empezó a esfumarse bajo el viento de los cambios. Hubo barcos y ferrocarriles, hubo autopistas y aviones; con muchedumbres expulsadas crecieron las ciudades, y no había mitologías presidiendo esas ciudades sino un rumor de viento sobre sombras inmóviles. «Alambres, terraplenes, papeles muertos, sobras de Buenos Aires...» así hablaba en su insomnio el poeta. «Esta ciudad donde no hemos vivido nuestra infancia», nos dijo, para aludir a cuán reciente era nuestra presencia en este mundo urbano. Y mirando los cambios de estilo de su país, sentenció de repente: «El niño Dios te escrituró un establo/ y los veneros de petróleo el Diablo».

Y ahora estamos aquí, y el mundo que nos rodea ya no puede ser descrito, es abigarrado y turbulento, es copioso e inabarcable. Alcanzamos a oír el rumor de los comercios y de las nuevas colonizaciones, el estruendo de las autorrutas, el fragor de los helicópteros. Vemos los ríos vivientes y los ríos moribundos; las especies que sobreviven y las especies que se extinguen, los jaguares ocultos y las anacondas postreras, los monos araña y los osos de anteojos, los bosques nativos intactos y los bosques talados, las cordilleras de nieve y la selva verdinegra surcada de hilos

barrosos. Alguien sigue repitiendo los mitos del origen junto a los grandes árboles pero también avanzan las sierras eléctricas talando el futuro de la humanidad. El viento vuelve a traer las nubes cargadas desde el Atlántico y la lluvia vuelve a inundar las canoas. Hay cientos de miles de personas en esas barriadas fluviales de Manaos, en esos botes mal cubiertos que son sus hogares. Abrimos la revista Newsweek y una mano invisible ha escrito la noticia inquietante de que el porvenir del Amazonas será urbano. Vemos las refinerías y los ingenios azucareros, las llanuras de palma africana y los blancos campos de algodón. Todavía aquí el café, el banano, el petróleo, el azúcar. Pero también los sembrados de coca, que no son ya para los ritos místicos de las viejas comunidades indígenas, para sabios chamanes que buscan el conocimiento. También las flores de amapola, que ahora alimentan poderes innobles. Se oyen disparos en esas colinas de Medellín. Los niños se esconden en las barriadas. Los jóvenes se preparan para morir. Otros miran en lujosos salones y en pantallas gigantescas todas las maravillas del mundo. Todavía suenan tangos en esos cafetines, boleros en esas terrazas con palmeras, mambos en esas fiestas junto al mar, salsa en esas discotecas oscuras agitadas de relámpagos, pero ahora también son nuestros esos monosílabos mestizos, el jazz y el pop, el rock y el rap.

¿Cómo saber qué es este mundo nuestro? Algo conocemos de su pasado, algo de su presente, algo del sueño de sus grandes hombres, algo de la música de sus poetas, algo de las propuestas de sus sabios. Desde las nocturnas ciudades fosforescentes, no sabemos ya si la historia lleva un rumbo preciso, si avanza en alguna dirección o si contemplarla, como decía el filósofo, es mirar un espectáculo tan azaroso como las modificaciones de las nubes o como la estela de espuma que dejan las embarcaciones por el Paraná. Aquí no nos interesaron nunca los sistemas: la vida es demasiado compleja para soñar que unos cuantos esquemas la resuelvan; pero la pasión de vivir está en cada calle, en cada cuerpo. Día a día sentimos que pertenecemos más al mundo, que somos contemporáneos del género humano, y que un mismo futuro se cierne sobre todo el planeta.

Y hay algo que cada vez es más evidente y que es necesario repetir: la América Mestiza, que no existe como una unidad política y que por siglos ha sido negada como una unidad económica, es, culturalmente, una nación. Siempre que surgió un gran movimiento histórico, una generación intelectual, una escuela literaria, una tendencia artística, surgió simultáneamente en todo el continente. Así ocurrió con la generación de la Ilustración, con la generación de la Independencia, con los Modernistas de finales del siglo XIX, con ese movimiento admirable que impropriamente ha sido llamado el *Boom* de la literatura latinoamericana. Aventuras afines, inquietudes compartidas, lenguajes paralelos, búsquedas semejantes, obras que terminan formando un cuerpo que todos los países reciben con gratitud y honran como propio. Nuestros escritores, a los que hace poco más de un siglo nadie leía siquiera en los países vecinos, hoy están entre los autores más leídos e influyentes del planeta: decir Juan Rulfo es hablar de cómo la lengua castellana ha sido capaz de

hacer brotar del olvido la mitología profunda de unos pueblos mestizos que siguen siendo fieles, sin saberlo, a sombras muy antiguas; es ver ese México donde los muertos están vivos y acompañan a los vivientes, ese México donde es tan importante la búsqueda del padre mítico, del emperador perdido, potestad y pirámide, que lo gobernó todo, que lo engendró todo, y que después «se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras». Decir Gabriel García Márquez es hablar de cómo se aliaron en el Caribe el esplendor de la lengua castellana con el pensamiento mágico de los pueblos indígenas y con la endiablada sensualidad y la vigorosa alegría de los hijos de África; ver la sangre del hijo recorriendo por su propia voluntad el camino que la lleva a su origen, el trazo rojo, emblemático, de la sangre buscando su fuente; y el modo como la riqueza cultural engendra maneras enormemente seductoras y nuevas de volver a contar las eternas historias del hombre. Decir Jorge Luis Borges es hablar de cómo la memoria de la humanidad se ha trasladado a nuestra América, y nos convierte ahora en los guardianes de las bibliotecas planetarias, en los pueblos que ajustan cuentas con la tradición de la civilización y abren las puertas de su futuro. Esas cosas no son casuales: una historia tan tormentosa y tan larga, tan acallada y tan incomprendida tenía que dar sus frutos, y esos frutos ya no son entre nosotros memoriales de agravios ni dóciles brindis a la grandeza de las metrópolis: son, por el contrario, una valerosa y elocuente toma de posesión de esas tradiciones y la irrupción de una originalidad que busca caminos para las lenguas, caminos para la imaginación, sendas para el futuro.

Nuestra cultura está alcanzando su madurez, pero es evidente que estamos asistiendo a un comienzo, y podemos esperar grandes cosas de ese abigarrado tumulto de sueños y de experiencias que es hoy la América Mestiza. En esa lista de creadores y artistas, que sería inagotable, puede indagar cualquier hijo de nuestra América, pero es más importante que todos nos sintamos parte de ese proceso de creación, que crezca esa apasionada toma de conciencia de nuestra importancia para el mundo.

Lo que decimos de la literatura podemos decirlo del resto de los lenguajes, de las artes plásticas, de la música. Las orquestas de boleros de los años cuarenta ya eran un buen ejemplo de lo continental que es nuestra cultura: sus compositores mexicanos o portorriqueños, sus músicos cubanos o dominicanos, sus cantantes venezolanos, colombianos o argentinos. También están los tangos, nacidos de las habaneras, los bambucos colombianos renacidos en México, los mariachis mexicanos que llenan las avenidas de las capitales de América del Sur, los corridos y las rancheras, la música cuyana que se oye en todas las aldeas hasta los Andes colombianos, las cuecas y las zambas, los pasillos ecuatorianos y los valsecitos criollos peruanos, las músicas negras del pacífico, los alabaos y los currulaos, la música de las arpas llaneras, la música de los acordeones vallenatos, de las marimbas mexicanas, de los bandoneones porteños, y todas las fusiones que nuestra época empieza a elaborar mediante el diálogo de esas tradiciones con el resto de las músicas planetarias. Habría que buscar



en el Asia y en el África para encontrar continentes con músicas tan presentes en las comunidades, con una energía creadora tan activa, con tal riqueza de melodías y de ritmos, pero tal vez en ninguna parte pueden esperarse fusiones más ricas y atractivas. Es de dudar que haya en algún lugar del mundo un diálogo tan vivo de la música académica con esas expresiones populares, un esfuerzo más vasto por escucharlas y aprender de ellas.

Aquí estamos, entre la memoria y la esperanza, con la certeza de una conciencia continental llamando a nuestra puerta, con el tesoro compartido de las lenguas y de las expresiones estéticas, con el palpito de que ante los desafíos cada vez más urgentes de la realidad contemporánea, nadie está mejor provisto que los mestizos de América para pensar y para imaginar, para considerar los hechos y proponer caminos en el siglo que se abre ante nosotros. Ahora es necesario pensar en las tareas que nos esperan a los hijos de esta parte del mundo, y a la luz del largo recorrido que hemos hecho por el cuerpo y el alma del más joven de los continentes, responder a la mejor pregunta que hoy podemos hacernos: por qué, a pesar de nuestras muchas dificultades presentes, podemos afirmar con toda convicción que la América Mestiza es el país del futuro.

# EL PAÍS DEL FUTURO

# 1

En pocos lugares del mundo es posible todavía encontrar una naturaleza tan viva y diversa como en nuestra América. A pesar de los cinco siglos de europeización, en el triste sentido de domesticación del universo natural, deforestación, extinción de la fauna, saqueo de la tierra para los irreflexivos ciclos de la industria, abundan en nuestro continente los tesoros naturales, «fábricas de niebla», como diría el poeta, fuentes de agua y de oxígeno, y antiguas sabidurías que tienen que ver con la diversidad de las plantas y el conocimiento de sus virtudes. Ya hemos visto cómo se interesan los laboratorios farmacológicos por recoger el conocimiento disperso de los médicos indígenas, e incluso por apoderarse de ese tesoro mediante la codicia de las patentes. Ahora es preciso conciliar el respeto ancestral de la naturaleza con la necesidad de garantizar la subsistencia de una comunidad continental inmensa. El uso razonable de los recursos, mediante lo que se llama el desarrollo sostenible, debe partir de dos consideraciones distintas. Una, la de preguntarse realmente en qué consiste ese desarrollo, y qué tanto está diseñado para cubrir las necesidades materiales y espirituales de los hijos de nuestro continente; y en segundo lugar, cómo lograr que la relación con la naturaleza exceda el marco de una utilitaria sostenibilidad, que es indudablemente necesaria, y se convierta en una relación de verdadera cordialidad con un mundo que no nos será finalmente propicio sino en la medida en que nos esforcemos por comprenderlo. Se diría que una de las más dramáticas constantes de la historia de nuestros pueblos es el modo como esa voluntad de dominación sin matices no nos permitió casi nunca poblar el territorio con lucidez y con clarividencia, utilizando sus dones del modo más sensato y más provechoso.

En tiempos recientes hemos visto cómo plantas de cultivo milenario como la coca, que fueron utilizadas siempre de un modo pacífico y creador por las comunidades nativas para sus rituales de conocimiento o para acceder al éxtasis místico propio de sus culturas, se han visto arrebatadas a su uso ancestral por el frenesí de la sociedad industrial, y se convierten en poderes aciagos, que en un medio de pobreza y desigualdad potencian la brutalidad de las mafias y estimulan la rapacidad del mercado. Las drogas industriales derivadas de ella son consumidas copiosamente por las sociedades ricas, necesitadas de estimulantes cada vez más fuertes, y así se revela el desequilibrio brutal que existe hoy en el mundo entre las sociedades de consumo, hastiadas y opulentas, y las sociedades que tienen una economía de subsistencia. La crisis desatada por las drogas derivadas de las plantas tropicales desnuda la insensatez de un modelo de civilización basado no en la educación sino en la prohibición, no en el conocimiento sino en el lucro, no en la utilización y transformación razonable de las sustancias naturales sino en la producción de derivados industriales que provocan una ciega demonización. Así, en

lugar de ser educadas y protegidas, las comunidades son abandonadas inermes a la irracionalidad económica, al caos político y a la confusión espiritual.

Yo diría que sobre el tema del modo como utilizamos la naturaleza, y como permitimos que se la siga considerando un símbolo del mal en vez de aprender a relacionarnos con ella con la sabiduría necesaria, siguen siendo esenciales las palabras de fray Lorenzo en el *Romeo y Julieta* de Shakespeare: «Ah, grandiosa es la potente gracia que reside en hierbas, plantas, piedras, y sus auténticas cualidades: pues no hay nada tan vil que viva en la tierra sin dar a la tierra algún bien especial; ni hay nada tan bueno que, desviado de su buen uso, no se rebele contra su origen, cayendo en el daño. La propia virtud se vuelve vicio al ser mal aplicada, y el vicio, a veces, se dignifica en la acción. Dentro de la tierna corteza de esta débil flor tienen residencia un veneno y una potencia médica; pues, al olería, anima con cada parte a cada parte; y al ser probada, mata todos los sentidos en el corazón. Dos reyes así enfrentados acampan en el hombre como en las hierbas, la gracia y la ruda voluntad; y cuando predomina lo peor, muy pronto el gusano de la muerte devora esa planta».

La reflexión sobre esa doble potencialidad deberá enseñarnos a transformar en beneficio para los pueblos y en sabiduría para nuestra cultura el conocimiento y la utilización de los bienes naturales. De nuestro rigor y de nuestra firmeza de carácter depende impedir que, como ocurrió siempre en el pasado con las riquezas naturales, el oro, las perlas, las esmeraldas, los metales, las plantas, las selvas, su explotación se convierta en infierno para nuestras comunidades. En el futuro, donde se anuncia la extenuación de las reservas de alimentos o las guerras por el agua, tesoros como la selva amazónica y como los bosques de niebla serán vitales para la humanidad, y dependerá de nuestra previsión el que esos recursos sean bendición no sólo para los demás sino también para nosotros y para nuestros hijos, un don natural compartido con el mundo y no un nuevo capítulo de la despiadada conquista de América.

## 2

También la complejidad étnica y cultural, que hasta ahora ha sido una de nuestras mayores dificultades, se convertirá gradualmente en una de nuestras mayores virtudes. El mundo no avanza hacia las razas y las culturas puras sino hacia los mestizajes, pero éstos suponen grandes desencuentros, dificultades de identificación, rechazos y repulsiones; así que el ejemplo de la América Mestiza, que lleva cinco siglos aprendiendo esa difícil integración, será irrenunciable e invaluable para todos los pueblos. Ya hay en nuestra América países como Cuba, como Brasil y como Venezuela, donde los problemas raciales, sin haber sido eliminados totalmente, son secundarios, donde es posible asistir al noble espectáculo de razas distintas que se miran como iguales, se aman libremente y se mezclan sin énfasis. Pero además de esa

integración física hay otra que forma parte del mismo ejercicio de convivencia: el diálogo de las culturas. Sin él no habría sido posible el jazz en la cuenca del Mississippi, que fusionó la música tradicional africana con los instrumentos de las orquestas europeas, sin él no habría sido posible el cubismo de Picasso, que alió los saberes de la pintura occidental con la inspiración de las artes de África, ni el arte de Diego Rivera, la iconografía mestiza de Frida Kahlo y las selvas corporales de Wilfredo Lam, la pintura de Fernando Botero o la del caribeño neoyorkino Jean Michel Basquiat. Sin él no serían posibles la salsa y el rap, la música de Villalobos o los pajarillos chapoliao de los arpistas llaneros, la diablura de los acordeones vallenatos y la melancolía del bandoneón porteño, al que Alberto Gómez le cantaba: «Sos una oruga que quiso ser mariposa antes de morir».

### 3

Un siglo de etnología y de antropología nos ha enseñado a valorar la riqueza y la complejidad de las culturas nativas, que fueron víctimas durante siglos de la arrogancia de las metrópolis conquistadoras. Todavía esa vigorosa labor de estudiosos como Claude Lévi-Strauss, como Gerardo Reichel Dolmatoff, como Ann Osborn, o como sus incontables continuadores en todo el continente, no se ha proyectado suficientemente hacia las comunidades, y es frecuente encontrar en nuestra América todavía vivos los prejuicios y las exclusiones propias de la barbarie colonial. Tal vez lo más importante que hemos recibido de estas aventuras del pensamiento y de la sensibilidad no sean ni siquiera la valoración de las refinadas obras de arte de los pueblos indígenas americanos, o el respeto por su orden familiar, o la voluntad de establecer un diálogo con sus costumbres para acceder a unas culturas integradas que reciban y perpetúen lo mejor de cada tradición, sino el cambio tan considerable que este siglo ha provocado en el contenido de los conceptos de civilización y barbarie. Ahora nos es posible ver en la recuperación demográfica de los pueblos indígenas y en su lucha actual por defender sus lenguas, sus mitologías y sus cosmovisiones, no vestigios de edades abolidas, ni expresiones anacrónicas, ni piezas de museo, sino, como bien lo ha argumentado el lingüista e investigador John Landaburu en su texto sobre La larga lucha de los pueblos indígenas, una manifestación del presente de nuestra cultura. Porque ante la crisis de valores de las sociedades modernas, ante la torpeza de la cultura industrial en su relación con la naturaleza, ante la creciente desacralización del mundo obrada por la mirada del positivismo, por la lógica formal y por el análisis meramente cuantitativo de lo real, estas comunidades discretas y fuertemente unidas a la tierra, que no se han extraviado en un antropocentrismo arrogante y en un espiritualismo despectivo, podrían ayudar a nuestras sociedades a recuperar un poco el equilibrio de la mirada y la ternura hacia el mundo.

Nadie puede hoy postular el retorno masivo de las sociedades hacia una supuesta arcadia primitiva, y ya hemos dicho que el mundo no parece avanzar hacia ninguna forma de «pureza» cultural o étnica, pero por esa misma razón las sabidurías de todos los pueblos pueden entrar en un diálogo creador y contribuir a rehacer el camino que nos acerque otra vez a la naturaleza y nos permita establecer un nuevo pacto con ella. Nadie como los pueblos indígenas conoció y respetó los secretos de esta tierra; nadie como los Incas supo cultivar los Andes sin destruirlos; nadie como los pueblos amazónicos supo vivir en la selva sin arrasarla; tenemos el deber de escuchar sus sabidurías y de hacer de esos sabios poseedores de intuiciones y visiones milenarias valiosos consejeros del porvenir. Esto no suele agradarles a los partidarios de una rápida industrialización, de una rápida incorporación de nuestras economías al frenesí de la productividad, a la fiebre de la rentabilidad y al carnaval del consumo, pero ante sistemas tan frágiles como el Amazonas tenemos que ser capaces de aprender la lección dolorosa de las guerras de Eldorado, de los espantos de las caucherías y de las devastaciones del narcotráfico, tres peldaños distintos de un mismo infierno de codicia y de sinrazón.

## 4

A pesar de la fragmentación que nos heredó la Colonia y que perpetuaron las repúblicas, la verdad es que no existen tensiones poderosas entre nuestras naciones. Los desacuerdos fronterizos son naturales roces entre vecinos, que pocas veces han llegado a situaciones difíciles de enfrentamiento. Una mayor conciencia de nuestras proximidades culturales, una más amplia difusión de nuestro común patrimonio literario, artístico y musical, un estudio más serio de nuestra historia común, nos ayudarán a construir esas comunidades maduras que respalden los proyectos de integración política y de equilibrado intercambio económico.

Ahora bien, en este campo se impone replantear la lógica que ha gobernado nuestras economías desde los tiempos de la Conquista. No tenemos la menor posibilidad de acceder a niveles decorosos de vida para la mayoría de nuestra población mientras la prioridad de nuestro mundo empresarial y productivo sea exclusivamente satisfacer las necesidades de las metrópolis. ¿Qué sería de Europa o de los Estados Unidos si gobernaran su economía por la idea de producir prioritariamente bienestar para otros pueblos? Y la verdad es que cuatrocientos millones de personas, con costumbres no del todo desemejantes, constituyen un mercado gigantesco, que podría llegar a ser una de las prioridades de nuestra producción. Europa misma es un ejemplo de cómo establecer primero los intercambios continentales y responder primero ante la propia comunidad. Pero tal vez la cuestión principal allí no es económica ni política sino filosófica. Sólo cuando

los pueblos llegan a apreciarse verdaderamente a sí mismos, dejan de comportarse como rendidos tributarios de otros pueblos más ilustres. Y tal vez la orgullosa cultura contemporánea de nuestra América, tan presente y tan influyente en el mundo entero, vaya cambiando en cada uno de nosotros la conciencia de sí mismo, y favoreciendo esa nueva mirada sobre lo que tenemos y lo que merecemos.

Jorge Luis Borges sostenía que la razón por la cual los judíos han podido ser tan continuamente creadores en el ámbito de la cultura europea es que participaban de esa cultura de un modo marginal y no central. Agregaba que también por la misma razón los irlandeses han podido ser tan fecundos creadores en el ámbito de la lengua inglesa. Ello lo llevó a afirmar con razón que los hijos de esta América tenemos el doble privilegio de formar parte irrenunciable del alma europea, pero de habitar al mismo tiempo en sus orillas, de modo que podemos sentirnos lo suficientemente europeos para recibir su influencia y participar de su orden mental, pero al mismo tiempo lo suficientemente distintos para crear sin un excesivo temor reverencial por la importancia de sus tradiciones.

El siglo xx ha probado que nuestra América sabe recibir el legado de Europa pero no se siente agobiada por el peso de sus verdades ni por el deber supersticioso de perpetuar sus errores. Y esa libertad será fundamental a la hora de aceptar los desafíos intelectuales del porvenir. El mundo enfrenta peligros enormes, y muchos de ellos surgen de las tradicionales virtudes de la civilización. Por ello el porvenir requerirá profundo respeto por la memoria humana, pero mucha audacia y originalidad a la hora de crear a partir de ese legado las respuestas y los ideales del futuro.

## 6

A fines del siglo xviii, los grandes espíritus del Romanticismo europeo mostraron que la razón había llegado a la conciencia de sus propios límites y llamaron al mundo a la alianza con la naturaleza como única condición para sobrevivir. A fines del siglo xix Nietzsche procuró someter al pensamiento sistemático que era la obsesión de Europa a la prueba de un espíritu crítico incisivo y a los asedios de la intuición y de la poesía. Por supuesto que Europa está en condiciones de asumir esa crítica de sus propias vanidades y de sus propios excesos, la crítica de sus virtudes, pero todavía hoy las ventajas aparentes de su civilización no le permiten a ese viejo continente venerable percibir plenamente los riesgos de su propio modelo mental. Los mestizos de América conocemos esas virtudes y nos hemos beneficiado de esas hazañas, pero también hemos sido testigos de cuán destructiva y cuán bárbara puede ser la arrogancia de los imperios y la vanidad de las culturas dogmáticas. Somos esa clase de europeos que por haber tenido contacto con los pueblos distintos son siempre

mirados con sospecha. Y lejos de asumir una actitud de rivalidad ante nuestros ilustres parientes, la única posibilidad que tenemos es la de aceptarnos como la fusión de ese mundo con otros. Nos es más fácil relativizar las verdades; nuestros pensadores y nuestros creadores saben invitarnos a vivir en un universo conjetural, a preferir las preguntas lúcidas a las respuestas fáciles. Auden decía que uno de los secretos de América, de toda América, es la tendencia, que bien argumenta Edgar Allan Poe, a valorar las cosas no por la verdad que haya en ellas sino «por la belleza que abunda en su verdad, y que constituye su verdad». No se pueden esperar de nosotros grandes sistemas totalizadores, pero en cambio se pueden esperar filosofías estéticas, donde el ritmo y la armonía tengan tanta importancia como las hipótesis mismas, como el rigor de los argumentos.

## 7

Derrumbada la idea hegeliana de una historia lineal, que avanza depurándose hacia la plenitud y la perfección, y que desde Europa pretendió ingenuamente dictarle la ley de sus estadios y de sus períodos a un mundo a la vez fascinado y subyugado, es hora de aprender a mirar la secuencia de la historia con mayor sutileza. Mientras imperó esa suerte de ebrio optimismo, según el cual toda perfección estaba siempre aguardándonos, todo pasado era necesariamente error y precariedad, hubo una valoración muy parcial de las riquezas de los pueblos. Esta época, que parece haber dejado atrás los paradigmas más esquemáticos de la Modernidad, puede mirar la diversidad de las edades y la complejidad de las culturas como un tesoro que comporta a la vez privilegios y responsabilidades. Como bien ha sugerido Octavio Paz, es hora de aprender que somos contemporáneos de todas las edades. Hay tanta verdad profunda para nosotros en la orfebrería sagrada del Museo del Oro de Bogotá como en la Venus de Boticelli. Y así como el arte no tolera una jerarquización de la belleza, así como el arte no tolera la mecánica postulación de un progreso, así mismo tenemos que aprender a mirar el progreso no como una certidumbre inexorable sino como una posibilidad que exige esfuerzo y paciencia. América, que vio cambiar súbitamente los arcos y las flechas por armas de fuego, sabe muy bien que no todo lo nuevo es progreso ni todo lo viejo es obsolescencia. Y como bien nos lo demuestra la naturaleza, viva todavía e indócil ante nosotros, las cosas más antiguas bien pueden ser vistas también como las más actuales, ya que, como el mar de Valéry, lo esencial siempre recomienza.

## 8



Hace poco un ex gobernante español declaró con sensatez que nuestros pueblos, crecidos en la precariedad, son extraordinariamente recursivos, y que hasta su indisciplina proverbial y su alegre desorden, que suelen ser vistos como un error, frente a la disciplina y la eficacia de los pueblos industriosos del mundo, bien podrían ser también los símbolos de sociedades vigorosas que no se someten fácilmente. La verdad es que los pueblos demasiado disciplinados terminan siendo demasiado fácilmente manipulados por los fascismos. El tiempo que parece abrirse ante nosotros es un tiempo en que la disciplina mecánica y la verdad inobjetable serán menos eficientes que la recursividad y la capacidad de iniciativa. Quienes aman controlar y dominar a los pueblos miran con desagrado estas sociedades que han tenido que recurrir a la malicia indígena para sobrevivir ante poderes demasiado inflexibles, demasiado insensibles. La América Mestiza es hija de muy hondas y complejas civilizaciones y tiene el deber de recibir lo mejor de todas ellas. Ante el mero mensaje de la productividad, que no deja espacio para la vida ni para la imaginación, o ante el terrible mensaje del poder, que quiere ver a los humanos sometidos a una disciplina agobiante, nuestros pueblos tienen ante sí sólo dos imperativos fundamentales: el imperativo de sobrevivir, como lo dictan las más hondas leyes de la naturaleza, y para lo cual es necesario salvar también a ese universo natural del que dependemos, y el imperativo de buscar la felicidad, la belleza y la armonía. Preferiríamos persistir en la desordenada pobreza antes que plegarnos a una lógica de frenesí productivo y de hastío como el que domina a algunas sociedades opulentas del mundo. De Europa heredamos la búsqueda de bienestar, el individualismo, el amor por la belleza. De América recibimos la búsqueda de la sencillez, el respeto por la naturaleza, la búsqueda de un conocimiento que genere convivencia antes que poder. De África la necesidad profunda de un ritmo que nos haga sentir no dominadores del mundo sino parte necesaria y profunda de él. Y a partir de esos firmes orígenes, estamos en condiciones de recibir la enseñanza de muchos otros pueblos, de muchas otras maneras de entender la aventura humana. ¿Qué otra cosa podemos pedirle al futuro, sino que nos haga dignos de la antigua y misteriosa condición humana, dignos del planeta que compartimos todos, dignos de su belleza y de sus dones?

## BIBLIOGRAFÍA

- Bonfil, Guillermo, *México profundo, una civilización negada*, Grijalbo, México, 1986.
- Brading, D. A., *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Bulmer-Thomas, Víctor, *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Coe, Michael D., *El desciframiento de los glifos mayas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- De Humboldt, Alejandro, *Del Orinoco al Amazonas*, Guadarrama Editores, Barcelona, 1982.
- Del Paso y Troncoso, Francisco, *Descripción histórica y exposición del Códice Borbónico*, Siglo XXI, México, 1979.
- Duby, Georges, *Atlas Histórico Mundial*, Ed. Debate, Barcelona, 1987.
- Elliott, J. H., *El viejo mundo y el nuevo*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1981.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- , *Indianidad y descolonización en América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, 1979.
- Lucie-Smith, Edward, *Arte latinoamericano del siglo xx*, Ediciones Destino, Barcelona, 1994.
- Mansholt, Sicco, *La crisis de nuestra civilización*, Ed. Euros, (s. l.), 1974.
- Preuss Konrad, Theodor, *Religión y mitología de los uitotos*, vol. 2, Ed. Universidad Nacional, Bogotá, 1994.
- Čzvetan, Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987.



WILLIAM OSPINA (Padua, Tolima, 1954) es autor de numerosos libros de poesía, entre ellos *Hilo de Arena* (1986), *La luna del dragón* (1992), *El país del viento* (Premio Nacional de Poesía del Instituto Colombiano de Cultura, 1992), y de ensayo, entre ellos *Los nuevos centros de la esfera* (Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas, La Habana, 2003), *Es tarde para el hombre* (1992), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1996), *Las auroras de sangre* (1999), *La decadencia de los dragones* (2002), *América mestiza* (2004), *La escuela de la noche* (2008).

Su primera novela, *Ursúa* (2005), da comienzo a una trilogía sobre la Conquista, que continuó con *El País de la Canela* (2008) y termina con *La serpiente sin ojos*.



**WILLIAM OSPINA**  
**América mestiza**



Lectulandia

